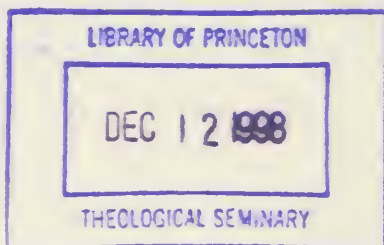


BV
2300
.C3
B5
v.3

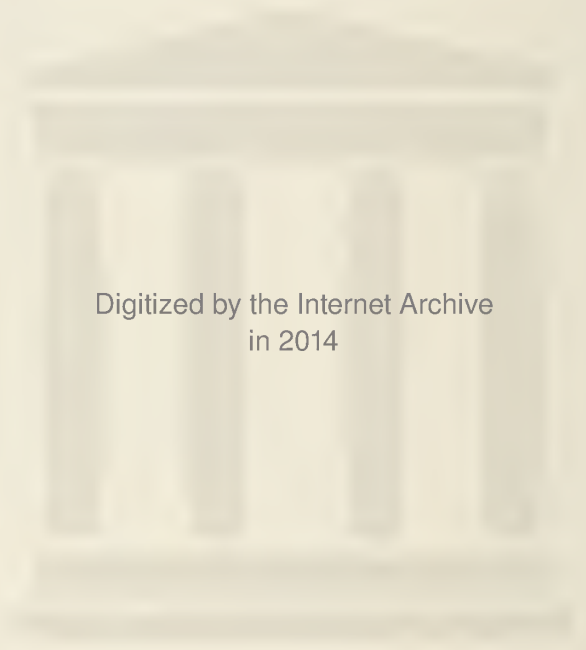


BV 2300 .C3 B5 v.3

Biblioteca carmelitano-
teresiana de misiones ...

BY 1916 TO 1950 1950

44



Digitized by the Internet Archive
in 2014

BIBLIOTECA
CARMELITANO - TERESIANA
DE MISIONES

P. FR. FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS, C. D.

TOMO III
EN PERSIA



LA OBRA MÁXIMA
EDITORIA PAMPLONA.

BENGARAY, IMPRESOR
MAYOR, 86, PAMPLONA.

1930

Obras del mismo autor

EN PROSA

Vida de la Beata Ana de San Barolomé, compañera y secretaria de Santa Teresa de Jesús. Tipografía *El Monte Carmelo*, Burgos, 1917.
El Ven. P. Juan de Jesús María, tercer General de la Reforma Carmelitana en Italia. Tipografía *El Monte Carmelo*, Burgos, 1918.
La Orden de Santa Teresa, la Fundación de la *Propaganda Fide* y las *Misiones Carmelitanas*. Madrid, tipografía de Nieto y Compañía, 1923.
El Monte Carmelo.—Estudio histórico-crítico.—Obra ilustrada con 161 grabados.—Madrid, *Mensajero de Santa Teresa*, 1924.
Todas estas obras han sido traducidas al italiano y la primera y tercera al francés.

EN VERSO

Romancero histórico de Cervantes. Tip. *El Monte Carmelo*, Burgos, 1916.
Cien cantares populares a la Virgen del Carmen. Santiago de Chile, 1917.
Episodios rimados de la Historia de un Alma. Burgos, 1920, y Madrid, 1925 y 1929. Esta última es la tercera edición ilustrada. Ha sido traducida al francés por una Carmelita del Monte Carmelo.
La Virgen de las Virgenes y el Cantar de los Cantares. Lérida, imprenta Mariana, 1922.—Poema premiado en el Certamen de Burgos en honor de Santa María la Mayor, en 1921. (Agotada).
El Castillo de Almabuena.—Poema místico.—Madrid, Editorial *Mensajero de Santa Teresa*, 1928.

TRADUCCIONES

Poesías de Santa Teresa del Niño Jesús, puestas en rimas castellanas. Tip. *El Monte Carmelo*, Burgos, 1913, y reproducidas en las últimas ediciones de la Historia de un Alma, editada en Barcelona.
El Caminito de Infancia espiritual, con un prólogo. Barcelona, 1924.

**Biblioteca Carmelitano-Teresiana
de Misiones**

T O M O III



P. JUAN TADEO DE SAN ELISEO
Primer Superior de la Misión de Persla.

TOMO III

EN PERSIA

(1608 - 1624)

Su fundación. — Sus embajadas. — Su apostolado.

POR EL P. FR. FLORENCIO DEL NIÑO JESÚS

Carmelita Descalzo

Archivero General de la Orden



LA OBRA MAXIMA
EDITORIA PAMPLONA.

BENGARAY, IMPRESOR
MAYOR, 86, PAMPLONA.

1930

Licencia de la Orden

Cum opus cui titulus «Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones, tomo III, EN PERSIA — Su fundación, sus embajadas, su apostolado», a R. P. Florentio a Puero Jesu, Ordinis nostri sacerdote professo compositum, deputati censores examinaverint prae loque dignum probaverint, concedimus licentiam ut typis edatur, servatis de jure servandis. Datum Romae, die 5 novembris 1929. — *Fr. Gulielmus a S. Alberto, Praep. Gen. — Fr. Fredericus a SS. Sacramento, Secret.*

Licencia del Ordinario

NIHIL OBSTAT.
Dr. Blasius Goñi, Censor.

Pampllonae, 18 decembris 1929
IMPRIMATUR.
† *THOMAS, Episcopus Pampllonensis.*

Illmi. ac Revmi. Dni. mei Episcopi mandato
DR. ALOISIUS GOÑI
Magister-Scholae, Srios.

Obra de actualidad Misional

BIBLIOTECA CARMELITANO-TERESIANA DE MISIONES

EN TOMOS DE 150 PÁGINAS

TOMO TERCERO

EN PERSIA

Como ya se ha anunciado, pocos meses ha se publicaron los tomos I y II, sumamente interesantes, de la oportunísima **Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones**, en cuyas bellas páginas brillan con fulgida luz rasgos sublimes y proezas apóstolicas de los heroicos Misioneros Carmelitas Descalzos—españoles por añadidura—de hace tres siglos.

Ahora ofrecemos el tercer tomito de esta importante BIBLIOTECA, debida, como los anteriores a la brillante pluma del R. P. Florencio del Niño Jesús, Carmelita Descalzo.

El contenido de este libro no puede ser más atraeyente para un español amante de Misiones. Decimos «para un español», ora porque lo son los ilustres campeones, los celosos Misioneros protagonistas de estas admirables narraciones; ora porque en ellas se ilustran, y aun se rectifican, puntos concretos de nuestra historia patria.

Que para todo amante de Misiones presentan estas páginas, con tanto pulso escritas, un maravilloso tejido de hechos apóstolicos de primer orden, lo comprobará en seguida cualquier lector o lectora de ellas.

Aludimos a *lectoras*, porque las embelesará la descripción de las hazañas de la heroína cristiana Te-

resa Sampsonia, amazona conversa con vocación de mártir, gentil figura de relevantes virtudes Lean este tomito las almas varoniles en cuerpo femenino, que no son pocas.

Por fin, admirarán todos el valor de los Misioneros en la persecución de que fueron víctimas cinco afortunados mártires persas, todos recién conversos, cuyo hermoso ejemplo evoca el recuerdo de los primitivos días del cristianismo.

La impresión del libro es limpia y nutrida; su presentación, elegante.

Precio: Cada tomo de esta preciosa Biblioteca cuesta **solamente una peseta**, con el fin de que puedan adquirirse facilísimamente. El pago, en España, puede hacerse en sellos de 25 cts. dentro de la carta.

Brindamos a las señoras esta Biblioteca, llena de pasajes que parecen novela y son historia; particularmente este tomo III, donde podrán admirar la gallarda figura de una mujer convertida de princesa mahometana en heroína cristiana.

Los pedidos a la *Obra Máxima*, PAMPLONA.



Tomo I. **La Misión del Congo** (parte 1.^a). **Los Carmelitas y la Propaganda Fide** (parte 2.^a).

Tomo II. **A Persia: Peripecias de una embajada pontificia.**

Tomo III. **En Persia: Fundación, embajadas, apostolado.**

Tomo IV. **En Ormuz y en el Mogol** (en prensa).

Tomo V. **En Goa** (en preparación).

SUPPLICAMOS A LOS DEVOTOS Y DEVOTAS DE SANTA TERESITA, QUE ADQUIERAN Y PROPAGUEN, EN SU OBSEQUIO, ESTAS HAZAÑOSAS HISTORIAS DE SUS HERMANOS MISIONEROS.



AL LECTOR

Como vas a ver, lector discreto, este libro, como todos los libros que tratan de Misiones y de Misioneros, enseña muchas cosas deleitando. Enseña geografía, historia de países, religiones, usos, ritos, costumbres, sucesos extraordinarios, que parecen increíbles, y lo serían de fijo, si no los dijieran tan graves y sesudos varones de barbas plateadas y de inmaculada santidad de vida.

Los Misioneros nos hablan de estas cosas y nos describen estos países, como testigos de vista, midiendo la carta geográfica con el compás de sus pies, y levantándola muchas veces sobre los mismos territorios evangelizados por ellos, llevándoles la paz de Cristo con el reino de Cristo.

Por eso resultan sus narraciones y descripciones tan pintorescas, tan entretenidas y de tanta enseñanza para todos los que pretenden pasar por personas cultas. Uno de los mejores medios para adquirir sólida y variada cultura, es leer la ya rica literatura misional, porque se va escribiendo mucho de esto en nuestros días.

Si a estos deseos, de cultura sólida y variada, se añaden los que debe tener todo buen cristiano, de saber cómo y por quiénes y de qué manera se ha extendido el Nombre de Jesús por el mundo, hasta las más apartadas regiones, y cómo han sufrido y trabajado y muerto tantos y tantos apóstoles y Misioneros, en montes y valles, en mares y en desiertos, hasta enarbolar el estandarte del Redentor por toda la redondez de la tierra; estas narraciones históricas de los héroes del cristianismo, alcanzan un valor excepcional para nosotros, porque ellas sacuden este nuestro letargo y esta pereza, que pesa sobre tantos miembros de Cristo que más parecen muertos que vivos, y, si no muertos, más parecen dormidos que des-

piertos, para sentir esa cristiana sangre bullidora que lanza a nuestros héroes a tan lejanas tierras, a publicar la fe de Cristo y a dar su sangre en la demanda.

De donde resulta que estas narraciones son para todos: para sabios y para ignorates, para cristianos tibios y para almas fervorosas.

Puede suceder que los nombres raros, estrambóticos, escritos en las más enrevesadas lenguas, suenen mal en nuestros oídos y no podamos pronunciarlos a las derechas. No importa: adelante con la lectura. Ya los entenderán y descifrarán, y se alegrarán de verlos escritos en mil maneras, los que entienden de filología comparada, y deberán ese placer a los olvidados Misioneros, en cuyos oídos tampoco sonaban esos nombres, y de ahí que cada cual los escriba a su manera (1). Después del nombre enrevesado, vendrá el hecho portentoso, vendrán las conversiones de las almas, vendrán las narraciones de las fatigas, de los ludibrios, de los escarnios, de las afrentas y de la crucifixión de algunos héroes que murieron por Cristo, como el divino Maestro.

Estos libros, pues, empiezan enseñando ciencia geográfica o histórica o filosófica, y acaban dejando en el alma el germen de muchas virtudes.

Este libro, en fin, que empieza con páginas geográficas, describiendo el teatro de nuestros Misioneros carmelitas en Persia, acabará, Dios mediante, refiriendo las actas de cinco mártires persianos.

EL AUTOR.

(1) Vaya aquí mismo una pequeña muestra para recreo de filólogos.

A propósito de la palabra *Ispahán*, que es la Misión de que trata este tomo, la hemos visto escrita en diferentes maneras por los diferentes Misioneros en sus cartas y relaciones, a saber: « Ispahán, Aspahán, Spahán, Espahán, Spaan, Span, Aspán, Hispahán... »

Vayan otras cuantas muestras que aquí han de verse: « Kasvin, Kaswin, Kasbin, Casbin, Qazwin ». — « Xiras, Sciras Schiras Schiraz Chiras Chiraz. » — « Shah, Sha, Xa, Xah... »

Y si fuéramos a seguir por este camino ... Pero no vamos a tratar de filología, sino de Misiones. Porque, en otro sentido, también al *Gobernador* de una ciudad, por ejemplo, le llaman: « Gobernador, Kan, Virrey, Corregidor, Alcalde, etc. », según la importancia de la ciudad, el genio de quien escribe, la materia de que trata o la persona a quien se dirige. Con estas cosas se puede escribir un bonito libro de otro género. Pero aquí, « no ha lugar ».

CAPITULO I

DESCRIPCIÓN TERRITORIAL

El territorio del Irán o Persia antigua. — Límites, superficie, orografía, fauna, flora, etc. — El P. Felipe de la Santísima Trinidad, que recorrió la Persia en (1629), describe hermosamente los reinos de los persas, de los partos y de los medos.

El inmenso territorio que ocupa en Asia el Irán, se extiende desde la altísima cordillera del monte Zagros, al oeste, hasta los montes de Sulimán, al este, estando limitado al sur por el Golfo Pérsico y al norte por el Mar Caspio y el río Amou-Derya. En el centro se levanta una meseta, en forma de trapezoide inmenso, rodeada por todas partes de altísimas montañas, una de las cuales, Paromisa, se enlaza con el Himalaya, y los picachos del Demawend y del Kouh-Baba alcanzan, respectivamente, la espléndida altura de 5.500 y 5.146 metros.

La superficie de esta meseta viene a ser de 2.600.000 kilómetros cuadrados, o sea más de cinco veces mayor que la de nuestra Península Ibérica. Todavía abarcaba mucho más el reino de Shah Abbas el Grande, que es cuando se realizan los hechos que vamos a historiar en este libro, a cuya historia aportan gran caudal de noticias nuestros Misioneros.

El clima de estas regiones es extremadamente seco. El desierto central es uno de los puntos más secos del globo. Las altas montañas, que le rodean, parece como que cortan el paso de las nubes. En Ispahán no suele pasar de nueve pulgadas la lluvia que cae a la tierra. Y en Buchir, que está a orillas del mar, no llegarán a doce. En cambio, cae abundantemente en los montes de Mazenderán y de Guilán, y de ahí la exuberante vegetación y tupidos bosques y florestas de aquellos países; mientras que en la meseta, desde Teherán hasta Ispahán, no caen más que ligeras lluvias primaverales, siendo por eso tan árida la región aquella generalmente.

La falta de las lluvias en esta última región, es decir en toda la meseta central, la suplen, sobre todo en los alrededores de las ciudades importantes, con las grandes obras de

regadío, con una canalización muy desarrollada que existe allí desde tiempo inmemorial. Han ido a buscar los manantiales a las montañas y han conducido el agua muy lejos, merced a esas canalizaciones admirables, en su mayor parte a semejanza de galerías subterráneas, abriendo un gran orificio de trecho en trecho, a la distancia de 10 metros, para poder limpiarlas cuando se obstruyen. Todas estas galerías son vigiladas y mantenidas limpias cuidadosamente, porque si se viniese a cortar el agua, centenares de pueblos se verían en la necesidad de emigrar a otros países más propicios.

El clima del Irán, que comprende las distintas divisiones de los reinos de los persas, de los medos y de los partos, pasa de los más extremados calores al frío más intenso, y son muchos los casos de muerte por el frío y por el calor en los hombres y en los animales. El calor durante las noches de verano es más llevadero, y así las caravanas suelen ponerse en movimiento de noche, durante los meses del estío, como se ve muchas veces por las relaciones de nuestros Misioneros.

Los vientos soplan también con inusitada violencia, debido a formar la meseta una especie de corredor cerrado por las montañas del este y del oeste. Los vientos del oeste son portadores de grandes tempestades. La región en que dominan con mayor fuerza y más tiempo, es la del Sistán. En esta región se ha conocido soplar el viento durante ciento veinte días a 72 millas por hora (1).

El gran desierto central, llamado Lut por los persas, tiene, merced a estos vientos violentísimos, verdaderas colinas de arena que se trasladan de un punto a otro en continuo movimiento por los remolinos; de ahí el peligro, que corren las caravanas, de ser sepultadas cuando se desatan estas violentas tempestades en el desierto.

El Irán es muy pobre también en ríos, y de ello nos hablará en seguida un Misionero nuestro muy famoso. No tiene río alguno navegable. Únicamente el Karún, ubicado en el Arabistán, pudiera considerarse como tal en el período histórico en que formaba parte de la Susania.

Los lagos son todos de aguas saladas, que permanecieron cuando las aguas del mar se retiraron de la meseta trapezoidal. Los más importantes son el Derya-Mahalú, al sudeste de Xiras; más lejos, hacia el nordeste, el de Nirz, cortado en dos por un promontorio; y, hacia la frontera del Afganistán, el gran lago de Sistán, llamado Hamùn, de nivel

(1) Cfr. LA PERSE ANTIQUE par *Clement Huart*, Paris, 1925, en la BIBLIOTHEQUE DE SYNTHESE HISTORIQUE, vol. 24.

muy variable, según las estaciones del año y las nieves de las montañas, que bajan a engrosarle al empezar el deshiero con los calores, y llega, a veces, a engrosar tanto que parece amenazar con sumergir a todas aquellas comarcas que le rodean. Para evitar tales catástrofes, han abierto un canal de desagüe, llamado Chila, en una vasta depresión de 100 millas de longitud por 30 de anchura. Pero el lago más importante es el de Ourmia, que mide unas 80 millas de largo por 20 de ancho. Lo salobre de sus aguas sobrepuja a las del Mar Muerto, y tiene una profundidad de 15 metros, estando, como está, a una altura de 1.220 metros sobre el nivel del mar.

Ya hemos dicho que la meseta central es muy árida. Su tierra tiene un color amarillo. Donde no llega el regadío artificial, hay poca vegetación; pero donde llega, tiene una flora rica y variada. A lo largo de los ríos y próximos a los canales crecen sobre todo los álamos, y también los plátanos, fresnos, olmos, sauces y nogales. Ornato de los jardines son el ciprés y la acacia, las lilas, los jazmines y las rosas de rojo color muy subido, una de cuyas variedades, la rosa llamada « Mahmudí », es utilizada en la elaboración de la esencia de rosas.

En las huertas son cultivados los árboles frutales con esmero; así se ve, por las relaciones de los nuestros, la abundancia de frutas que hay en Persia, que son las que se dan en nuestro país: manzanas, melocotones, cerezas, uvas tintas y blancas, moras y fresas, albaricoques etc. En las regiones templadas se dan granadas, higos, almendras, dátiles, naranjas, y sobre todo melones, los cuales cuanto más grandes, son mejores (1).

En las montañas crecen multitud de arbustos y plantas medicinales, como el ruibarbo, el maná, especie de resina medicinal, alcaravea, el brezo y la zarza espinosa, de donde extraen el « tar-angabín » o « miel húmeda ».

La fauna era más numerosa en la época de nuestros Misioneros primitivos que en los tiempos presentes, y mucho más numerosa fué todavía en los días de mayor esplendor del imperio de Ciro y de Darío. Parece que ya es raro el encontrar leones y tigres, que abundaban antiguamente en aquellas regiones. Pero todavía se encuentran lobos, leopardos, hienas, chacales, guarduñas y zorras en abundancia; y en distintos parajes de las montañas se hallan los gamos, ciervos y jabalíes, así como en las llanuras se ven muchas gacelas. Entre las aves, se distinguen las águilas, buitres y halcones, viéndose, por lo demás, allí las especies de nuestros países de Europa.

(1) P. Felipe de la Sma. Trinidad, VIAGGI ORIENTALI, lib. II, cap. IX.

En lo que toca a la división del Irán, vamos a extractar lo que dice el mismo famoso Misionero (1), que ha contribuido mucho a los estudios geográficos con su *ITINERARIO ORIENTAL*, por haber recorrido en plan de estudios, es decir, por haberse dedicado con amor durante sus viajes a aprovechar el tiempo en el estudio de los usos, ritos, religiones, topografía, geógrafa e historia de los muchos países que recorrió yendo a las Misiones carmelitanas. Por lo cual, « no se maraville el lector, dice él mismo, que yo haya navegado casi todo el Mar Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el Océano Oriental, y haya recorrido tantas provincias de la tierra, como son la Palestina, la Fenicia, la Siria, la Media, la India Oriental, Armenia, Mesopotamia, las tres Arabias (Desierta, Feliz y Petrea), la Asiria, la Caldea, la Persia, la Partia, etc. »

Al entrar a describir la Persia, dice (2): « Habiéndome detenido por espacio de nueve meses en nuestro convento de Ispahán, he tenido tiempo para documentarme sobre las cosas de este imperio con el fin de poder describirle en este libro ».

Queriendo, pues, reproducir nosotros en estos pequeños estudios lo que han hecho, han dicho y han escrito nuestros Misioneros, con preferencia a los demás autores, hemos de aprovecharnos mucho de este libro del P. *Felipe*, por las noticias interesantes de tan sabio testigo de vista, como por ser tan raro este libro, a pesar de haberse publicado en latín, rancés e italiano (3).

La descripción del reino de Persia, por este nuestro Misionero, es la siguiente. Nótese que quien habla en primera persona de singular, es el propio P. Felipe (4).

Descripción del reino de Persia. — El reino de Persia, del cual recibe el nombre todo el imperio, está situado entre el Golfo Pérsico, la Partia, la Caldea y el reino de Candar.

Tiene muchos montes abruptos, muchos valles fructíferos y llanuras muy extensas. En todo mi viaje al través del país no hallé si no tres pequeños ríos (« tré fiumicelli »): uno cerca de Maín, el segundo en el camino que va de Lara a Xiras, y el tercero, que es el mayor de los tres, en los límites de la Persia por la parte de Bassorah. En fin, que no hay un río en este reino que pueda compararse al Tíber.

(1) P. *Felipe*, *ibid.*, lib. I, cap. I

(2) *Ib.*, lib. II, cap. IX.

(3) Nosotros le citamos por la edición italiana de Venezia, presso Gio: Pietro Brignoni, 1670, cuyo título completo daremos en la *Bibliografía* de este tomo.

(4) *Ib.*, lib. II, caps. X-XII.

Hay aquí muchas provincias que suelen llamarse reinos, a saber: Susania, cuya capital es Suster, que todavía se dice Sofia y también Susistán, de la ciudad Susa, situada a orillas del río Zennare. Sigue la provincia del Kurdistán, muy grande, puesto que se extiende desde Susania hasta Babilonia, siendo sus principales ciudades Malaga o Maraga, Coisalma y Cormaba. Viene luego la provincia de Lara, así dicha por la ciudad principal que hay en ella, de la cual se hablará después. Con ésta confina, por la parte oriental, la provincia de Carmania, frente al promontorio arábigo llamado Monsandam. Esta provincia es en extremo agreste y montuosa y tiene por capital la ciudad de Kermon, en donde está el promontorio Armoze, que ahora dicen Cabo Yasquete.

Antiguamente la capital de este reino fué Persépolis, cuyas inmensas ruinas se ven hasta el presente. En tiempo de Asuero, que reinó desde la Etiopía hasta la India sobre ciento veintisiete provincias, la principal ciudad y corte del reino fué Susa, ahora pequeñísima y llamada Suster, ubicada entre Xiras y Babilonia. Hoy la capital de este reino, el más propiamente pérsico, es la ciudad de Xiras, ciudad nobilísima, grande y bella, situada al pie de los montes sobre los cuales hay muchas celdillas de santones musulmanes. De aquí arranca una llanura que tiene un día de camino. Xiras viene a medir aproximadamente doce millas de circunferencia por causa de los muchos huertos y jardines que la circundan, y se cree ser la antigua Cirópolis o ciudad de Ciro. La descripción de esta ciudad hecha por nuestro Misionero detalladamente, la daremos al referir la historia de la Misión que allí fundaron los nuestros.

La segunda ciudad de este reino en dignidad es Lara, capital de la provincia de su mismo nombre, que, como es dicho, también llaman reino de Lara los Misioneros y exploradores de aquellos tiempos. Don García de Silva y Figueroa, de quien hablaremos bastante en este libro, escribe no poco sobre el reino de Lara, y lo mismo nuestros Misioneros de Ormuz. Esta provincia es muy estéril, por falta de agua; y, no habiendo si no muy escasas fuentes, los habitantes se sirven de cisternas en todos los lugares. La ciudad es bastante grande. Dos cosas dignas de notarse se observan en ella: un castillo fabricado de ladrillos cocidos, levantado sobre una colina a cuyos pies está la ciudad. Es muy bello, no sólo por su situación natural, sino también por el arte con que está construido. La otra cosa que llama la atención, es un gran mercado o bazar hecho en forma de cruz, admirablemente abovedado, en donde se venden toda clase de cosas, muy bien dispuestas. En este reino hay otros muchos villorrios y diversos puertos de mar como Nichilu, Con-

go, Commorán, que está cerca de la isla de Ormuz, etc. etc.

En el mismo reino pérsico existen : la ciudad de Avesa, no muy distante de la Arabia Feliz ; Daureca, Cassarón, Giarón, en donde hay abundancia de palmeras cuyos dátiles se distinguen por su mayor dulzura ; la ciudad de Main, en cuyas cercanías corre uno de los pocos ríos de que hablamos arriba. En la zona marítima hay otros varios puertos, además de los ya mencionados, como son : Assilú, Verdestam, Bandel, Regh, Reghedilem, Rachet y otros. También se encuentran acá y allá algunos pueblos, aunque a veces muy distantes ; y en donde faltan, hállanse algunas caravaneras, fabricadas a modo de claustros de religiosos, capaces para contener muchos hombres, y debajo de esos claustros están los establos para los animales. Estos edificios se fabrican, no sólo en plena campiña, sino también en las mismas ciudades, donde se albergan los mercaderes sin pagar alquiler alguno ; porque están hechos, regularmente, con las mandas y legados píos de mercaderes para este fin, a la manera que entre nosotros se levantan los hospitales con limosnas de personas pías. En las caravaneras que están lejos de las ciudades, siempre hay alguno que las custodia, y se encarga de proveer a los viajeros de las cosas necesarias.

A dos días de camino desde Xiras hacia Ispahán, hay un lugar que se dice Cheel Minar (Chilminara), que quiere decir « cuarenta columnas » o más bien torrecillas, porque realmente se destacan allí en ese mismo número. Según la tradición de aquellas gentes, estas ruinas, como tantas otras que hay en diversas partes de estos reinos, son obras de romanos y algunas provienen de más insigne antigüedad.

Este reino es fertilísimo en trigo, porque hay en él llanuras muy vastas, hacia el extremo del Golfo Pérsico, que se siembran cada año, y lo que se recoge, lo transportan con las naves, no solamente a Bassorah y a otras partes de la Arabia en donde no se dan cereales, sino que lo llevan hasta la ciudad de Goa y otros mercados de la India, en donde no nace tampoco el trigo por la grande humedad de aquellas tierras, siendo así que llueve abundantemente durante todo el verano.

Se encuentran, además, en esta región muchos arroyuelos de agua salada en cuyas riberas se posa una sal blanquísima. Más aún : cerca de Congo hay una extensa llanura, toda blanca por causa de esta sal, la que, deshaciéndose después con las lluvias, llega a borrar el camino y origina grande confusión y fastidio a los viajeros.

Produce este reino las mismas frutas que los otros. bien que se encuentre en él una cierta uva diminuta y blanca, que nosotros llamamos aquí « uva pajarilla ». Hay muchos

y muy buenos albérchigos, que, lejos de ser venenosos, como suele decirse, son muy exquisitos. Pero, particularmente, abunda en palmeras a todo lo largo de la costa marítima, en donde por la vecindad con la Arabia, se habla mucho el árabe, si bien en las demás provincias del reino se hable el persiano como lengua más común de los naturales.

Descripción del reino de los Partos. — Confinando con la Persia está la Partia, que es el centro del imperio de los persas, en donde se halla la corte de su Rey. Este país es montañoso, como los otros, en gran manera; pero tiene también llanuras muy grandes. Por lo que hace al agua, no hay más que un riachuelo, que se llama Sender o Bendemir, el cual pasa por delante de los muros de Ispahán. El Shah Abbas lo quiso unir con otro río, para hacerle navegable; mas, como para ello se necesitaba cortar un monte entero, en donde, a causa del grandísimo frío, no se podía trabajar si no tres o cuatro meses de estío, el Shah Sofi, su sucesor, viendo las dificultades de la empresa, hizo cesar los trabajos.

El reino de los partos tiene muy hermosas ciudades, pero la principal y la más noble es la de Ispahán, capital del imperio entonces y corte del Rey, que describiremos más despacio en el capítulo siguiente, por ser el escenario principal en donde se desarrollan los sucesos de este libro.

Después de Ispahán, viene en dignidad Kasvín, ciudad muy populosa, la cual había sido la corte de la dinastía de los Sofíes o Sofitas hasta el reinado de Abbas el Grande, quien, por el clima poco salubre de Kasvín, trasladó su corte a Ispahán, perdiendo Kasvín con ello gran parte de su antiguo esplendor. Esta ciudad está situada al extremo de una llanura muy larga y muy ancha, esmaltada de pueblecillos. Está a diez días de camino distante de Ispahán. Fué primeramente llamada Araxa. Algunos la incluyen, y tal vez con más razón, en la Media. No hay en ella cosa de gran importancia hoy día, fuera del amplio y suntuoso palacio del Rey.

Es famosa también la ciudad de Kassán, en donde hay un jardín real muy notable; pero lo que más llama la atención es una caravanera para mercaderes, « que es la cosa más bella y magnífica que yo he visto en toda la Persia ». Hay otras muchas ciudades, como Hamadán, arruinada hace pocos años por los turcos, Sana y otras y otras, que, por no cansar al lector, las paso en silencio.

En este reino se cosecha mucho arroz, y viene a producir poco más o menos los mismos frutos que los otros del Irán, excepto los dátiles, pues no es clima propicio para las palmeras por razón del frío excesivo. El aire, en cambio, es muy saludable, especialmente en Ispahán, en donde rarísima-

mente llueve, por lo que es necesario regar la tierra con agua de pozos o cisternas, fuera del regadío por canalización, que antes dijimos, y cuando no suple a esto la nieve del invierno. Y es tan sutil el aire en esta ciudad que inmediatamente seca todos los humores, de donde acontece que la carne de los animales muertos se conserva incorrupta más de veinte días.

Descripción del reino de los Medos. — Este reino está limitado por el mar Caspio, la Armenia Mayor, la Partia y la Asiria. Está dispuesto en tal manera, que a la inmensidad de las llanuras siguen las grandiosas elevaciones de los montes. Está fecundizado por algunos riachuelos. El mayor que yo ví, se va deslizando por la estrecha garganta de dos cordilleras en las cercanías de Mihana, lugar muy a propósito para madriguera de ladrones. Después, aquel riachuelo va engrosando con el tributo de algunos afluentes, llegando ya con bastante agua cuando desemboca en el mar Caspio.

El antiguo reino de la Media tiene muy bellas ciudades. La capital es Tauris, que antiguamente se llamaba Ecbatana, corte de famosos reyes, residencia favorita de Cósroas (1). De aquí que yo he podido ver el lugar, entre cuatro pirámides, en donde, según la antigua tradición de los cristianos del país, fué colocada la Cruz de Nuestro Señor después de la toma de Jerusalén por Cósroas. Esta ciudad es todavía importante y populosa. El Shah Abbas, al tomársela a los turcos, destruyó en gran parte su ciudadela y dismanteló cuanto pudo las murallas, para que no se volvieran a hacer fuertes en ella los soldados de la Sublime Puerta, si por casualidad la volvían a rescatar de nuevo, siendo así más difícil de conservarla el Turco, por estar tan distante de Constantinopla, y más fácil de volverla a tomar los persas por estar tan próxima a la capital de su reino. Y de hecho, estando yo todavía en Oriente, cayó otra vez en manos de los turcos, que la saquearon y la destruyeron casi por completo, y, dejándola así, la abandonaron por la dificultad que tenían en conservarla.

Antes de su ruina, era una ciudad riquísima y muy ilustre, como se ve por los monumentos destruidos y ruinosos. Allí he visto muchos templos pintados y decorados con ladrillos de varios colores sobre los que resalta el oro, lo que manifiesta a las claras la nobleza y magnificencia de esta ciudad. Acá y allá se levantan aún algunas torres y cúpulas perdidas por los espacios, que señalan los lugares de su ma-

(1) Otros creen, y quizá con más razón, que la antigua Ecbatana es la moderna Hamadán. Cfr. LA PERSE ANTIQUE por Clement Huart, pág. 13.

yor esplendor antiguo. Desde que la volvieron a tomar por segunda vez los persas, ha ido decayendo siempre de su real magnificencia primitiva, viniendo a quedar casi vacía de habitantes por causa de las continuas destrucciones de sus edificios más notables, llegándose a convertir en « hórrido desierto ». El castillo o ciudadela que la protegía, y que estaba unido con la ciudad, ahora está bastante destacado y lejano, así como las antiguas puertas torreadas se hallan muy distantes de las casas hoy habitadas. No he visto en todo el Oriente ciudad alguna que con más vivos caracteres muestre mayor indicio de su primitiva gloria, ni que sea digna de más compasión que Tauris. Y en estos momentos más todavía, porque, según he oído a uno de nuestros Misioneros que ha llegado a Europa después que yo lo visité, la mayor parte de sus casas han quedado sepultadas entre sus ingentes ruinas, a causa de un reciente y espantable terremoto.

He aquí, pues, el estado lamentable de aquella nobilísima ciudad, que Arfaxad, Rey de los Medos, después de haber subyugado a su imperio muchas naciones, hizo edificar para su corte, llamándola Ecbatana, cuyos muros de piedras cuadradas bien labradas, medían sesenta codos de longitud por treinta de altura, y cuyas torres se levantaban a cien codos sobre el suelo.

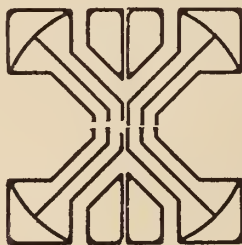
Está situada la moderna Tauris a raíz del monte Oronte, hoy llamado Karabag, sobremanera vistoso; porque, siendo de varios colores, fulgura como el jaspe. Por la otra parte se abre una vastísima llanura, donde se ven las casas de la ciudad. Esta llanura está surcada por algunos riachuelos, uno de los cuales, hinchándose a las veces por las lluvias y por las nieves derretidas, en tal guisa se extiende y se ensancha, que no se puede pasar sino con el favor de un puente de piedra de muchos arcos. En los cercanos montes se ve la nieve todo el año; yo la vi en el mes de julio. Esta ciudad es lugar de gran tráfico, por lo que podrá ser fácilmente restaurada. Está en el centro de diversos reinos o provincias, en los cuales se encuentran diversas y preciosas mercaderías. De una parte está Ispahán, de donde vienen los aromas y mercaderías orientales. De otra está el reino de Guilán, cerca del mar Caspio, de donde afluye una gran cantidad de seda. De las provincias cercanas se traen muchas piedras preciosas de color cerúleo, que llaman « turquesas », de las cuales se hallan en gran cantidad en ciertas minas de este color que hay en Persia, que ordinariamente llaman « cerúleo ultramarino », que es perfectísimo.

Por estas razones llegan a esta ciudad mercaderes de la Armenia, del Gurgistán, de Polonia, de Moscovia, de Constantinopla, de Esmirna, de Alepo, de Trebisonda y de los muchos otros reinos que la circundan, y, compradas sus di-

versas mercancías, parten de ella en nutridas caravanas hacia sus respectivos países. Aquí hay también muchos y generosos caballos de pura sangre, por razón de los buenos pastos que en estas vegas abundan, porque yo mismo he visto aquí praderías que se extienden por millas y millas, que dicen pertenecer al Gobernador de Tauris, llamado Ros-tán Kan, a quien, por el amor que muestra a los cristianos, he querido nombrar en este libro. Y basta con esto acerca de esta ciudad insigne. »

De las demás ciudades famosas que hay en la Media, como Ardebil, Sultania y otras, ya nos han hablado y nos hablarán otros Misioneros nuestros. Baste, pues, con lo que nos deja dicho el sabio P. Felipe de la Santísima Trinidad, para formarnos cabal idea de lo que era el inmenso territorio de la Persia, cuando llegaron allí nuestros Misioneros.

Ahora vamos a ver lo que era la ciudad de Ispahán, de cuya misión tratamos especialmente en este tomo.



CAPITULO II

DESCRIPCIÓN DE ISPAHÁN Y SU REY

Ispahán descrita por don García de Silva, embajador del Rey Católico. — Barrios, mezquitas, conventos. — Lo que dice de ella el P. Juan Tadeo. — Retrato del Shah Abbas por el mismo.

Antes de entrar a referir la gesta de nuestros Misioneros en Ispahán una vez que se hubieron allí establecido, cumple dar a conocer, someramente siquiera, lo que era la capital de Persia en los días de nuestra historia.

Don García de Silva, embajador de nuestro Rey Católico don Felipe III en Persia, se complace en describirla minuciosamente desde que la vió de lejos, cercada de huertas y jardines, en donde estaba enclavada la primera residencia que habitó el propio embajador al llegar a Ispahán.

Y dice así don García (1):

« Media legua antes de llegar a la gran llanura en que está la ciudad de Ispahán, se pasó una sierra blanda y sin dificultad de caminar, continuada de muchos y pequeños collados que se iban pasando unos tras otros, antes de poderse descubrir la ciudad. »

Acabadas de andar todas aquellas bajas colinas, se descubrió a los ojos de don García « una anchisima vega », que ocupaba muchas leguas en derredor, « con grandísimo número de huertas y jardines », todo lo cual, aun visto desde parte eminente, ocultaba la vista de la ciudad, no dejando al descubierto más que las cúpulas y minaretes de las mezquitas.

« Era hermosa cosa, exclama don García, ver la mucha

(1) Cfr. COMENTARIOS DE D. GARCÍA DE SILVA Y FIGUEROA, *de la embajada que de parte del Rey de España don Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia*. Los publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles, en dos tomos, Madrid, 1605. Véase el tomo II, págs. 18-36. Entresacamos lo que hace a nuestro propósito, modernizando la ortografía al tomar sus palabras textuales, para facilitar la lectura, dada la indole y fin vulgarizador de esta nuestra BIBLIOTECA. Solamente en algunos casos de frases cortas o documentos inéditos, en pasajes importantes, conservaremos la ortografía arcaica; pero siempre respetaremos las palabras mismas de los autores, y en general la fonética. Dicho sea esto de una vez y para siempre, si otra cosa no se indicare.

frescura y opacidad de los árboles que había por junto a donde se caminaba, con infinito número de gente que salía a vernos; porque, si bien la ciudad estaba media legua de allí, todas aquellas huertas están pobladas con muchas casas, de manera que no hacía falta la ciudad, y así había tanta cantidad de mujeres con sus mantos blancos, que ocupaban por una y otra parte las cercas y paredes de las huertas, con lo alto de todos los edificios cercanos. »

Atravesó el embajador del Rey Católico el barrio de los gaores o de los parsis, descendientes de los primitivos moradores de la Persia, de quienes se entretiene a describir usos, ritos, lengua y religión. Este barrio formaba (con el de los armenios deportados por el Shah desde el interior de la Armenia, llamado en Ispahán Nueva Chulfa, juntamente con otras colonias numerosas de georgianos y otros diversos pueblos que allí convivían en el destierro) « la mayor ciudad sin comparación de todas cuantas hay en todas las provincias sujetas al rey de Persia. »

Después de haber pasado el río por la puente vieja y de recorrer una larga calle con muchos plátanos, comenzó a caminar dentro de la ciudad por calles estrechas, de casas medio arruinadas, hasta dar en un bazar lleno de tiendas de cosas diferentes, en especial de frutas secas y de las que entonces había verdes, con gran cantidad de alimentos, de asados, cocidos y fritos, de diversas carnes, con muchas maneras de pan, regalado y bueno, es decir, muy barato.

En medio de este bazar, que era como una muy larga calle cubierta de bóveda, con sus claravoyas por donde recibía la luz, había un soberbio y gran mesón nuevo, que el Shah había fabricado a su costa pocos años antes.

Esta calle abovedada del gran bazar desembocaba en el Maidán, « que es la plaza en que se ejercitan a caballo », obra también del mismo Rey. Tenía más de seiscientos pasos en largo y trescientos en ancho, en forma cuadrangular y cercada toda alrededor de tiendas de mercaderes con varandas y aposentos pequeños por lo alto, sin otras casas notables, siendo muy bajos y humildes los edificios que la rodean

En uno de los dos lados mayores de esta plaza, que es el de la mano izquierda como se viene de la mezquita nueva, está el palacio y casas reales, con una lonja cuadrada a la entrada, cubierta con su bóveda y una varanda encima, la una y la otra dorada y pintada, según en Persia se acostumbra.

Más adentro estaba el recibidor, muy hermoso y con las mismas labores. Sobre este recibidor, « o más propiamente zaguán », había cinco pisos con varios aposentos, aunque pequeños, de manera que toda la casa parecía una

gran torre, con barandas doradas en todos los pisos que daban a la parte del Maidán y a la parte opuesta, en que estaban los jardines y harenes del Rey. El piso último y más alto lo formaba una sala, toda dorada y al ombrada con finísimas alfombras, con dos barandas también que daban a las partes anteriormente dichas, desde donde, como parte tan eminente, se descubre toda la ciudad, huertas y jardines reales, con los harenes que en ellos había.

Entre lo más digno de verse en Ispahán, se contaba la mezquita nueva, « que, aunque no está agora acabada », dice don García, es una bellísima fábrica lo que al presente parece, con una entrada o pórtico, cuyo cimborrio, que es muy levantado y soberbio, está todo dorado con muchas labores, la cual hace testera a uno de los dos lados menores del Maidán. Vanse labrando y puliendo para el tal edificio hermosas tablas de mármol y jaspes de varios colores, cosa rara y casi no vista en el Oriente.

En cuanto a las otras mezquitas, en muchas había muy altos minaretes, los más de ellos forrados todos por de fuera de azulejos, y los que no los tenían, era por habérseles descostrado y caído por la mucha antigüedad, « aunque en lo demás están agora muy derechos y sanos ». Todos eran de ladrillo de muy firme estructura; pero tan angostos, que casi parecía imposible sustentar su mucha altura. Para subir a lo alto, había « una estrechísima escalera de husillo », por la cual dificultosamente podía caber un hombre, y menos si era del espesor de don García. Dice que en la mezquita principal había uno de estos minaretes, « que era de tanta altura como la torre de la Iglesia Mayor de Sevilla, que es más alta que ninguna otra de España ».

Hablando en particular del « caravasar », o mesón nuevo del Rey, dice que era suntuosísimo, con una cúpula muy alta, toda dorada, y en él había muchas lonjas con gran cantidad de aposentos en que, sin molestia, antes con mucha comodidad, se podía hospedar gran cantidad de forasteros de todas las naciones, particularmente mercaderes. Era una grandiosa y real fábrica. De ella hablan muchas veces nuestros Misioneros.

Había otros muchos mesones en la ciudad, « que, aunque no de la lindeza y grandeza de éste », eran capaces y acomodados para que cualquiera persona pudiera estar en ellos con regalo, y algunos de ellos estaban entonces llenos de gran número de armenios y surianos que no tenían casas propias, los cuales no tenían otro abrigo ni acogida si no estos « caravasares », fundados para este fin por personas religiosas y pías.

Habla, finalmente, don García de los dos conventos que encontró en Ispahán a su llegada: el de los agustinos por-

tugueses, que estaban allí como embajadores del Rey de España, y el de los carmelitas descalzos, que representaban al Sumo Pontífice. Habla del P. Juan Tadeo, de quien se sirvió de intérprete por lo bien que conocía la lengua persiana nuestro Misionero; y a lo largo de sus COMENTARIOS dice don García muchas cosas del P. Juan y de otros Misioneros nuestros, de las cuales hablaremos en sus respectivos lugares; porque, cuando él llegó allí, ya hacía muy cerca de diez años que estaban en Ispahán nuestros Misioneros.

Aunque don García de Silva describe como pocos las ciudades, sectas, ritos y costumbres de los diferentes pueblos que habitaban entonces en la capital de Persia, especialmente de los gaores o parsis primitivos, y da muchas noticias del Rey Abbas y de otros personajes, nos interesa más a nosotros saber lo que dicen nuestros Misioneros carmelitas, especialmente cuando lo encontramos en documentos inéditos, que deseamos dar a conocer para formarnos juicio más completo y más cabal de las cosas y personas de Persia en aquellos tiempos, y mucho más todavía lo que está en relación directa con la obra principal de los Misioneros, que es ensanchar el reinado de Cristo en el mundo.

De la amalgama de sectas, pueblos y ritos que había entonces en Ispahán, hace el recuento en la forma siguiente el P. Juan Tadeo (1).

En la capital de Persia residen los Padres de San Agustín como embajadores del Rey de España, los carmelitas descalzos a título de representantes del Sumo Pontífice, y más tarde fueron los Padres capuchinos en calidad de enviados del Rey de Francia. A todos estos los llaman sacerdotes latinos, y a todos los europeos allí residentes les denominan con el nombre de « francos », sea de la nación que fueren.

De estos francos o europeos, se cuentan mercaderes portugueses, holandeses, ingleses; éstos son los que están en mayor número, pero de más cuenta son los venecianos. Entre estos europeos, los hay católicos y herejes o renegados.

Hay, además, en dicha ciudad otros cristianos de diversos ritos, como son los armenios, georgianos, jacobitas, sirianos y caldeos, a todos los cuales los ha reconcentrado el Rey en su corte, permitiéndoles vivir conforme a su rito y religión, después de haberlos arrancado de su tierra nativa y haber arrasado sus iglesias y sus hogares.

(1) Lo tomamos de la « RELAZIONE DELLA MISSIONE DEI CARMELITANI SCALZI IN PERSIA », del Padre Giovanni Taddeo di Sto. Eliseo, fatta per li ministri della S. Congregazione de Propaganda Fide. Viaggio dei Missionarii carmelitani in Persia e il loro ingresso et abitazione presa » (1630). —Ms. en el Archivo de la Orden. Es copia con correcciones del autor.

Antes de esta transmigración de dichos pueblos, que empezó por los años de 1602, apenas había de cristianos ni el nombre en Ispahán, sino solamente musulmanes y judíos, en gran número, los cuales tenían bastantes sinagogas.

Después de esta transmigración, el número mayor de cristianos en la capital de Persia lo forman los armenios, quienes han llegado a edificar toda una ciudad en las afueras de Ispahán, ciudad que ellos llaman Nueva Chulfa. Pero no deja por eso de haber todavía muchos armenios esparcidos en otras muchas ciudades; en particular los hay en gran número en la Armenia Mayor, principalmente en Eriván, en el lugar que llaman de « las tres iglesias ».

Con las concentraciones indicadas, Ispahán alcanzó a pasar de 800.000 habitantes durante el reinado del célebre Shah Abbas el Grande, de cuyas cualidades nos va ahora a dar cuenta detallada nuestro renombrado Misionero y Superior de aquella nuestra Misión, el insigne P. Juan Tadeo de San Eliseo, cuya interesante narración viene a compendiarse en lo siguiente.

El Shah se gloriaba de su nobleza, por ser descendiente, según decía, del profeta Mahoma, el cual después de su muerte, siguió reinando en su pueblo escogido por medio del Califa, esto es, de su Vicario Alí, primo suyo, a quien había dado por esposa a su propia hija Fátima, según se lo había ordenado el arcángel Gabriel. Los turcos niegan que Mahoma dejase a Alí por Califa, sino más bien a uno de sus suegros llamado Ottomán. De aquí nació el cisma y la división entre ellos. Tienen el mismo Corán, pero con diferente interpretación. Los turcos, por desprecio, llaman a los persas « raffassi », que quiere decir « rebeldes o revolucionarios ». Y, recíprocamente, los persas llaman a los turcos « sunni », que significa « tradicionalistas de tradiciones sin fundamento », y los tienen por tiranos que no admiten más razón que la espada, y los llaman despectivamente « herejes e infieles », que mataron alevosamente a Abssen, hijo de Alí y sobrino de Mahoma.

El Rey Abbas, siempre que tenía ocasión, o buscándola por sí, se burlaba lindamente de los turcos, motejándolos de « traicioneros ». Por lo demás, tenía costumbres muy sencillas, y a veces gustos estrambóticos. Ya vimos algo de su carácter sanguinario, de su escasa creencia, de su naturaleza indefinible y compleja. El P. Juan Tadeo, que le trató muy de cerca durante un cuarto de siglo, nos dejó de él este retrato de cuerpo entero.

El Shah Abbas, dice, es de edad de 63 años lunares o de 60 solares (1). Viste sencillamente a la persiana, con largo

(1) Era en 1630, cuando escribía el P. Juan Tadeo esta relación.

vestido. Rara vez usa el oro en sus vestiduras, sino cuando lleva la corona en días de gala ; pues entonces viste de seda de colores y se pone manto de escarlata. En la guerra gasta vestido de algodón o de bombasí de colores, y aun a veces viste pobremente y calza alpargatas de cuerda.

Es de pequeña estatura, ojos grandes y nariz recta. Es más bien grueso. Le faltan algunos dientes adelante. Lleva enteramente rasurada la cabeza, contra la costumbre de los turcos, que se dejan algunos pelos en la coronilla. Gasta mostachos muy grandes y de color negro muy subido. Se dice que se los tiñe, porque son completamente blancos. Tiene la cara muy tostada y bronceada del sol, si bien dicen que el color de su cuerpo es blanquísimo. Es de gran ingenio, marcial, mercurial, diestro, sano, de gran memoria y muy prudente. En sus negocios y usos es muy matemático.

Tiene gran número de esclavos, artífices todos en toda suerte de oficios, que trabajan para él; y es enemigo de vagabundos y de gente ociosa.

Es de ingenio muy claro ; pues, al hablarle de negocios, bastan algunas indicaciones para que se dé cuenta de todo, y penetre hasta las últimas diferencias. Es discreto al discurrir sobre estratagemas e invenciones singulares que usa en tiempo de guerra, lo mismo que en aprender las artes.

Es de cara alegre cuando está de buenas ; mas cuando monta en cólera, su furor supera al de los leones ; y es por esto por lo que ha de morir pronto, según la opinión de sus astrólogos (1).

Ha sido siempre tenaz en sus empresas ; pues no solamente ha sometido a los que se rebelaron contra su padre, haciéndoles pagar sus tributos de feudatarios, sino que ha arrebatado al Turco lo por éste usurpado a sus mayores.

Gusta mucho de arreglar por sus manos los arcabuces, aderezar las bridas y gualdrapas para sus caballos, tejer tapices, destilar aceites y aguas medicinales ; en fin, en todas las artes mecánicas, si no es perfecto artifice, está iniciado en ellas. Nadie debe maravillarse al oír que tan gran Rey se deleita en las artes mecánicas y que llamase maestros para aprenderlas, porque en Oriente, y en Persia en particular, uno es tenido por vil y de ningún provecho, aunque sea noble, si no sabe un arte u oficio. A menudo, por esto, nos preguntaban a los Misioneros qué arte u oficio era el nuestro.

Posee una elocuencia natural muy ingeniosa y de grande inventiva, salpicada de equívocos y de dichos agudos, prontos y satíricos, con la cual elocuencia pudiera dar que

(1) En efecto, ya dice el P. Juan Tadeo, en otra parte de esta misma relación, que el Rey murió luego, esto es, en 1629, después que el P. Juan salló de Persia.

hacer « a una brigada entera », sin cesar, desde la mañana a la noche.

Su prudencia natural — siempre que no se atraviere su interés particular — le hace juzgar y gobernar rectamente, con suma prontitud y con pocas palabras; y la mayor parte de las veces cruza a caballo, escuchando y respondiendo a todos y acomodando todas las diferencias, sin que nadie tenga tiempo ni lugar a replicarle.

Visita con frecuencia sus caballerizas, en las cuales tiene muchos buenos caballos, que él distribuye entre sus soldados según el porte de cada uno. Tiene treinta mil caballos en diversas partes del reino, de las mejores razas, que hace domar y adiestrar por los mejores caballistas y domadores que para ello cuenta. Los persas todos son excelentes jinetes, pero el más excelente de todos es el Rey, el cual, no solamente los sabe domar, adiestrar y manejar mejor que los más excelentes maestros en el arte, sino que sabe medicinarlos y curarlos por sí mismo; lo cual quiere decir que el Rey es también un excelente veterinario.

Es supersticioso en sus acciones, y se gobierna y se dirige en ellas por el parecer de sus astrólogos. Es muy independiente en su vida. Camina solo por la ciudad, o va a caballo con uno por delante. Come cuando y en donde le parece, pero sin regalo. Da audiencia en todas partes, y aun vestido de cualquier manera. Es muy sospechoso y precavido por su vida. Cambia a menudo de cama. Dice que el mundo está en un platillo de la balanza y él en el otro platillo, queriendo dar a entender que su vida pesa tanto como todo el mundo. En suma, demuestra tener buena cabeza, puesto que, sin saber leer ni escribir, gobierna con tanta prudencia y con tal arte, que trae a todo el mundo en movimiento, y se hace obedecer y respetar, y es dueño y señor absoluto de sus reinos, los que gobierna por medio de esclavos renegados, grandes duques, sultanes y visires, quienes, a una mínima señal suya, están prontos para entrar en guerra con sus enemigos.....

Tal es lo que, en resumen, dice el P. Juan Tadeo del carácter, gustos, aficiones y ocupaciones del Rey Abbas. Lo tocante a religión, a su proceder y comportamiento con los Misioneros, lo hemos de ver a lo largo de nuestra historia.

Y aquí vamos a reanudar el hilo, tomando la narración desde el punto y hora en que vimos al P. Juan Tadeo y al P. Vicente de San Francisco instalarse en la casa que les dió el gran Visir, de parte del Rey, en la capital de Persia, cuyos edificios principales con sus moradores y colonias suburbanas, teatro de la acción de nuestros Misioneros, acabamos de ver puntualmente en este capítulo.

CAPITULO III

LA MISIÓN DE ISPAHÁN

Inaugúrase la residencia misional.— El P. Juan Tadeo.— Primer fruto de conversiones: dos distinguidos personajes.— Su embajada a Europa y España.— Peripecias que parecen novela y son historia.— Su regreso a Persia.

Instalados los carmelitas en una casa harto pequeña de Ispahán, la acomodaron como pudieron para empezar su obra apostólica, o mejor dicho para continuarla; pues desde que pusieron los pies en Persia, empezaron a evangelizar con el ejemplo y con la palabra.

Fruto inmediato de su evangelización ejemplar fué la conversión al catolicismo del inglés protestante don Roberto Sirley, a quien ya conocemos bastante por su comportamiento con los Misioneros a su llegada a Persia. Don Roberto les facilitó la entrada en el real palacio, siquiera fuese con miras algún tanto egoístas; los instruyó en las cosas de aquel reino; los aleccionó en el modo de conducirse en su embajada; y, por su parte, los nuestros influyeron grandemente con el Rey, para que le nombrase embajador suyo cerca de los Príncipes católicos, entre ellos el de España, a donde le vimos llegar poco después del Padre Paulo Simón (1).

Pero, antes habían sucedido en Ispahán grandes cosas, que nos reservamos para referirlas detalladamente en este lugar, por su importancia y por haber intervenido en ellas, como autor principal, el P. Juan Tadeo de San Eliseo.

Vimos cómo don Roberto procuraba adelantarse siempre a nuestros Misioneros para ser recibido en audiencia por el Shah, y cómo el experto genovés, P. Paulo Simón, le sacaba en esto, como en otras muchas cosas, gran ventaja. Don Roberto no fué siempre sincero con los carmelitas, ni les descubría sus cartas ni sus planes, si no a medias. Muchos le juzgan, y no andan descaminados, como introductor poderoso de la influencia inglesa en Persia; y uno de éstos es

don García de Silva y Figueroa. Los nuestros, como, a pesar del carácter de su embajada pontificia, tenían por blanco principal y directo la conversión de los herejes e infieles, según vamos a verlo, no se fijaban tanto en los planes y cartas ocultas de don Roberto.

Sea de esto lo que fuere, que no es nuestro intento el descubrirlo en este libro, el hecho es que la conducta intachable, evangélica y ejemplar de los carmelitas hizo que don Roberto entrase a tratar con ellos de materias de religión y viniese a abjurar sus errores en manos del P. Juan de San Eliseo. Y no fué esto solo, sino que hizo abjurar también a la que fué su esposa, la cual hasta entonces había vivido en el palacio del Shah y era griega cismática de religión. Esta doble conversión tuvo lugar el 2 de febrero de 1608, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, en el mismo día en que los carmelitas Misioneros de Ispahán inauguraron la capilla de su Misión. En ese mismo día desposó también ante los altares el mismo P. Juan Tadeo a don Roberto y a doña Teresa Sampsonia, nueva amazona de Circasia, famosa en las crónicas del Carmelo (1).

Hé aquí su historia, que encaja muy bien en la nuestra.

Teresa Sampsonia era hija de un Príncipe de Circasia llamado Sanfluf Iscaón, y nació por los años de 1589 (2). Cuando no tenía más de cuatro de edad, fué llevada a la corte de Persia por una tía suya, hermana de su padre, la cual llegó a ser la favorita del Rey Abbas, en cuyo palacio, al lado de su tía y con todo regalo de distinciones, se educó Sampsonia Amazonitis, como la llaman nuestros cronistas e historiadores.

Todas las relaciones están conformes en que Sampsonia fué una verdadera amazona. Los hechos de su vida lo demuestran, los testigos oculares lo transmitieron admirados a la posteridad, y hoy costaría gran trabajo dar crédito a tan portentosas hazañas, si hombres tan juiciosos y verídicos no lo afirmasen con el mayor aplomo y gravedad, hasta informar de todo a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, en cuyos archivos se halla una detallada narración de la vida y gesta de Teresa Amazonitis (3).

Sabido es que en Circasia ponían la patria de las amazonas los antiguos historiadores, como Plutarco en la vida de

(1) HISTORIA GENERALIS CARM. DISC. ITALIAE, tomo I, págs. 374-84, que lo tomó, principalmente, de la Relación auténtica de la Propaganda Fide y de las cartas de nuestros Misioneros. De esta HISTORIA, lo tomó el cronista de España para su CRÓNICA, tomo V, págs. 43-65, y el P. Bertoldo-Ignacio para la MISIÓN DE PERSE, págs. 253-72.

(2) Murió en 1668 a la edad de 79 años, según consta en la lápida que cubre su sepulcro, de donde sacamos que nació en la fecha apuntada.

(3) Es la que sirvió al autor de la HISTORIA GENERALIS citada.

Gneo Pompeyo. Lo que los clásicos refieren de aquellas amazonas, vino a confirmarse en ésta de nuestra historia y en alguna otra que cita don García de Silva (1).

Porque es de saberse que Sampsonia, desde muy niña, manejaba el arco y arrojaba las flechas con tal puntería, que no salía flecha disparada de su arco que no diese en el blanco; y lo mismo las pequeñas frutas de los árboles que las avecillas en su vuelo caían por tierra heridas con las flechas de la amazona.

Montaba a caballo como el mejor jinete. Llamaba la atención de todos por su apostura y gallardía, más varonil que de mujer; y siempre en alazanes indómitos y bríosos, lo cual llamaba poderosamente la atención del Rey Abbas y de todos sus cortesanos, por ser tan aficionados a la equitación como sabemos.

Era de bella presencia, de agraciado rostro, de fuerzas hercúleas, cubriendo todas sus gracias y encantos naturales con la virtud de la modestia, que en ella parecía innata.

Gustaba de la música, de la pintura y de la poesía. Dibujaba y bordaba primorosamente. Hablaba, por los años de nuestra historia, las siguientes lenguas con admirable corrección; su lengua madre, o sea la circasiana, la persa, la turca, la arábica, la rusa, armenia, indiana, italiana, inglesa, polaca y española (2).

Como don Roberto Sirley tuviese tanta entrada en palacio, por los servicios que prestó al Rey organizando los arcabuceros, y asistiese de continuo a las fiestas y cacerías reales, tuvo ocasión de ver muchas veces las relevantes prendas de la amazona circasiana, sobrina de la favorita del Rey. Allí empezó el amor mutuo del conde don Roberto y de la hija del Príncipe de Circasia. Y no será aventurado el pensar, que, al saberlo el Rey, le apartó su favor y le alejó de la corte, habiendo entonces pensado en volver a Europa don Roberto. En estos pensamientos andaba cuando le encontraron nuestros Misioneros en Ardebil, y ya sabemos cómo volvió a la corte y a la gracia del Rey, en lo cual no dejaron de tener buena parte los carmelitas descalzos.

En esta ocasión hubo de ser cuando el conde Sirley confió su secreto al P. Juan Tadeo, y éste, ayudado de su amistad para con el Rey, que le empezó a distinguir por la sencillez de corazón que el P. Juan manifestaba tener, así como por la pericia que iba alcanzando en la lengua persa, intervino poderosamente en el arreglo de aquel matrimonio, desigual por las diferentes religiones que profesaban, y es-

(1) **Chr. COMENTARIOS**, tomo II, págs. 227-30.

(2) **HISTORIA GENERALIS**, tomo I, pág. 375.

pinoso porque no lo habían de ver con buenos ojos los cortesanos del Rey Abbas, y menos los mullahs o sacerdotes fanáticos de su secta.

No dejó tampoco de intervenir con su influencia la favorita del Rey, que había criado a Sampsonia y había sido madre para ella toda la vida, pues parece que la agradó mucho el enlace de su sobrina con el noble inglés don Roberto.

Para hacerlo todo con la mayor cautela y reserva, preparó debidamente el P. Juan Tadeo a los dos, una vez, que manifestaron toda su buena y firme voluntad de abrazar el catolicismo; y así, en un mismo día, que fué el 2 de febrero de 1608, como hemos dicho, el celoso Misionero les administró el bautismo, y en ese mismo día, con la autoridad que del Pontífice tenía, los desposó ante el altar. Contaba para entonces Sampsonia 19 años. Desde esa fecha se llamó Teresa, que así lo quiso ella, a propuesta del Misionero teresiano, en honor de la Beata Madre Teresa de Jesús (1).

En esa misma fecha, después de haber recibido estos sacramentos, salieron de Ispahán los dos esposos con rumbo a Europa, a donde, en calidad de embajador del Rey de Persia, se dirigía don Roberto, como hemos dicho. Tenía que ser así su salida, para no dar en rostro a los que, de saberlo, hubieran atentado contra su vida y hubieran armado un conflicto. Tampoco estaría ajeno a esta especie de huida, en día tan solemne para ellos, el mismo Rey de Persia, después que vió que este enlace servía muy bien para sus intentos e intereses.

De aquí también la prisa de don Roberto en marchar a Europa, cosa que hace notar en sus epístolas y relaciones el P. Paulo Simón, y el deseo que tenía el inglés de que le acompañara en este viaje el mismo Misionero genovés.

Salió, pues, don Roberto de Ispahán, con su esposa y sus criados, con el sigilo que se ha dicho; pero no hubo de ser tanto, que no viniesen a conocerlo los enemigos que tenía en la corte, que no eran pocos, y en especial los mullahs sectarios, a los cuales les faltó tiempo para tenderle una emboscada en que quitarle la vida.

Así sucedió, en efecto. Porque no habían andado mucho camino, cuando fueron asaltados por una banda de malhechores, los cuales, cayendo de improviso sobre la caravana del inglés, cogieron y maniataron a todos sus criados. Se dirigieron luego a la carroza de don Roberto, y, habiéndole

(1) Tanto la partida del bautismo como la del matrimonio, celebrado conforme a lo establecido por el concilio de Trento, fueron extendidas por el P. Juan Tadeo, que fungió en esta ocasión de párroco, según los privilegios que les había otorgado la Santa Sede.

sacado a viva fuerza, le ligaron fuertemente a un árbol y le quisieron forzar a que bebiese un vaso de veneno. En aquel momento trágico, se le cayó la espada de las manos a uno de los malhechores; y entonces Teresa Amazonitis, saltando como tigre de Hircania, cogió aquella espada y con ella sembró el espanto y la muerte entre sus enemigos, quienes, al verla, huyeron despavoridos, los que no quedaron muertos en el campo.

Terminada su hazaña, volvió a donde estaban los suyos, desató a su esposo y le curó las pequeñas heridas que recibiera; libertó, asimismo, a los criados de sus ligaduras, y pudieron continuar su camino sin otro incidente particular (1). A lo menos, ningún otro nos ha conservado la historia en un camino tan largo como el que recorrieron, que fué el mismo, aunque a la inversa, que el recorrido por nuestros Misioneros cuando fueron a Persia.

Llegado que hubieron a Roma, por el mes de noviembre de aquel año de 1608, fueron a ver al Papa. Don Roberto le entregó las cartas que del Rey de Persia traía para Su Santidad, dióle cuenta de sus embajadas a diversos Príncipes, y trató de todos aquellos negocios pendientes entre las naciones católicas y Abbas el Grande.

Fueron luego a ver al General de los Descalzos, que a la sazón lo era el P. Ferdinando de Santa María, español, uno de los novicios de Mancera, que tuvo la dicha de conocer y ser acariciado por Santa Teresa (2), y que en Italia llegó a ser uno de los más ilustres hijos de su Reforma (3). El Padre Ferdinando recibió mucho consuelo al saber los frutos que comenzaban a recoger en Persia nuestros Misioneros, según referencias detalladas de los esposos Sirley, que fueron las primicias.

Terminada su embajada en Roma, salió don Roberto con su esposa para Saboya, Francia, Flandes y España, dando en Roma palabra de volver a la Ciudad Eterna antes de su vuelta a Persia.

Llegado que hubieron a Madrid, mientras don Roberto andaba en sus negocios de embajadas, doña Teresa Sampsonia visitaba con frecuencia a las carmelitas descalzas de Santa Ana, con las cuales había hecho ya amistad, y muy estrecha por cierto. Con el trato de estas monjas y en especial con el de la Madre Beatriz de Jesús, sobrina de la San-

(1) HISTORIA GENERALIS, tomo I, pág. 377.

(2) Este era aquel novicio, a quien tomó el Padre Prior de Mancera (1577) por compañero para ir a visitar a nuestra Madre Santa Teresa, y, por su rara modestia, según afirma el cronista, «no levantó los ojos a mirarla». REFORMA DE LOS DESCALZOS, tomo V, lib. 19, cap. 3, núm. 5.

(3) Fué por tres veces Preósito General de aquella Congregación.

ta Reformadora, poco a poco fué cobrando doña Teresa aquel amor grande y efectivo que tuvo a la Orden del Carmen, y en especial a Santa Teresa de Jesús, juntamente con las virtudes más acendradas de caridad, mortificación cristiana y espíritu de oración y de sacrificio.

Oyendo contar doña Teresa a las monjas tantas maravillas de la Reformadora del Carmelo, las peripecias de sus fundaciones, su espíritu más que de mujer, sus heroicas virtudes y cómo se trataba ya de beatificarla, le entró un deseo ardiente a la noble amazona de poseer alguna reliquia de la beata Madre, y así se la pidió a las monjas. Estas se excusaban con decir que no se le podía dar culto hasta que no fuese elevada a los altares. Pero con esto no se callaba doña Teresa, sino que seguía pidiendo con insistencia una reliquia, aunque fuese pequeña. Beatriz de Jesús, como sobrina de la Santa, había podido obtener una partícula de la carne de su santa tía, y la llevaba muy oculta en un curioso relicario, que estimaba como la joya más preciosa. Por mucho que desease contentar a la condesa, no quería desprenderse de su reliquia, cuando hé aquí que oyó una vez y otra vez estas palabras que le atemorizaron grandemente: « Dale a la condesa la partícula de carne mía que tienes ». A la segunda vez, Beatriz de Jesús dió su reliquia, con relicario y todo, a la condesa, y ésta la conservó celosamente durante toda su vida, y más por el prodigio que se obró en ella años adelante, como luego veremos.

Por don García de Silva y Figueroa (1) sabemos el tiempo que estuvo esta vez en España don Roberto, los negocios que traía entre manos y el itinerario que recorrió hasta volver a Persia. Sin entrar en la crítica de lo político y comercial de la embajada de don Roberto, ni si tiene razón o no don García para criticar tan severamente las acciones del inglés, a quien llama « hambrecillo vagabundo » (2), vamos a seguir tan solamente el itinerario del embajador de Persia por lo que toca al intento de nuestra historia. Tiempo adelante veremos con puntualidad, que don Roberto no era falsario, como decían, y por tal le vinieron a echar de España con buenas palabras entonces.

Catorce meses estuvo don Roberto esta vez en España; y decimos « esta vez », porque le hemos de ver de nuevo en la corte del Rey Católico y acompañado de un carmelita descalzo.

Durante su estancia en Madrid en 1609, que era donde estaba la corte por estas fechas, « le suministraban en todo

(1) COMENTARIOS, tomo II, págs. 127-133.

(2) Ibidem, pág. 130.

este tiempo, al decir de don García, por los ministros y oficiales de Su Magestad Catholica abundantemente y con mucha grandeza todo lo necesario a él y a toda su familia, de manera que así en esto como en otras mercedes recibidas se gastaron treinta mil ducados » (1).

Al cabo de ese tiempo, pasó don Roberto a Holanda, « mandando Su Magestad darle buena suma de dinero para el camino ». En Holanda propuso don Roberto a aquellos estados la utilidad que se les seguiría de la amistad con el Rey de Persia, porque podían traer con sus naves holandesas cada año « toda la seda que de las provincias subjectas a aquel reyno se lleuava en carauanas a Alepo y a Damasco, siendo la intención de su Rey quitar este comercio de las tierras del Turco ». En contracambio, podían llevar las naves holandesas todas las « mercaderías » que quisiesen para el puerto de Surat, en el reino de Cambaya, sujeto al Gran Mogol.

Esta misma propuesta pasó después a hacer don Roberto a Inglaterra, hallando allí eco en el Principe de Gales, aunque su temprana muerte vino a descomponer los planes del embajador de Persia. Pero no se apuró éste demasiado, porque muy pronto encontró un grupo de mercaderes, que, comprendiendo el negocio que se les proponía, armaron dos o tres navíos para lanzarse a la empresa. En uno de ellos se embarcó don Roberto con su esposa y sus criados. Levantóse un temporal tan fiero, que vino a echar su barco a la isla de San Lorenzo, « por la parte de dentro, en la costa occidental della que mira a la costa de la Cafrería y cabo de las corrientes ». Los otros mercaderes llegaron a Surat, en donde cargaron muy bien cargadas sus naves, « y de allí bolvieron con ganancia a Inglaterra ».

Mientras tanto, don Roberto anduvo más bien como en viaje de estudios y tanteos para ver el lugar mejor y más seguro de poder establecer un puerto comercial para el negocio de la seda entre Persia e Inglaterra. Porque, al decir del mismo don García, « desde la isla de San Lorenzo llevó su derrota al cabo de Rocalgate, y después de auerlo doblado, anduvo reconociendo la costa frontera de la tierra firme de Persia, y sondó la ensenada de Guadel, y después la de Jasques, paresciéndole ésta más a propósito, por más cercana de aquel reyno, para llegar allí las naos y recoger la seda, que, según el arbitrio que a su Rey auía dado, se le auía de comprar y llevar por mar a Europa. »

Desde aquí, sin desembarcar, navegó hasta la costa del Sinde; y, subiendo por la corriente de este famoso río, que

es el antiguo Indo o Hindus, llegó a la ciudad de Tatta emporio del comercio « de la primera India », como dice don García. Desde allí se puso en camino de la corte del soberano del Gran Mogol, para el cual llevaba también cartas del Rey de Persia que le acreditaban por su embajador. Allí residió por algún tiempo, dedicándose a los diversos negocios de que era capaz y entendido, sin que pensemos nosotros que obraba en ellos con aquellas malas artes y artimañas, con que nos le pinta en todo y por todo el buen don García de Silva. Otra cosa atestiguan nuestros Misioneros, y todos ellos están unánimes en afirmar la honradez con que procedía en sus negocios mercantiles. No hablemos de los fines políticos, que, como buen inglés, encaminaría a favorecer a su nación más que a las ajenas. Así pensamos también nosotros.

En la corte del Gran Mogol tuvo también don Roberto sus enemigos, y allí tramaron contra su vida, para perderle a él y a toda su familia. Este episodio lo sabemos por nuestra HISTORIA GENERALIS CARM. DISC. CONGREGATIONIS ITALIAE (1).

En efecto, refiere nuestro historiador que en la corte del Mogol cayó gravemente enfermo don Roberto, y cierto día, creyendo sus enemigos perderle de una vez, intentaron prender fuego a la casa por los cuatro costados, para que allí pereciese el embajador, juntamente con su esposa y toda su familia. Tuvo noticia de ello la amazona circasiana, y supo cómo estaban preparados para llevar a cabo esta hazaña « más de setenta hombres armados » (*plusquam septuaginta armatorum manu stipati*) (2), para tomar todas las puertas y degollar a los que quisieran poner a salvo sus vidas huyendo. Sin decir nada a su marido, echó mano a una lanza, tomó consigo los seis criados más valientes y salió a la calle, dispuesta a impedir a todo trance el propósito de sus enemigos. Con ánimo más que de guerrero audaz, arremetió doña Teresa, seguida de los suyos, con todo aquel tropel de facinerosos, y manejando, como sabía, su lanza, arengando a los suyos y animándolos en tan desigual pelea, dejó tendidos por tierra catorce cadáveres, haciendo huir a los malhechores, que con vida salieron, a ocultar su ignominia, viéndose humillados, vencidos y castigados por una mujer que mandaba sólo unos cuantos criados. Dos horas duró la batalla. Doña Teresa recibió tres heridas poco importantes. Heridos salieron también sus criados. De vuelta a la habitación de su marido, le contó el origen y éxito feliz de la refriega; y después de curarse y

(1) Tomo I, págs. 377-78.

(2) Ibidem, pág. 378.

de medicar a sus criados, rogó a su esposo que saliesen cuanto antes del Mogol y emprendiesen de nuevo la vuelta a Persia. Así lo hicieron: « De la corte del Mogor boluió por el camino de Candar y Corasán a Persia » (1). Allí le encontró don Garcia.

Pero esta vez no hubieron de permanecer allí mucho los dos esposos aventureros, porque, después de haber dado cuenta al Shah de sus diversas embajadas y negocios, pudo convencer al Rey de la necesidad que tenía de volver a los países de Europa y más a España. Mas ahora quiso don Roberto llevarse consigo a todo trance un socio en su embajada, y que él deseaba que fuese el P. Juan Tadeo de San Eliseo. No convenía de ningún modo que este buen Padre saliese entones de allí, y, vistas las necesidades que nuestros religiosos tenían de negociar también una fundación en Ormuz, y de mirar por la prosperidad de sus Misiones orientales, que andaban ya pensando de introducirse por Goa en la India, determinó el P. Juan que acompañase a don Roberto el P. Redento de la Cruz, aragonés, primo hermano del Ven. P. Pedro de la Madre de Dios. Estos fueron los principales móviles de los nuestros al aceptar la propuesta de don Roberto; y con ello entendieron servir, ante todo y por encima de todo, la causa del Evangelio y de la Iglesia católica, aunque se lamente don Garcia de que no le ayudaron tanto como debieron los Misioneros nuestros de Ispahán en sus intentos políticos y diplomáticos. Todo tiene su explicación en esta vida.

No hay duda que para aquellas fechas — estamos en 1618 — la importancia que en Persia y en la corte del Rey tenía el P. Juan Tadeo, la pone muy de manifiesto en esta ocasión el propio don Garcia, cuando él pretendía decir otra cosa; porque dice así (2): « Facilitó la enbiada de don Roberto..... la mucha diligencia que para ello puso fray Juan Thadeo, prior de los carmelitas descalços, ya nonbrado, el qual fue el principal instrumento con que se hizo esta negociación, así con el Rey como con los ministros ».

Ya veremos después, por sus pasos contados, cómo se había ganado esta reputación e influencia el célebre Misionero, el cual, como santo y entero varón, tuvo miras más altas en estas cosas que las que insidiosamente apunta el embajador extremeño del Rey don Felipe III.

Aquí vamos tocando a la ligera muchas cosas que diremos luego despacio, por ser sólo el intento de ahora, referir

(1) Los cronistas de nuestra Orden, antes citados, no mencionan este viaje de vuelta a Persia, sino que hacen estar fuera de este país a don Roberto como unos veinte años seguidos, contra lo que aquí se manifiesta.

(2) COMENTARIOS, tomo II, pág. 13.

hacer « a una brigada entera », sin cesar, desde la mañana a la noche.

Su prudencia natural — siempre que no se atravesase su interés particular — le hace juzgar y gobernar rectamente, con suma prontitud y con pocas palabras; y la mayor parte de las veces cruza a caballo, escuchando y respondiendo a todos y acomodando todas las diferencias, sin que nadie tenga tiempo ni lugar a replicarle.

Visita con frecuencia sus caballerizas, en las cuales tiene muchos buenos caballos, que él distribuye entre sus soldados según el porte de cada uno. Tiene treinta mil caballos en diversas partes del reino, de las mejores razas, que hace domar y adiestrar por los mejores caballistas y domadores que para ello cuenta. Los persas todos son excelentes jinetes, pero el más excelente de todos es el Rey, el cual, no solamente los sabe domar, adiestrar y manejar mejor que los más excelentes maestros en el arte, sino que sabe medicinarlos y curarlos por sí mismo; lo cual quiere decir que el Rey es también un excelente veterinario.

Es supersticioso en sus acciones, y se gobierna y se dirige en ellas por el parecer de sus astrólogos. Es muy independiente en su vida. Camina solo por la ciudad, o va a caballo con uno por delante. Come cuando y en donde le parece, pero sin regalo. Da audiencia en todas partes, y aun vestido de cualquier manera. Es muy sospechoso y precavido por su vida. Cambia a menudo de cama. Dice que el mundo está en un platillo de la balanza y él en el otro platillo, queriendo dar a entender que su vida pesa tanto como todo el mundo. En suma, demuestra tener buena cabeza, puesto que, sin saber leer ni escribir, gobierna con tanta prudencia y con tal arte, que trae a todo el mundo en movimiento, y se hace obedecer y respetar, y es dueño y señor absoluto de sus reinos, los que gobierna por medio de esclavos renegados, grandes duques, sultanes y visires, quienes, a una mínima señal suya, están prontos para entrar en guerra con sus enemigos.....

Tal es lo que, en resumen, dice el P. Juan Tadeo del carácter, gustos, aficiones y ocupaciones del Rey Abbas. Lo tocante a religión, a su proceder y comportamiento con los Misioneros, lo hemos de ver a lo largo de nuestra historia.

Y aquí vamos a reanudar el hilo, tomando la narración desde el punto y hora en que vimos al P. Juan Tadeo y al P. Vicente de San Francisco instalarse en la casa que les dió el gran Visir, de parte del Rey, en la capital de Persia, cuyos edificios principales con sus moradores y colonias suburbanas, teatro de la acción de nuestros Misioneros, acabamos de ver puntualmente en este capítulo.

CAPITULO III

LA MISIÓN DE ISPAHÁN

Inaugúrase la residencia misional.— El P. Juan Tadeo.— Primer fruto de conversiones: dos distinguidos personajes.— Su embajada a Europa y España.— Peripecias que parecen novela y son historia.— Su regreso a Persia.

Instalados los carmelitas en una casa harto pequeña de Ispahán, la acomodaron como pudieron para empezar su obra apostólica, o mejor dicho para continuarla; pues desde que pusieron los pies en Persia, empezaron a evangelizar con el ejemplo y con la palabra.

Fruto inmediato de su evangelización ejemplar fué la conversión al catolicismo del inglés protestante don Roberto Sirley, a quien ya conocemos bastante por su comportamiento con los Misioneros a su llegada a Persia. Don Roberto les facilitó la entrada en el real palacio, siquiera fuese con miras algún tanto egoístas; los instruyó en las cosas de aquel reino; los aleccionó en el modo de conducirse en su embajada; y, por su parte, los nuestros influyeron grandemente con el Rey, para que le nombrase embajador suyo cerca de los Príncipes católicos, entre ellos el de España, a donde le vimos llegar poco después del Padre Paulo Simón (1).

Pero, antes habían sucedido en Ispahán grandes cosas, que nos reservamos para referirlas detalladamente en este lugar, por su importancia y por haber intervenido en ellas, como autor principal, el P. Juan Tadeo de San Eliseo.

Vimos cómo don Roberto procuraba adelantarse siempre a nuestros Misioneros para ser recibido en audiencia por el Shah, y cómo el experto genovés, P. Paulo Simón, le sacaba en esto, como en otras muchas cosas, gran ventaja. Don Roberto no fué siempre sincero con los carmelitas, ni les descubría sus cartas ni sus planes, si no a medias. Muchos le juzgan, y no andan descaminados, como introductor poderoso de la influencia inglesa en Persia; y uno de éstos es

Antes de esta transmigración de dichos pueblos, que empezó por los años de 1602, apenas había de cristianos ni el nombre en Ispahán, sino solamente musulmanes y judíos, en gran número, los cuales tenían bastantes sinagogas.

Después de esta transmigración, el número mayor de cristianos en la capital de Persia lo forman los armenios, quienes han llegado a edificar toda una ciudad en las afueras de Ispahán, ciudad que ellos llaman Nueva Chulfa. Pero no deja por eso de haber todavía muchos armenios esparcidos en otras muchas ciudades; en particular los hay en gran número en la Armenia Mayor, principalmente en Eriván, en el lugar que llaman de « las tres iglesias ».

Con las concentraciones indicadas, Ispahán alcanzó a pasar de 800.000 habitantes durante el reinado del célebre Shah Abbas el Grande, de cuyas cualidades nos va ahora a dar cuenta detallada nuestro renombrado Misionero y Superior de aquella nuestra Misión, el insigne P. Juan Tadeo de San Eliseo, cuya interesante narración viene a compendiarse en lo siguiente.

El Shah se gloriaba de su nobleza, por ser descendiente, según decía, del profeta Mahoma, el cual después de su muerte, siguió reinando en su pueblo escogido por medio del Califa, esto es, de su Vicario Ali, primo suyo, a quien había dado por esposa a su propia hija Fátima, según se lo había ordenado el arcángel Gabriel. Los turcos niegan que Mahoma dejase a Ali por Califa, sino más bien a uno de sus suegros llamado Ottomán. De aquí nació el cisma y la división entre ellos. Tienen el mismo Corán, pero con diferente interpretación. Los turcos, por desprecio, llaman a los persas « raffassi », que quiere decir « rebeldes o revolucionarios ». Y, reciprocamente, los persas llaman a los turcos « sunni », que significa « tradicionalistas de tradiciones sin fundamento », y los tienen por tiranos que no admiten más razón que la espada, y los llaman despectivamente « herejes e infieles », que mataron alevosamente a Abssen, hijo de Ali y sobrino de Mahoma.

El Rey Abbas, siempre que tenía ocasión, o buscándola por sí, se burlaba lindamente de los turcos, motejándolos de « traicioneros ». Por lo demás, tenía costumbres muy sencillas, y a veces gustos estrambóticos. Ya vimos algo de su carácter sanguinario, de su escasa creencia, de su naturaleza indefinible y compleja. El P. Juan Tadeo, que le trató muy de cerca durante un cuarto de siglo, nos dejó de él este retrato de cuerpo entero.

El Shah Abbas, dice, es de edad de 63 años lunares o de 60 solares (1). Viste sencillamente a la persiana, con largo

(1) Era en 1630, cuando escribía el P. Juan Tadeo esta relación.

vestido. Rara vez usa el oro en sus vestiduras, sino cuando lleva la corona en días de gala ; pues entonces viste de seda de colores y se pone manto de escarlata. En la guerra gasta vestido de algodón o de bombasí de colores, y aun a veces viste pobremente y calza alpargatas de cuerda.

Es de pequeña estatura, ojos grandes y nariz recta. Es más bien grueso. Le faltan algunos dientes adelante. Lleva enteramente rasurada la cabeza, contra la costumbre de los turcos, que se dejan algunos pelos en la coronilla. Gasta mostachos muy grandes y de color negro muy subido. Se dice que se los tiñe, porque son completamente blancos. Tiene la cara muy tostada y bronceada del sol, si bien dicen que el color de su cuerpo es blanquísimo. Es de gran ingenio, marcial, mercurial, diestro, sano, de gran memoria y muy prudente. En sus negocios y usos es muy matemático.

Tiene gran número de esclavos, artifices todos en toda suerte de oficios, que trabajan para él; y es enemigo de vagabundos y de gente ociosa.

Es de ingenio muy claro ; pues, al hablarle de negocios, bastan algunas indicaciones para que se dé cuenta de todo, y penetre hasta las últimas diferencias. Es discreto al discurrir sobre estratagemas e invenciones singulares que usa en tiempo de guerra, lo mismo que en aprender las artes.

Es de cara alegre cuando está de buenas ; mas cuando monta en cólera, su furor supera al de los leones ; y es por esto por lo que ha de morir pronto, según la opinión de sus astrólogos (1).

Ha sido siempre tenaz en sus empresas ; pues no solamente ha sometido a los que se rebelaron contra su padre, haciéndoles pagar sus tributos de feudatarios, sino que ha arrebatado al Turco lo por éste usurpado a sus mayores.

Gusta mucho de arreglar por sus manos los arcabuces, aderezar las bridas y gualdrapas para sus caballos, tejer tapices, destilar aceites y aguas medicinales ; en fin, en todas las artes mecánicas, si no es perfecto artifice, está iniciado en ellas. Nadie debe maravillarse al oír que tan gran Rey se deleita en las artes mecánicas y que llamase maestros para aprenderlas, porque en Oriente, y en Persia en particular, uno es tenido por vil y de ningún provecho, aunque sea noble, si no sabe un arte u oficio. A menudo, por esto, nos preguntaban a los Misioneros qué arte u oficio era el nuestro.

Posee una elocuencia natural muy ingeniosa y de grande inventiva, salpicada de equívocos y de dichos agudos, prontos y satíricos, con la cual elocuencia pudiera dar que

(1) En efecto, ya dice el P. Juan Tadeo, en otra parte de esta misma relación, que el Rey murió luego, esto es, en 1629, después que el P. Juan salió de Persia.

gran torre, con barandas doradas en todos los p sos que daban a la parte del Maidán y a la parte opuesta, en que estaban los jardines y harenes del Rey. El piso último y más alto lo formaba una sala, toda dorada y al ombrada con finísimas alfombras, con dos barandas también que daban a las partes anteriormente dichas, desde donde, como parte tan eminente, se descubre toda la ciudad, huertas y jardines reales, con los harenes que en ellos había.

Entre lo más digno de verse en Ispahán, se contaba la mezquita nueva, « que, aunque no está agora acabada », dice don García, es una bellísima fábrica lo que al presente parece, con una entrada o pórtico, cuyo cimborrio, que es muy levantado y soberbio, está todo dorado con muchas labores, la cual hace testera a uno de los dos lados menores del Maidán. Vanse labrando y puliendo para el tal edificio hermosas tablas de mármol y jaspes de varios colores, cosa rara y casi no vista en el Oriente.

En cuanto a las otras mezquitas, en muchas había muy altos minaretes, los más de ellos forrados todos por de fuera de azulejos, y los que no los tenían, era por habérseles descostrado y caído por la mucha antigüedad, « aunque en lo demás están agora muy derechos y sanos ». Todos eran de ladrillo de muy firme estructura; pero tan angostos, que casi parecía imposible sustentar su mucha altura. Para subir a lo alto, había « una estrechísima escalera de husillo », por la cual dificultosamente podía caber un hombre, y menos si era del espesor de don García. Dice que en la mezquita principal había uno de estos minaretes, « que era de tanta altura como la torre de la Iglesia Mayor de Sevilla, que es más alta que ninguna otra de España ».

Hablando en particular del « caravasar », o mesón nuevo del Rey, dice que era suntuosísimo, con una cúpula muy alta, toda dorada, y en él había muchas lonjas con gran cantidad de aposentos en que, sin molestia, antes con mucha comodidad, se podía hospedar gran cantidad de forasteros de todas las naciones, particularmente mercaderes. Era una grandiosa y real fábrica. De ella hablan muchas veces nuestros Misioneros.

Había otros muchos mesones en la ciudad, « que, aunque no de la lindeza y grandeza de éste », eran capaces y acomodados para que cualquiera persona pudiera estar en ellos con regalo, y algunos de ellos estaban entonces llenos de gran número de armenios y surianos que no tenían casas propias, los cuales no tenían otro abrigo ni acogida si no estos « caravasares », fundados para este fin por personas religiosas y pías.

Habla, finalmente, don García de los dos conventos que encontró en Ispahán a su llegada : el de los agustinos por-

tugueses, que estaban allí como embajadores del Rey de España, y el de los carmelitas descalzos, que representaban al Sumo Pontífice. Habla del P. Juan Tadeo, de quien se sirvió de intérprete por lo bien que conocía la lengua persiana nuestro Misionero; y a lo largo de sus COMENTARIOS dicen don García muchas cosas del P. Juan y de otros Misioneros nuestros, de las cuales hablaremos en sus respectivos lugares; porque, cuando él llegó allí, ya hacía muy cerca de diez años que estaban en Ispahán nuestros Misioneros.

Aunque don García de Silva describe como pocos las ciudades, sectas, ritos y costumbres de los diferentes pueblos que habitaban entonces en la capital de Persia, especialmente de los gaores o parsis primitivos, y da muchas noticias del Rey Abbas y de otros personajes, nos interesa más a nosotros saber lo que dicen nuestros Misioneros carmelitas, especialmente cuando lo encontramos en documentos inéditos, que deseamos dar a conocer para formarnos juicio más completo y más cabal de las cosas y personas de Persia en aquellos tiempos, y mucho más todavía lo que está en relación directa con la obra principal de los Misioneros, que es ensanchar el reinado de Cristo en el mundo.

De la amalgama de sectas, pueblos y ritos que había entonces en Ispahán, hace el recuento en la forma siguiente el P. Juan Tadeo (1).

En la capital de Persia residen los Padres de San Agustín como embajadores del Rey de España, los carmelitas descalzos a título de representantes del Sumo Pontífice, más tarde fueron los Padres capuchinos en calidad de enviados del Rey de Francia. A todos estos los llaman sacerdotes latinos, y a todos los europeos allí residentes les denominan con el nombre de « francos », sea de la nación que fueren.

De estos francos o europeos, se cuentan mercaderes portugueses, holandeses, ingleses; éstos son los que están en mayor número, pero de más cuenta son los venecianos. Entre estos europeos, los hay católicos y herejes o renegados.

Hay, además, en dicha ciudad otros cristianos de diversos ritos, como son los armenios, georgianos, jacobitas, sirianos y caldeos, a todos los cuales los ha reconcentrado el Rey en su corte, permitiéndoles vivir conforme a su rito y religión, después de haberlos arrancado de su tierra nativa y haber arrasado sus iglesias y sus hogares.

(1) Lo tomamos de la *RELAZIONE DELLA MISSIONE DEI CARMELITANI SCALZI IN PERSIA*, del *Padre Giovanni Tadeo di S. Eliseo, fatta per li ministri della S. Congregazione de Propaganda Fide. Viaggio dei Missionarii carmelitani in Persia e il loro ingresso ed abitazione presa* (1630), —Ms. en el Archivo de la Orden. Es copia con correcciones del autor.

CAPITULO II

DESCRIPCIÓN DE ISPAHÁN Y SU REY

Ispahán descrita por don García de Silva, embajador del Rey Católico. — Barrios, mezquitas, conventos. — Lo que dice de ella el P. Juan Tadeo. — Retrato del Shah Abbas por el mismo.

Antes de entrar a referir la gesta de nuestros Misioneros en Ispahán una vez que se hubieron allí establecido, cumple dar a conocer, someramente siquiera, lo que era la capital de Persia en los días de nuestra historia.

Don García de Silva, embajador de nuestro Rey Católico don Felipe III en Persia, se complace en describirla minuciosamente desde que la vió de lejos, cercada de huertas y jardines, en donde estaba enclavada la primera residencia que habitó el propio embajador al llegar a Ispahán.

Y dice así don García (1):

« Media legua antes de llegar a la gran llanura en que está la ciudad de Ispahán, se pasó una sierra blanda y sin dificultad de caminar, continuada de muchos y pequeños collados que se iban pasando unos tras otros, antes de poderse descubrir la ciudad. »

Acabadas de andar todas aquellas bajas colinas, se descubrió a los ojos de don García « una anchísima vega », que ocupaba muchas leguas en derredor, « con grandísimo número de huertas y jardines », todo lo cual, aun visto desde parte eminente, ocultaba la vista de la ciudad, no dejando al descubierto más que las cúpulas y minaretes de las mezquitas.

« Era hermosa cosa, exclama don García, ver la mucha

(1) Cfr. COMENTARIOS DE D. GARCÍA DE SILVA Y FIGUEROA, *de la embajada que de parte del Rey de España don Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia*. Los publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles, en dos tomos, Madrid, 1605. Véase el tomo II, págs. 18-36. Entresacamos lo que hace a nuestro propósito, modernizando la ortografía al tomar sus palabras textuales, para facilitar la lectura, dada la índole y fin vulgarizador de esta nuestra BIBLIOTECA. Solamente en algunos casos de frases cortas o documentos inéditos, en pasajes importantes, conservaremos la ortografía arcaica; pero siempre respetaremos las palabras mismas de los autores, y en general la fonética. Dicho sea esto de una vez y para siempre, si otra cosa no se indicare.

frescura y opacidad de los árboles que había por junto a donde se caminaba, con infinito número de gente que salía a vernos; porque, si bien la ciudad estaba media legua de allí, todas aquellas huertas están pobladas con muchas casas, de manera que no hacía falta la ciudad, y así había tanta cantidad de mujeres con sus mantos blancos, que ocupaban por una y otra parte las cercas y paredes de las huertas, con lo alto de todos los edificios cercanos. »

Atravesó el embajador del Rey Católico el barrio de los gaores o de los parsis, descendientes de los primitivos moradores de la Persia, de quienes se entretiene a describir usos, ritos, lengua y religión. Este barrio formaba (con el de los armenios deportados por el Shah desde el interior de la Armenia, llamado en Ispahán Nueva Chulfa, juntamente con otras colonias numerosas de georgianos y otros diversos pueblos que allí convivían en el destierro) « la mayor ciudad sin comparación de todas cuantas hay en todas las provincias sujetas al rey de Persia. »

Después de haber pasado el río por la puente vieja y de recorrer una larga calle con muchos plátanos, comenzó a caminar dentro de la ciudad por calles estrechas, de casas medio arruinadas, hasta dar en un bazar lleno de tiendas de cosas diferentes, en especial de frutas secas y de las que entonces había verdes, con gran cantidad de alimentos, de asados, cocidos y fritos, de diversas carnes, con muchas maneras de pan, regalado y bueno, es decir, muy barato.

En medio de este bazar, que era como una muy larga calle cubierta de bóveda, con sus claravoyas por donde recibía la luz, había un soberbio y gran mesón nuevo, que el Shah había fabricado a su costa pocos años antes.

Esta calle abovedada del gran bazar desembocaba en el Maidán, « que es la plaza en que se ejercitan a caballo », obra también del mismo Rey. Tenía más de seiscientos pasos en largo y trescientos en ancho, en forma cuadrangular y cercada toda alrededor de tiendas de mercaderes con varandas y aposentos pequeños por lo alto, sin otras casas notables, siendo muy bajos y humildes los edificios que la rodean.

En uno de los dos lados mayores de esta plaza, que es el de la mano izquierda como se viene de la mezquita nueva, está el palacio y casas reales, con una lonja cuadrada a la entrada, cubierta con su bóveda y una varanda encima, la una y la otra dorada y pintada, según en Persia se acostumbra.

Más adentro estaba el recibidor, muy hermoso y con las mismas labores. Sobre este recibidor, « o más propiamente zaguán », había cinco pisos con varios aposentos, aunque pequeños, de manera que toda la casa parecía una

es el antiguo Indo o Hindus, llegó a la ciudad de Tatta, emporio del comercio « de la primera India », como dice don García. Desde allí se puso en camino de la corte del soberano del Gran Mogol, para el cual llevaba también cartas del Rey de Persia que le acreditaban por su embajador. Allí residió por algún tiempo, dedicándose a los diversos negocios de que era capaz y entendido, sin que pensemos nosotros que obraba en ellos con aquellas malas artes y artimañas, con que nos le pinta en todo y por todo el buen don García de Silva. Otra cosa atestiguan nuestros Misioneros, y todos ellos están unánimes en afirmar la honradez con que procedía en sus negocios mercantiles. No hablemos de los fines políticos, que, como buen inglés, encaminaría a favorecer a su nación más que a las ajenas. Así pensamos también nosotros.

En la corte del Gran Mogol tuvo también don Roberto sus enemigos, y allí tramaron contra su vida, para perderle a él y a toda su familia. Este episodio lo sabemos por nuestra HISTORIA GENERALIS CARM. DISC. CONGREGATIONIS ITALIAE (1).

En efecto, refiere nuestro historiador que en la corte del Mogol cayó gravemente enfermo don Roberto, y cierto día, creyendo sus enemigos perderle de una vez, intentaron prender fuego a la casa por los cuatro costados, para que allí pereciese el embajador, juntamente con su esposa y toda su familia. Tuvo noticia de ello la amazona circasiana, y supo cómo estaban preparados para llevar a cabo esta hazaña « más de setenta hombres armados » (*plusquam septuaginta armatorum manu stipati*) (2), para tomar todas las puertas y degollar a los que quisieran poner a salvo sus vidas huyendo. Sin decir nada a su marido, echó mano a una lanza, tomó consigo los seis criados más valientes y salió a la calle, dispuesta a impedir a todo trance el propósito de sus enemigos. Con ánimo más que de guerrero audaz, arremetió doña Teresa, seguida de los suyos, con todo aquel tropel de facinerosos, y manejando, como sabía, su lanza, arengando a los suyos y animándolos en tan desigual pelea, dejó tendidos por tierra catorce cadáveres, haciendo huir a los malhechores, que con vida salieron, a ocultar su ignominia, viéndose humillados, vencidos y castigados por una mujer que mandaba sólo unos cuantos criados. Dos horas duró la batalla. Doña Teresa recibió tres heridas poco importantes. Heridos salieron también sus criados. De vuelta a la habitación de su marido, le contó el origen y éxito feliz de la refriega; y después de curarse y

(1) Tomo I, págs. 377-78.

(2) *Ibidem*, pág. 378.

de inedicar a sus criados, rogó a su esposo que saliesen cuanto antes del Mogol y emprendiesen de nuevo la vuelta a Persia. Así lo hicieron: « De la corte del Mogor boluió por el camino de Candar y Corasán a Persia » (1). Allí le encontró don García.

Pero esta vez no hubieron de permanecer allí muchos los dos esposos aventureros, porque, después de haber dado cuenta al Shah de sus diversas embajadas y negocios, pudo convencer al Rey de la necesidad que tenía de volver a los países de Europa y más a España. Mas ahora quiso don Roberto llevarse consigo a todo trance un socio en su embajada, y que él deseaba que fuese el P. Juan Tadeo de San Eliseo. No convenía de ningún modo que este buen Padre saliese entonces de allí, y, vistas las necesidades que nuestros religiosos tenían de negociar también una fundación en Ormuz, y de mirar por la prosperidad de sus Misiones orientales, que andaban ya pensando de introducirse por Goa en la India, determinó el P. Juan que acompañase a don Roberto el P. Redento de la Cruz, aragonés, primo hermano del Ven. P. Pedro de la Madre de Dios. Estos fueron los principales móviles de los nuestros al aceptar la propuesta de don Roberto; y con ello entendieron servir, ante todo y por encima de todo, la causa del Evangelio y de la Iglesia católica, aunque se lamenta don García de que no le ayudaron tanto como debieron los Misioneros nuestros de Ispahán en sus intentos políticos y diplomáticos. Todo tiene su explicación en esta vida.

No hay duda que para aquellas fechas — estamos en 1618 — la importancia que en Persia y en la corte del Rey tenía el P. Juan Tadeo, la pone muy de manifiesto en esta ocasión el propio don García, cuando él pretendía decir otra cosa; porque dice así (2): « Facilitó la enbiada de don Roberto..... la mucha diligencia que para ello puso fray Juan Thadeo, prior de los carmelitas descalços, ya nonbrado, el qual fue el principal instrumento con que se hizo esta negociación, así con el Rey como con los ministros ».

Ya veremos después, por sus pasos contados, cómo se había ganado esta reputación e influencia el célebre Misionero, el cual, como santo y entero varón, tuvo miras más altas en estas cosas que las que insidiosamente apunta el embajador extremeño del Rey don Felipe III.

Aquí vamos tocando a la ligera muchas cosas que diremos luego despacio, por ser sólo el intento de ahora, referir

(1) Los cronistas de nuestra Orden, antes citados, no mencionan este viaje de vuelta a Persia, sino que hacen estar fuera de este país a don Roberto como unos veinte años seguidos, contra lo que aquí se manifiesta.

(2) COMENTARIOS, to.no II, pág. 13.

ta Reformadora, poco a poco fué cobrando doña Teresa aquel amor grande y efectivo que tuvo a la Orden del Carmen, y en especial a Santa Teresa de Jesús, juntamente con las virtudes más acendradas de caridad, mortificación cristiana y espíritu de oración y de sacrificio.

Oyendo contar doña Teresa a las monjas tantas maravillas de la Reformadora del Carmelo, las peripecias de sus fundaciones, su espíritu más que de mujer, sus heroicas virtudes y cómo se trataba ya de beatificarla, le entró un deseo ardiente a la noble amazona de poseer alguna reliquia de la beata Madre, y así se la pidió a las monjas. Estas se excusaban con decir que no se le podía dar culto hasta que no fuese elevada a los altares. Pero con esto no se callaba doña Teresa, sino que seguía pidiendo con insistencia una reliquia, aunque fuese pequeña. Beatriz de Jesús, como sobrina de la Santa, había podido obtener una partícula de la carne de su santa tía, y la llevaba muy oculta en un curioso relicario, que estimaba como la joya más preciosa. Por mucho que desease contentar a la condesa, no quería desprenderse de su reliquia, cuando hé aquí que oyó una vez y otra vez estas palabras que le atemorizaron grandemente: « Dale a la condesa la partícula de carne mía que tienes ». A la segunda vez, Beatriz de Jesús dió su reliquia, con relicario y todo, a la condesa, y ésta la conservó celosamente durante toda su vida, y más por el prodigio que se obró en ella años adelante, como luego veremos.

Por don García de Silva y Figueroa (1) sabemos el tiempo que estuvo esta vez en España don Roberto, los negocios que traía entre manos y el itinerario que recorrió hasta volver a Persia. Sin entrar en la crítica de lo político y comercial de la embajada de don Roberto, ni si tiene razón o no don García para criticar tan severamente las acciones del inglés, a quien llama « hambrecillo vagabundo » (2), vamos a seguir tan solamente el itinerario del embajador de Persia por lo que toca al intento de nuestra historia. Tiempo adelante veremos con puntualidad, que don Roberto no era falsario, como decían, y por tal le vinieron a echar de España con buenas palabras entonces.

Catorce meses estuvo don Roberto esta vez en España; y decimos « esta vez », porque le hemos de ver de nuevo en la corte del Rey Católico y acompañado de un carmelita descalzo.

Durante su estancia en Madrid en 1609, que era donde estaba la corte por estas fechas, « le suministraban en todo

(1) COMENTARIOS, tomo II, págs. 127-133.

(2) Ibidem, pág. 130.

este tiempo, al decir de don García, por los ministros y oficiales de Su Magestad Catholica abundantemente y con mucha grandeza todo lo necesario a él y a toda su familia, de manera que así en esto como en otras mercedes recibidas se gastaron treinta mil ducados » (1).

Al cabo de ese tiempo, pasó don Roberto a Holanda, « mandando Su Magestad darle buena suma de dinero para el camino ». En Holanda propuso don Roberto a aquellos estados la utilidad que se les seguiría de la amistad con el Rey de Persia, porque podían traer con sus naves holandesas cada año « toda la seda que de las provincias subjectas a aquel reyno se lleuava en carauanas a Alepo y a Damasco, siendo la intención de su Rey quitar este comercio de las tierras del Turco ». En contracambio, podían llevar las naves holandesas todas las « mercadurías » que quisiesen para el puerto de Surat, en el reino de Cambaya, sujeto al Gran Mogol.

Esta misma propuesta pasó después a hacer don Roberto a Inglaterra, hallando allí eco en el Principe de Gales, aunque su temprana muerte vino a descomponer los planes del embajador de Persia. Pero no se apuró éste demasiado, porque muy pronto encontró un grupo de mercaderes, que, comprendiendo el negocio que se les proponía, armaron dos o tres navíos para lanzarse a la empresa. En uno de ellos se embarcó don Roberto con su esposa y sus criados. Levantóse un temporal tan fiero, que vino a echar su barco a la isla de San Lorenzo, « por la parte de dentro, en la costa occidental della que mira a la costa de la Cafrería y cabo de las corrientes ». Los otros mercaderes llegaron a Surat, en donde cargaron muy bien cargadas sus naves, « y de allí bolvieron con ganancia a Inglaterra ».

Mientras tanto, don Roberto anduvo más bien como en viaje de estudios y tanteos para ver el lugar mejor y más seguro de poder establecer un puerto comercial para el negocio de la seda entre Persia e Inglaterra. Porque, al decir del mismo don García, « desde la isla de San Lorenzo lleuó su derrota al cabo de Rocalgate, y después de auerlo doblado, anduvo reconociendo la costa frontera de la tierra firme de Persia, y sondó la ensenada de Guadel, y después la de Jasques, paresciéndole ésta más a propósito, por más cercana de aquel reyno, para llegar allí las naos y recoger la seda, que, según el arbitrio que a su Rey auía dado, se le auía de comprar y llevar por mar a Europa. »

Desde aquí, sin desembarcar, navegó hasta la costa del Sinde; y, subiendo por la corriente de este famoso río, que

pinoso porque no lo habían de ver con buenos ojos los cortesanos del Rey Abbas, y menos los mullahs o sacerdotes fanáticos de su secta.

No dejó tampoco de intervenir con su influencia la favorita del Rey, que había criado a Sampsonia y había sido madre para ella toda la vida, pues parece que la agradó mucho el enlace de su sobrina con el noble inglés don Roberto.

Para hacerlo todo con la mayor cautela y reserva, preparó debidamente el P. Juan Tadeo a los dos, una vez que manifestaron toda su buena y firme voluntad de abrazar el catolicismo; y así, en un mismo día, que fué el 2 de febrero de 1608, como hemos dicho, el celoso Misionero les administró el bautismo, y en ese mismo día, con la autoridad que del Pontífice tenía, los desposó ante el altar. Contaba para entonces Sampsonia 19 años. Desde esa fecha se llamó Teresa, que así lo quiso ella, a propuesta del Misionero teresiano, en honor de la Beata Madre Teresa de Jesús (1).

En esa misma fecha, después de haber recibido estos sacramentos, salieron de Ispahán los dos esposos con rumbo a Europa, a donde, en calidad de embajador del Rey de Persia, se dirigía don Roberto, como hemos dicho. Tenía que ser así su salida, para no dar en rostro a los que, de saberlo, hubieran atentado contra su vida y hubieran armado un conflicto. Tampoco estaría ajeno a esta especie de huída, en día tan solemne para ellos, el mismo Rey de Persia, después que vió que este enlace servía muy bien para sus intentos e intereses.

De aquí también la prisa de don Roberto en marchar a Europa, cosa que hace notar en sus epístolas y relaciones el P. Paulo Simón, y el deseo que tenía el inglés de que le acompañara en este viaje el mismo Misionero genovés.

Salió, pues, don Roberto de Ispahán, con su esposa y sus criados, con el sigilo que se ha dicho; pero no hubo de ser tanto, que no viniesen a conocerlo los enemigos que tenía en la corte, que no eran pocos, y en especial los mullahs sectarios, a los cuales les faltó tiempo para tenderle una emboscada en que quitarle la vida.

Así sucedió, en efecto. Porque no habían andado mucho camino, cuando fueron asaltados por una banda de malhechores, los cuales, cayendo de improviso sobre la caravana del inglés, cogieron y maniataron a todos sus criados. Se dirigieron luego a la carroza de don Roberto, y, habiéndole

—(1) Tanto la partida del bautismo como la del matrimonio, celebrado conforme a lo establecido por el concilio de Trento, fueron extendidas por el P. Juan Tadeo, que fungió en esta ocasión de párroco, según los privilegios que les había otorgado la Santa Sede.

sacado a viva fuerza, le ligaron fuertemente a un árbol y le quisieron forzar a que bebiese un vaso de veneno. En aquel momento trágico, se le cayó la espada de las manos a uno de los malhechores; y entonces Teresa Amazonitis, saltando como tigre de Hircania, cogió aquella espada y con ella sembró el espanto y la muerte entre sus enemigos, quienes, al verla, huyeron despavoridos, los que no quedaron muertos en el campo.

Terminada su hazaña, volvió a donde estaban los suyos, desató a su esposo y le curó las pequeñas heridas que recibiera; libertó, asimismo, a los criados de sus ligaduras, y pudieron continuar su camino sin otro incidente particular (1). A lo menos, ningún otro nos ha conservado la historia en un camino tan largo como el que recorrieron, que fué el mismo, aunque a la inversa, que el recorrido por nuestros Misioneros cuando fueron a Persia.

Llegado que hubieron a Roma, por el mes de noviembre de aquel año de 1608, fueron a ver al Papa. Don Roberto le entregó las cartas que del Rey de Persia traía para Su Santidad, dióle cuenta de sus embajadas a diversos Príncipes, y trató de todos aquellos negocios pendientes entre las naciones católicas y Abbas el Grande.

Fueron luego a ver al General de los Descalzos, que a la sazón lo era el P. Ferdinando de Santa María, español, uno de los novicios de Mancera, que tuvo la dicha de conocer y ser acariciado por Santa Teresa (2), y que en Italia llegó a ser uno de los más ilustres hijos de su Reforma (3). El Padre Ferdinando recibió mucho consuelo al saber los frutos que comenzaban a recoger en Persia nuestros Misioneros, según referencias detalladas de los esposos Sirley, que fueron las primicias.

Terminada su embajada en Roma, salió don Roberto con su esposa para Saboya, Francia, Flandes y España, dando en Roma palabra de volver a la Ciudad Eterna antes de su vuelta a Persia.

Llegado que hubieron a Madrid, mientras don Roberto andaba en sus negocios de embajadas, doña Teresa Sampsonia visitaba con frecuencia a las carmelitas descalzas de Santa Ana, con las cuales había hecho ya amistad, y muy estrecha por cierto. Con el trato de estas monjas y en especial con el de la Madre Beatriz de Jesús, sobrina de la San-

(1) HISTORIA GENERALIS, tomo I, pág. 377.

(2) Este era aquel novicio, a quien tomó el Padre Prior de Mancera (1577) por compañero para ir a visitar a nuestra Madre Santa Teresa, y, por su rara modestia, según afirma el cronista, « no levantó los ojos a mirarla ». REFORMA DE LOS DESCALZOS, tomo V, lib. 19, cap. 3, núm. 5.

(3) Fué por tres veces Prepósito General de aquella Congregación.

don García de Silva y Figueroa. Los nuestros, como, a pesar del carácter de su embajada pontificia, tenían por blanco principal y directo la conversión de los herejes e infieles, según vamos a verlo, no se fijaban tanto en los planes y cartas ocultas de don Roberto.

Sea de esto lo que fuere, que no es nuestro intento el descubrirlo en este libro, el hecho es que la conducta intachable, evangélica y ejemplar de los carmelitas hizo que don Roberto entrase a tratar con ellos de materias de religión y viniese a abjurar sus errores en manos del P. Juan de San Eliseo. Y no fué esto solo, sino que hizo abjurar también a la que fué su esposa, la cual hasta entonces había vivido en el palacio del Shah y era griega cismática de religión. Esta doble conversión tuvo lugar el 2 de febrero de 1608, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, en el mismo día en que los carmelitas Misioneros de Ispahán inauguraron la capilla de su Misión. En ese mismo día desposó también ante los altares el mismo P. Juan Tadeo a don Roberto y a doña Teresa Sampsonia, nueva amazona de Circasia, famosa en las crónicas del Carmelo (1).

Hé aquí su historia, que encaja muy bien en la nuestra.

Teresa Sampsonia era hija de un Príncipe de Circasia llamado Sanfluf Iscaón, y nació por los años de 1589 (2). Cuando no tenía más de cuatro de edad, fué llevada a la corte de Persia por una tía suya, hermana de su padre, la cual llegó a ser la favorita del Rey Abbas, en cuyo palacio, al lado de su tía y con todo regalo de distinciones, se educó Sampsonia Amazonitis, como la llaman nuestros cronistas e historiadores.

Todas las relaciones están conformes en que Sampsonia fué una verdadera amazona. Los hechos de su vida lo demuestran, los testigos oculares lo transmitieron admirados a la posteridad, y hoy costaría gran trabajo dar crédito a tan portentosas hazañas, si hombres tan juiciosos y verídicos no lo afirmasen con el mayor aplomo y gravedad, hasta informar de todo a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, en cuyos archivos se halla una detallada narración de la vida y gesta de Teresa Amazonitis (3).

Sabido es que en Circasia ponían la patria de las amazonas los antiguos historiadores, como Plutarco en la vida de

(1) HISTORIA GENERALIS CARM. DISC. ITALIAE, tomo I, págs. 374-84, que lo tomó, principalmente, de la Relación auténtica de la Propaganda Fide y de las cartas de nuestros Misioneros. De esta HISTORIA, lo tomó el cronista de España para su CRÓNICA, tomo V, págs. 43-65, y el P. Bertoldo-Ignacio para la MISIÓN DE PERSE, págs. 253-72.

(2) Murió en 1668 a la edad de 79 años, según consta en la lápida que cubre su sepulcro, de donde sacamos que nació en la fecha apuntada.

(3) Es la que sirvió al autor de la HISTORIA GENERALIS citada.

Gneo Pompeyo. Lo que los "clásicos" refieren de aquellas amazonas, vino a confirmarse en ésta de nuestra historia y en alguna otra que cita don García de Silva (1).

Porque es de saberse que Sampsonia, desde muy niña, manejaba el arco y arrojaba las flechas con tal puntería, que no salía flecha disparada de su arco que no diese en el blanco; y lo mismo las pequeñas frutas de los árboles que las avecillas en su vuelo caían por tierra heridas con las flechas de la amazona.

Montaba a caballo como el mejor jinete. Llamaba la atención de todos por su apostura y gallardía, más varonil que de mujer; y siempre en alazanes indómitos y briosos, lo cual llamaba poderosamente la atención del Rey Abbas y de todos sus cortesanos, por ser tan aficionados a la equitación como sabemos.

Era de bella presencia, de agraciado rostro, de fuerzas hercúleas, cubriendo todas sus gracias y encantos naturales con la virtud de la modestia, que en ella parecía innata.

Gustaba de la música, de la pintura y de la poesía. Dibujaba y bordaba primorosamente. Hablaba, por los años de nuestra historia, las siguientes lenguas con admirable corrección; su lengua madre, o sea la circasiana, la persa, la turca, la arábiga, la rusa, armenia, indiana, italiana, inglesa, polaca y española (2).

Como don Roberto Sirley tuviese tanta entrada en palacio, por los servicios que prestó al Rey organizando los arcabuceros, y asistiese de continuo a las fiestas y cacerías reales, tuvo ocasión de ver muchas veces las relevantes prendas de la amazona circasiana, sobrina de la favorita del Rey. Allí empezó el amor mutuo del conde don Roberto y de la hija del Principe de Circasia. Y no será aventurado el pensar, que, al saberlo el Rey, le apartó su favor y le alejó de la corte, habiendo entonces pensado en volver a Europa don Roberto. En estos pensamientos andaba cuando le encontraron nuestros Misioneros en Ardebil, y ya sabemos cómo volvió a la corte y a la gracia del Rey, en lo cual no dejaron de tener buena parte los carmelitas descalzos.

En esta ocasión hubo de ser cuando el conde Sirley confió su secreto al P. Juan Tadeo, y éste, ayudado de su amistad para con el Rey, que le empezó a distinguir por la sencillez de corazón que el P. Juan manifestaba tener, así como por la pericia que iba alcanzando en la lengua persa, intervino poderosamente en el arreglo de aquel matrimonio, desigual por las diferentes religiones que profesaban, y es-

(1) Cfr. COMENTARIOS, tomo II, págs. 227-30.

(2) HISTORIA GENERALIS, tomo I, pág. 375.

se entró con su nave por el canal de « Satolia », « famoso por las tempestades », y navegó contra corriente hasta Caramania, haciendo prodigios de náutica, para no estrellar su bajeel contra las traidoras escolleras que bordean el canal. Y, cuando ya estaba para salir felizmente de él, echóle para atrás « un furioso garbino », que en pocas horas le hizo perder lo que había ganado en tres días de navegación dificultosa. Después de aquel viento furiosísimo, sobrevino una calma chicha desesperante, que duró dos días, en los cuales temieron el ser apresados sin remedio por los corsarios. Quiso el Señor que no fuese así; antes bien, levantándose luego un viento favorable, los llevó ya con toda felicidad al puerto de Alejandreta, término del viaje marítimo de nuestros Misioneros, y adonde llegaron el 7 de enero del 1609 por la tarde. Echaron pie a tierra, después de haberse despedido efusivamente del capitán y de los marineros, que les habían cobrado un amor muy sincero y profundo.

Desde la nave se encaminaron a la « Casa de Tierra Santa », que así se llamaba la residencia que en Alejandreta poseían los Padres franciscanos. El Padre Procurador de la Custodia, que se hallaba allí de paso, proveyó generosamente a nuestros Misioneros de cuanto hubieron menester durante los siete días que estuvieron en Alejandreta, y, además, « proveyóles de acomodo y de comida hasta Alepo », a donde se encaminaron formando parte de una caravana en que iban muchos mercaderes y algunos Misioneros. Entre estos últimos se contaba un Padre dominico, armenio, que había sido elegido Arzobispo de los armenios unidos a Roma, los cuales habitaban en 12 pueblos no muy distantes de Tabris, y eran vasallos del Rey de Persia.

El viaje de Alejandreta hasta Alepo, en el mes más crudo del año, fué penosísimo por los malos caminos, la nieve que los cubría en gran parte y el viento cierzo que azotaba el rostro de los caminantes. Por si esto fuera poco, tenían que dormir a campo raso, mal cobijados por las agitadas lonas y pieles de las tiendas de campaña.

Poco antes de llegar a Alepo, fueron asaltados por una cuadrilla de bandidos, que les robaron cuanto pudieron, e hirieron y apalearon a cuantos les opusieron resistencia. Entre los heridos, se hallaba un hermano lego dominico, que iba al servicio del Arzobispo electo. Una flecha arrojadiza le había traspasado una pierna de parte a parte. El Arzobispo con nuestros Misioneros, un grave mercader y dos genizaros se habían separado prudentemente de la caravana, al ver el mal cariz que tomaba la refriega. Cuando volvieron a reunirse todos, estaban ya a las puertas de Alepo. Allí se hospedaron también en la residencia de los Padres franciscanos, que los trataron con la misma fraternidad que si

fuesen religiosos de su Orden, como solían hacerlo y lo hacen hasta el día de hoy, según nosotros mismos lo hemos visto y probado muchas veces en Palestina y en Egipto.

Cuentan los nuestros en este lugar un caso maravilloso, por no decir milagroso, que no es para pasarse en silencio, y menos tratándose de nuestra Madre Santa Teresa, a cuyo favor se debió, cuando no estaba ni siquiera beatificada.

Es el caso que al Hermano dominico se le infeccionó la herida causada por la flecha que le atravesó la pierna, y, según el parecer de los médicos, tenía que permanecer un mes, por lo menos, en Alepo, para curarse, si es que se curaba. Muy duro se le hacía al Arzobispo el prolongar su estancia en aquella ciudad por tanto tiempo, y más duro se le hacía aún el patirse sin su buen compañero, sobre todo dejándole en tal estado. Estando el Arzobispo con esta pesadumbre, fué a visitarle el P. Redento de la Cruz y a interesarse por la salud del herido. Al saber la solución de los médicos y la contrariedad de los buenos religiosos dominicos, sacó una reliquia de « la Beata Madre Teresa », como la llamaban ya, y la aplicó a la herida del pobre Hermano, que estaba sufriendo dolores inauditos, al mismo tiempo que todos los circunstantes se arrodillaron e invocaron a Dios, piéndole la pronta curación del herido por la intercesión de su Sierva. La aplicación de la reliquia fué « con tal éxito, que incontinenti cesó el dolor del enfermo, y en el mismo día empezó a restañarse la herida, y al siguiente pudo el Hermano pasear expeditamente por la casa, y de allí a poco quedó completamente curado, sin otro medicamento, pudiendo luego caminar por la ciudad » (1).

Todos se maravillaron grandemente al ver aquel prodigio, y, más que todos, los médicos y cirujanos de Alepo, que vieron o supieron el caso. Los cristianos dieron gloria a Dios y a la Beata Madre Teresa de Jesús. La reliquia que obró aquel milagro, a guisa de medicina efficacísima, fué un pedacito de tela en la cual había estado envuelto el pie derecho de la Santa.

Por donde quiera que iba la divina Andariega, brotaba una floración de gracias y maravillas.

(1) « con tal successo, che incontanemente cessó il dolore, sicche nel giorno istesso cominciò a saldarsi la ferita, nel seguente passeggiò speditamente per la casa, et indi in poi, affatto guarito senza altro medicamento, caminò per la città. » (P. Eusebio HISTORIA MS. cit., hacia el final del Cuaderno K.)

CAPITULO VI

DE ALEPO A ISPAHAN

Agasajados por el Reverendísimo Custodio. — En marcha. — Rio abajo 22 días. — Semana Santa en Bagdad. — Sinlestras noticias. — Beso apostólico a Persia. — A toda prisa a Ispahán.

Mes y medio estuvieron nuestros dos Misioneros en Alepo, esperando a que se formase la caravana para Bagdad. Necesitaba ésta ser numerosa y bien protegida, para hacer frente a los muchos peligros que había en el desierto de la Siria, por las bandas de salteadores, como ya vimos en las peripecias que corrió el P. Paulo Simón al volver de Persia a Roma (1). Anádase ahora que, por la ruta que iban a seguir los dos nuevos Misioneros, había muchas probabilidades de encuentros con fieras y alimañas bien temibles.

Durante la estancia de los nuestros en Alepo, llegó allí el Reverendísimo Custodio de Tierra Santa, el cual les colmó de atenciones. El mismo les acompañó y los presentó a los cónsules de Francia y de Venecia, para que les dieran cartas de recomendación y otras facilidades de tránsito. Les buscó un agente muy solícito y avisado, por medio del cual podían nuestros Misioneros de Persia enviar su correspondencia a Roma y viceversa, por la vía de Alepo, con toda seguridad. Este agente fué don Luis Ramiro, médico veneciano, establecido en Alepo, muy famoso en aquella ciudad, con el cual nos hemos de encontrar muchas veces en el transcurso de la historia de nuestras Misiones, sobre todo en la fundación carmelitana de Alepo, que se relatará a su debido tiempo.

El Padre Custodio, queriendo dar un testimonio de verdadero afecto paternal a nuestros Misioneros, les extendió unas patentes con muy amplias facultades y prerrogativas, declarándolos Procuradores de Tierra Santa en todos aquellos lugares por donde pasasen, con el poder de valerse de dichas facultades a su arbitrio, sin limitación alguna, y

(1) Esta BIBLIOTECA, tomo II, capítulos XVII y XVIII.

para que pudieran gozar de los privilegios que disfrutaban tales Procuradores (1).

De mucho les podían servir a los nuestros aquellas facultades en Oriente, dada la inmensa reputación de que gozaba en aquellos países la Custodia de Tierra Santa; y ni que decir tiene lo agradecidos que los nuestros quedaron siempre a la bondad y delicadeza del Reverendisimo Padre Custodio.

Llegado el día de la partida, que fué 7 de marzo de aquel año 1609, salieron a despedir a nuestros Misioneros los Padres franciscanos con el Padre Custodio en persona, que quiso darles todavía esta prueba de amor y deferencia. Y, cosa que ahora parecerá extraña: salieron también a despedirles muy cerca de un centenar de cristianos, entre los cuales se hallaba una renegada, a quien ellos habían convertido durante su breve estancia en la ciudad, y a la cual habían proporcionado todos los medios para volverse a Europa.

Puestos en camino, durante cuatro días siguieron con la caravana hasta un lugar llamado Meskene, a orillas del Éufrates. Allí los que componían la caravana contrataron una barca a un árabe, para continuar su camino hasta Bagdad, siguiendo el curso del río. Después de haber cerrado el trato, estuvieron esperando unos diez días a que el árabe aparejase la barca original en que habían de embarcarse. Hasta tanto se vieron obligados a internarse en el desierto en busca de un abrigo contra las inclemencias del tiempo. Halláronlo en las afueras de un villorrio; consistía en un portal destartado, mísera habitación oliente a caballeriza, incómoda, henchida de humo a todas horas por los viajeros y trajinantes que la ocupaban continuamente con sus reuas e impedimenta. Entonces se albergaban en ella unos mercaderes indianos nada limpios.

Este *jan*, tan mal acondicionado, les dejó memoria para toda su vida. Ni dormir pudieron apenas durante aquellas memorables noches, puesto que hasta la cabecera de su lecho llegaban los cascos de una mula indiana, que no cesaba de cocear toda la noche. ¡Cuántas veces les vino a la memoria el mezquino *jan* de Belén, en donde nació el Salvador del mundo! Con esta idea se consolaban y se encendían en deseos de padecer cuanto se les ofreciera en sus caminos apostólicos.

(1) « In fine gli stesse un amplissimo privilegio con cui dichiaraua i nostri Padre Procuratori di Terra Santa in tutti quei luoghi dove andauano, con arbitrio di valersene senz'alcuna limitazione, e godere dei' privilegi che competono a simili persone. » (P. Eusebio, HISTORIA MS. cit. Cuaderno K in fine.)

Al término de los diez días, quedó lista la embarcación, y el árabe mandó avisar a los pasajeros. Llegados los Padres al embarcadero, contemplaron una de las más pintorescas escenas que entonces, antes y ahora se desarrollan sin cesar en el inmutable Oriente, cabe los embarcaderos del mar y de los ríos navegables. Allí los gritos, las imprecaciones, las amenazas, la confusión y algarabía de mozos y barqueros, que parece que se van a hacer picadillo por unos cuantos « metaliques », y al ponerles una pieza blanca en la palma de la mano, se calman los ánimos como por ensalmo. En el caso presente, las voces descompuestas y el aluvión de improperios se los lanzaban mutuamente el árabe contratista de la barca y un turco que le disputaba parte de las ganancias en el aparejo de ella. Lo bueno es que, después de tanta disputa y gritería, nadie sabía decir de qué parte estaba la razón. Llegóse al cabo a un acuerdo, mediante el aumento de pago de los pasajeros, como suele acontecer en tales casos; y entonces se admiraron todos, mercaderes y Misioneros, de que aquellos rivales y mortales enemigos se calmaran de improviso, y quedaran muy amigos.

El patrón de la barca, queriendo manifestar su deferencia y respeto hacia los Padres Misioneros, les dió un lugar separado, en donde pudiesen hacer sus oraciones y ritos a solas. La separación estaba hecha por unos palos cruzados sobre los que estaban tendidos unos tapices, a modo de cortinas o biombos. No fué menguada merced en aquel caso, y bien se lo agradecieron y se lo « pagaron » los religiosos.

La barca, por lo curiosa y original, les llamó la atención. Estaba hecha con toscas tablas, mal labradas y aún peor encajadas unas con otras. En el fondo tenía aparejados grandes odres o pellejos henchidos de viento, con el fin de evitar que se hiciese trizas contra los bancos de arena y guijarro del río. El timón era también muy saliente y distante de la barca, maniobrando el timonel por medio de un astil larguísimo. La embarcación era inimpulsada a fuerza de remos, de unos remos nada torneados ni pulimentados. Así se deslizaba la barca río abajo, girando y dando vueltas en torno de bancos y remolinos. « Esta clase de barcas, dicen, no servían para remontar el río contra corriente, de modo que al llegar a Bagdad, las volvían al lugar de origen a lomo de camello, o las vendían en público mercado a bajo precio ». Así se comprende lo mal labrados que estaban los remos, el timón, la quilla y todo.

Duró tan extraña navegación por espacio de 22 días, contando las horas que estuvieron encallados en las orillas y las maniobras especiales que tenían que hacer a cada paso

para poder seguir la ruta; pues, a la vez del patrón, los pasajeros tenían que echarse al río, sin remedio y a veces con el agua a la cintura, para empujar o sacar a fuerza de brazos la nave encallada. Y los señalados para llevar a cabo dicha operación tenían que obedecer de grado o por fuerza al patrón; porque, de lo contrario, éste enarbolaba el astil del timón y lo descargaba, lo más bárbaramente que podía, sobre las espaldas de quien osaba resistirle. Por fortuna, nuestros Misioneros tuvieron que agradecerle el no abandonar la barca en tales casos, ya que con todo imperio él les hacía permanecer en su puesto separado. Ellos se lo pagaron con algunos regalos y chucherías, « y más con las oraciones y rezos de cada día », que edificaban por igual a moros y cristianos.

La navegación fué muy accidentada. Hubo días en que el viento del desierto arrojaba contra ellos espesas nubes de arena, que les cegaban y ponían en serio peligro su barca. Otros días, en cambio, iban deleitándose en la vista del paisaje y de las floridas márgenes del río; a veces pasaban despacio contemplando ruinas de ciudades antiguas y de antiguas civilizaciones; otras veces se deslizaban rápidamente divirtiéndose al ver algunos jovenzuelos beduinos, de los aduarez próximos al río, empeñados en seguir a nado la original embarcación, con la particularidad de conservar el equilibrio nadando con un brazo, mientras llevaban el otro extendido en actitud de pedir el eterno « bachis », propina o limosna de los orientales; y se volvían muy contentos cuando les daban algunas monedillas « o algún pedazo de « biscotto ».

El último día de navegación estuvieron a punto de perecer ahogados por la avaricia del patrón, el cual, por huir de pagar ciertos derechos de portazgo o aduanas, se metió con la barca por un brazo estrecho del río, lleno de broza, bastante profundo para ahogarse todos y con la corriente en constantes remolinos. Llegaron a un paraje en que el ir adelante hubiera sido ir al fondo del río; en tanto que no se podía retroceder en absoluto, por no ser aquella barca para ir contra corriente, como se ha dicho. De modo que el patrón ordenó descargar allí la nave y que todo el mundo echase pie a tierra y diese por terminada la travesía, arreglándose cada cual como mejor pudiese para trasladarse a Bagdad con sus equipajes y mercancías.

No hubo más que hablar ni protestar sobre el caso. Todo hubiera sido inútil. Dos días estuvieron esperando los necesarios camellos y bestias de carga para el transporte. Los nuestros pudieron alquilar unos borriquillos para llevar su menguado equipaje. Y así se fueron aproximando a la ciudad encantada, caballeros en sus mansísimos jumentos.

Era el Domingo de Ramos cuando llegaron a Bagdad, y al verse como iban, pensaron con ternura en los divinos misterios de aquel solemne día y de aquella entrada solemne que hizo el Señor en Jerusalén sobre el manso asnillo.

Solamente que ellos llegaron a Bagdad a las altas horas de la noche, y como estuvieran cerradas ya las puertas de la ciudad, se fueron a alojar a una caravanera de los arrabales.

Al día siguiente entraron en la población, y fueron en busca de un mercader armenio y otro portugués, sin duda habían de ser, aunque ellos no lo dicen, aquellos que favorecieron al P. Paulo Simón cuando pasó por esta misma ciudad. Para estos mercaderes tenían cartas de recomendación los nuevos Misioneros. El mercader portugués los acogió afablemente, y les ofreció hospedaje en su misma casa. El armenio les proveyó del sustento necesario, que hubieron bien menester; pues con las fatigas de tan largo viaje, el calor sofocante de los últimos días de navegación, los ayunos y abstinencia de huevos y lacticinios, que observaron puntualmente, aunque no estuviesen obligados: todo ello les había quebrantado la salud, y ambos llegaron a Bagdad enfermos y febricitantes. Su comida ordinaria, durante el viaje, había sido « biscotto », arroz, pasas y por toda bebida, el agua, ¡pero qué agua!

Sin reponerse por completo, celebraron la Semana Santa en la casa del mercader portugués. Allí, en la habitación mayor y más acomodada, convertida por ellos en capilla, aderezaron un lindo altar con todo lo necesario para el culto. El mercader se encargó de dar la noticia a todos los cristianos que vivían en Bagdad, que no eran pocos, y a los que estaban de paso allí, por ser centro de numerosas caravanas.

A puerta cerrada, cual convenía, se celebraron los oficios de aquellos días con gran consuelo de los cristianos de diversos ritos. Los Padres les confesaron como mejor pudieron, a pesar de la diversidad de lenguas; aunque ya ellos iban entendiendo y dándose a entender de todos, ya que siempre los orientales, y más los mercaderes, que eran la inmensa mayoría, entendían las principales lenguas europeas. Por eso les predicaban y explicaban también los misterios de la Redención, en especial la pasión y muerte del Señor, que se conmemoraba durante aquella Semana Mayor; y cumplieron con el precepto pascual, muchos, que desde años atrás no habían cumplido.

Celebraron, asimismo, con muestras de regocijo aquella Pascua; pero desde los primeros días de aquella semana se vieron impedidos de celebrar el santo sacrificio de la misa, con gran sentimiento de todos los cristianos y más de los

pobres Misioneros. La causa fué que no hallaron en toda la ciudad un vino que fuese vino verdadero, puro y sin mezcla, tal de poder en buena conciencia celebrar con él la santa misa. Aquellos cristianos fervorosos decían con desconsuelo: no solemos tener misa por falta de sacerdotes; ahora que tenemos sacerdotes, falta el vino de celebrar.

Otra triste preocupación tuvieron los Misioneros en Bagdad. Por aquellos mismos días llegó una caravana de Persia, y en ella venía un noble español que se apellidaba Fernández, sin que nuestros Misioneros digan el otro apellido. Según ellos, Fernández había sido enviado a Persia por el conde de Benavente, Virrey de Nápoles, quien le había dado cartas de recomendación para su amigo el P. Juan Tadeo. Fernández dijo a los Misioneros que el Shah había vuelto sus iras contra los carmelitas de Ispahán por lo mal que cumplían su oficio de embajadores del Papa, teniéndole engañado con vanas promesas; puesto que no le llegaban auxilios del Pontífice ni de los Príncipes cristianos para seguir combatiendo al Turco hasta exterminar su potencia bélica. En vista de eso, ordenó el Shah al Gobernador de Ispahán, que arrojase a los carmelitas a mano armada de la casa que les había dado al llegar a la capital de su reino. Y así lo habían hecho. No menos que 150 soldados armados de punta en blanco les habían echado ya de su conventico, que habían convertido en cuartel, y la Iglesita en caballeriza, según el deseo expresó del Shah. La pena del P. Juan Tadeo y del P. Vicente al verse en casa ajena y con artas estrecheces, bien se deja adivinar. Porque el mismo Rey mandó a los Padres agustinos portugueses que dejasen la mitad de su convento para los carmelitas, y que allá se arreglasen todos como pudiesen (1).

En vista de esto, siguió diciendo Domingo Fernández, el P. Vicente de San Francisco había salido ya para Ormuz, a procurar una casa para residencia en aquella posesión portuguesa, por si al Rey de Persia se le ocurría arrojarlos de sus dominios. Así podrían vivir más tranquilos a la sombra del Castillo de Ormuz, bajo la protección del Rey Católico, y estar a la mira de las Misiones que pudieran fundar en países de infieles. Con la ida del P. Vicente a Ormuz, se había quedado completamente solo en Ispahán el P. Juan Tadeo, que tenía orden expresa de no salir de allí sino obligado por fuerza mayor, conforme a los deseos del Papa.

Al oír esta infausta nueva, los Padres Redento y Benigno empezaron a dar prisa al jefe de la caravana para que cuan-

(1) Todo esto lo confirma el P. Juan Tadeo en su RELACIÓN a la Propaganda Fide.

to antes se pusiese en camino de Ispahán. El caravanero se resistía tenazmente, diciendo que eran pocos los pasajeros para defenderse en tan peligroso camino. Pero, como lo amenazasen los nuestros y los mercaderes, sus amigos, de que darían parte al Gobernador de la plaza si no cumplía su compromiso, el jefe de la caravana se rindió al fin, y empezó a hacer los preparativos para movilizarla.

El 10 de mayo salió de Bagdad la « cáfila », como dicen nuestros Misioneros, y esta palabra la emplean ellos y otros muchas veces. Componiase de unos 100 pasajeros bien armados, y llevaba, además, algunos arcabuceros para cubrir y defender sus flancos. Solían caminar solamente de noche, con el fresco; y de día descansaban a la sombra de improvisadas tiendas, por lo regular, y siempre con el consiguiente sobresalto de ser sorprendidos y robados por las bandas de ladrones y foragidos, que allí menudeaban de lo lindo.

Al cuarto día de viaje, se esparció un falso rumor entre los viajeros, entre quienes se decía que 50 árabes a caballo les tenían preparada una emboscada. Los más miedosos, y los que tenían más que perder, quisieron que la caravana tomase de nuevo el camino de Bagdad. Los otros se revolvián contra nuestros Misioneros, diciéndoles que por culpa de ellos había salido la caravana sin contar bastante número para defenderse. Los Padres procuraban alentarlos, diciendo, que, dado caso de que fuese verdad y les saliesen al camino 50 árabes, ¿no eran ellos más de 100 y bien armados? ¿A qué temer entonces? Que se preparasen a la defensa, que ellos, los Misioneros, irían por delante. Y así lo hicieron. Continuaron todos su camino, y no encontraron árabe alguno, ni a pie ni a caballo, con lo que tuvieron a los Misioneros por varones santos e inspirados.

En esto llegaron a un río que era entonces, dicen, el límite natural de los imperios persa y otomano. El río venía bastante crecido a la sazón, y no había por allí ningún puente para pasarlo. Echáronse los Misioneros también por delante para tantear el vado con sus cabalgaduras, con tan buena suerte, que acertaron derechamente, y todos les siguieron sin miedo alguno, si bien en ciertos puntos llegaba el agua a las grupas de los caballos.

Pasado el río, como les dijese que estaban ya en territorio persa, los Misioneros se apearon y besaron la tierra, no porque la tuviesen por santa, sino porque para ellos era la « tierra prometida » que habían de conquistar para Cristo, estando dispuestos a regarla con su sangre, si fuese necesario, para hacer germinar en ella almas cristianas.

Con gran cautela siguió penosamente la caravana su camino al través del país kurdo, enclavado en aquellos confi-

nes, entre montes escarpados y peñascosos, de tanta seguridad para los salteadores de caminos como de continuos riesgos para viajeros y trajinantes, solos o en caravanas. Contábanse escenas terroríficas de robos y muertes en aquellas serranías. ¡Lindos cuentos, a fe, para entretener el camino!

Dió la casualidad que el jefe de la caravana fuese un kurdo de pura sangre, el cual tenía su familia no lejos del camino y en el corazón de aquellos montes. Con esto tuvo que hacer un alto allí la caravana, con gran disgusto de todos, y más de los Misioneros que estaban deseando llegar ya a su destino. No era aquel un lugar apetecible ni propicio para descansar sosegados. Por otra parte, un armenio, que conocía al P. Juan Tadeo, dijo a nuestros Misioneros que el Rey de Persia estaba preparándose para salir a campaña, y que forzosamente había de permanecer mucho tiempo fuera de la capital de su reino. Esto causó mayor disgusto a los Padres Benigno y Redento, por lo cual, enterados de que allí cerca había un gobernadorzuelo de aquellos villorrios, se fueron a suplicarle que mandase mover la caravana; pues eran embajadores del Papa, que llevaban cartas urgentes para el Shah, y necesitaban verle antes que saliese a campaña. El Gobernador dió órdenes a los lugartenientes del caravanero de que siguiesen su camino, e hiciéronlo aquéllos despaciosamente, para dar tiempo a su jefe de alcanzarlos.

No hay que maravillarse de que el Gobernador aludido atendiese en el acto a los Misioneros, que se presentaron a él como embajadores pues bien sabidas son las órdenes que tenían del Shah en estos casos, y cómo solía funcionar el palo y los castigos más atroces para los que las contravenían.

Como observasen todavía los nuestros la mucha lentitud con que se caminaba, impacientes con el deseo que tenían de ver al Rey, al llegar a la primera ciudad, que ellos no dicen cuál fuese, presentáronse al Gobernador de ella, pidiéndole caballos y un buen guía que les condujese hasta Ispahán, después de haberle enterado de su embajada y de sus temores. En pocas horas consiguieron cuanto deseaban; y ya, sin esperar a la caravana y sin miedo alguno, siguieron su camino en buenos caballos; y, después de caminar durante dos días sin más contratiempo, llegaron a Ispahán el 10 de junio al clarear el día, y precisamente cuando se abrieron las puertas de la ciudad.

Era el jueves de la infra octava de Pentecostés del 1609, como señalaron los Misioneros en su MEMORIA.

CAPITULO VII

PINTORESCA AUDIENCIA DEL REY

Alegria del P. Juan Tadeo. — Animada entrevista con el Shah. — Breve de Paulo V. — Despectiva acogida del altivo Soberano. — Defensa general del valiente riojano. — Consigue el P. Tadeo casa para su Misión.

Para estas fechas había recibido el P. Juan Tadeo la carta del P. Ferdinando, de que hicimos mención y en la cual le anunciaba la ida de los Padres Benigno y Redento a Persia. Los estaba esperando ansiosamente cada día, pues con la llegada de ellos esperaba también hallar de nuevo gracia ante el Rey, tan disgustado como ya sabemos. Era realmente cierta en todos sus puntos la triste noticia que Domingo Fernández les había comunicado en Bagdad. Pero, cuando llegaron los nuevos Misioneros, ya el P. Juan Tadeo había alquilado una casita pobre y estrecha, una especie de Duruelo carmelitano enclavado en tierras de infieles, con todo lo necesario para él y para los dos varones apostólicos que le enviaba el Papa.

El P. Juan Tadeo, alma sencilla y candorosa, recibió a sus hermanos y compañeros con toda la alegría de su corazón, « con los brazos abiertos », que es la expresión más cordial que tenemos para manifestarlo sencillamente.

Cambiáronse impresiones y noticias mutuamente; comunicáronse planes y proyectos diplomáticos y misionales, sobre todo misionales; porque éste era el fin principal de su misión en Persia, y así lo quería también el Papa. La embajada era el medio de permanecer allí más seguros, y con ello hacían también un gran servicio a la Iglesia y al Pontificado.

Cuando hubieron descansado un poco los dos viajeros, pidió el P. Juan audiencia al Rey por medio del Maymondar, su amigo. Entre tanto que venía la respuesta, llevóles a saludar a los Padres agustinos, con quienes siempre tuvieron estrechas relaciones, y a los más significados cristianos europeos que residían en Ispahán. Todos los recibieron con muestras de afecto y regocijo, por lo que habían de ayudar al buen P. Juan, que se iba haciendo ya muy popular en aquella corte, y lo llegó a ser tanto, que, años adelante,

a todos nuestros Misioneros carmelitas los llamaban *los Hermanos del Padre Juan*, como lo asegura uno de ellos, muy santo y muy insigne (1).

Cuando volvieron a su casita, se hallaron gratamente sorprendidos con la visita del Maymondar, el cual les dió muchas esperanzas sobre el buen recibimiento que les había de hacer Su Majestad, y que habían de tornar a su gracia sabiendo que el Papa le mandaba una nueva embajada. Ya les avisaría el día y hora de la audiencia, pues iba a tratar de que la tuviesen lo más pronto posible porque, en efecto, Su Majestad iba a salir pronto de la corte.

Con esto se pusieron a conferenciar los nuestros sobre los puntos capitales que habían de tratar en la audiencia, guiándose en todo del P. Juan Tadeo, que conocía bien el paño, al país y el paisanaje. A lo mejor de su conferencia, les interrumpió un emisario del Rey, que vino a decirles, de parte de Su Majestad, que, si deseaban tratar despacio con él sus negocios, que le siguiesen al campo con sus servidores, puesto que se disponía a partir de Ispahán al siguiente día. Respondió el P. Juan Tadeo que esto les era imposible, por no haber preparado nada para el viaje, ni les quedaba tiempo para ello, dada la prisa que Su Majestad tenía. Dijo a esto el mensajero que ya el Rey había pensado en ello, y había ordenado al Maymondar que preparase también todo lo necesario para los tres Padres, y que les proveyese de todo a cuenta de Su Majestad. Agradeciéndolo mucho el P. Juan en nombre de todos, y se pusieron a las órdenes del Rey para acompañarle al día siguiente.

No se le ocultaban al P. Juan Tadeo los trabajos y ajetreos de aquel viaje, yendo con aquel Rey, que traía siempre en un pie a cuantos le acompañaban en tales excursiones por el campo y por los campamentos. Pero les era necesario aprovechar aquella propicia coyuntura, para conseguir su amistad de nuevo, en bien de los intereses cristianos.

Mas aquel Rey voltario cambiaba de plan a cada paso. No hacia mucho que había salido el emisario primero, cuando se presentó nuevamente el Maymondar para decirles que el Rey les recibiría al día siguiente en la « Villa de los Cuatro Jardines », que era la casa del campo que tenía en las afueras de Ispahán, y que ya conocen nuestros lectores por la « famosa revista de caballos » (2).

(1) El P. Felipe de la Sma. Trinidad, célebre escritor místico y misionero, quien dice textualmente: « Pater Joannes Thaddaeus, praeses novae Missionis..... ibi perseveravit summa veneratione ab omnibus tractatus, ita ut nomen eius esset in toto regno celeberrimum, et nostri communiter vocarentur fratres Patris Joannis, ut ipse vidí manens in illis partibus..... » DECOR CARMELI RELIGIOSI, parte III, pág. 103.

(2) Esta BIBLIOTECA, tom. II, cap. XIV, pág. 113.

Cuando llegó esta vez el Maymondar, estaban escogiendo los Misioneros aquellos regalos que mejor les parecía para presentárselos al Rey. Aprovechando la ocasión, rogáronle que les dijera cuáles serían más del gusto de Su Majestad. El Maymondar separó tres espejos, dos imágenes de la Virgen pintadas al olio por un buen pintor, una sortija, unos lentes y otras chucherías de mucho relumbrón y poco precio.

Como vieses los Misioneros que, estando en esta operación, se le fuesen los ojos tras de algunas baratijas, y que, a pesar de alabarlas mucho, no las colocaba en el lote del Rey, se las ofrecieron a él, dándole por el gusto, pues se las agradeció sobre manera, y con esto le ganaron más la voluntad. Desde luego les dijo que había de prepararles buenos caballos para ir a la Audiencia real como debían. El P. Juan Tadeo le respondió que se lo estimaba como era de razón; pero que esta vez habían de ir como frailes mendicantes en el caballo de San Francisco, « que es ir a pie y andando ».

Y así fueron, efectivamente, los Misioneros-embajadores. Por cierto, que poco antes de llegar a la mencionada villa, les divisó el Rey de lejos, y salió a recibirlos a caballo. Iban los Misioneros sudando copiosamente, por el calor sofocante de aquel día. El Rey les preguntó en tono de familia: « ¿Qué traen de nuevo? » Los nuestros, besándole la mano, le hicieron reverencia, y respondió el P. Juan, diciendo: Que Su Santidad Paulo V había recibido con sumo gusto las cartas que Su Majestad le había enviado con el P. Paulo Simón, y que en justa correspondencia, el Papa le enviaba aquellos dos Padres con la repuesta. Y sacando el breve de Paulo V, el P. Juan le besó y se lo dió al Rey, juntamente con las otras cartas. Tomó el Rey el breve, y se lo puso sobre su cabeza en señal de respeto; porque en cuanto a obsequiosas ceremonias, nadie gana a los orientales. El Rey no sabía leer ni escribir, como testifica el P. Juan Tadeo (1), por lo que entregó el breve a un intérprete « tudesco », que era quien le interpretaba las epístolas latinas, y que era, además, agente de negocios del Gran Duque de Toscana.

Mientras el tudesco daba un vistazo al breve, el Rey preguntó a los recién llegados si el P. Paulo Simón había vuelto a Roma antes de salir ellos, y le respondieron que sí, como el Papa lo decía en su carta. Entonces mandó el Rey al tudesco que se la leyera, y éste, con voz algo temblorosa por la impaciencia que manifestaba el Rey, la leyó en alta voz, y era del tenor siguiente (2).

(1) En su RELACIÓN a la Propaganda Fide en 1630.

(2) La traducimos de la HISTORIA MISSIONUM del P. Eusebio, antes citada.

« A Scia-Abbas, Rey de los Persas, Paulo V.

« Ilustre y Potentísimo Rey de los Persas : salud e iluminación de la divina gracia, para conocer la verdad, que es salvación y vida de los creyentes.

« Nos ha traído suma consolación en el Señor la carta que Vuestra Majestad nos ha enviado con nuestro amadisimo hijo Paulo Simón, religioso carnelita descalzo, recién tornado de Persia. Nos hemos alegrado con ella por muchas razones. Primera, porque esperábamos con gran deseo la respuesta a la carta que os escribimos al principio de nuestro Pontificado, para saber si V. M. habia sido informado de nuestra óptima voluntad hacia vuestra Real Persona. Segunda, porque nuestro mismo hijo Paulo Simón nos ha dicho que V. M. goza de excelente salud, y que todas sus cosas marchan prósperamente, en particular que la guerra contra el común enemigo es llevada a cabo por V. M. con grande fortuna para sus armas, con infatigable brio y con tenaz constancia. Y por último, porque, como era nuestro mayor deseo, V. M. ha vuelto hacia nuestros Principes cristianos su ánimo clemente, el cual parecía y nos dolia mucho que algún tiempo fuese poco propicio hacia ellos. Pero ahora damos gracias a Dios Todopoderoso, cuya providencia dispuso que el dicho Paulo Simón y sus compañeros llegasen a tiempo, para poder desvanecer de vuestro real corazón todas las sospechas.

« Por cierto que, como nuestros enviados os han referido y Nos con nuestras cartas se lo significamos a V. M., todo nuestro empeño y diligencia se encaminan a unir en alianza, confiados en la divina gracia, a nuestros carisimos hijos los Reyes y Principes cristianos, para que vayan a ayudar a V. M. contra el impio y común tirano, que es el Turco »

Al oir estas palabras, el Rey sacudió desdeñosamente la cabeza, interrumpiendo al intérprete y dijo con voz agitada: « Esas son fórmulas y meras palabras. Diez años van corridos desde que el Papa y los Principes cristianos me están engañando con vanas promesas de mover guerra al Turco, sin haberle quitado hasta ahora un solo cabrito. Pero, ya voy conociendo el engaño ». Y mandó continuar la lectura.

« Por lo dicho, seguía la carta, podrá comprender fácilmente V. M. con cuánta faseldad le hayan referido algunos, que Nos, o nuestros amados hijos los Principes de la República cristiana, no damos importancia a los sucesos que se desarrollan en los países de Oriente. A buen seguro que, si Nos hubiésemos gozado de mayor quietud y reposo, y se hubiesen calmado las turbaciones y revueltas que se han suscitado recientemente en estas partes, tal vez a estas horas hubiese tenido ya V. M. pruebas evidentes de los deseos que tenemos de ver refrenado de una vez y para siempre el furor

de las crueles huestes otomanas que han devastado la viña del Señor, es decir, la Iglesia de los fieles de Oriente '.....

Al llegar a este punto, interrumpió furiosamente el Rey, diciendo que éstas, ya no eran simples palabras, sino enormes mentiras; pues no creía en tales revueltas ni levantamientos de los Príncipes cristianos, ni que por cuestioncillas que hubiese entre ellos, si tuvieran buena voluntad, iban a dejar de ayudarle a él para exterminar al Turco. Lo que había era que los cristianos, por miedo, por cobardía o por lo que fuera, no querían incomodarse en hacer la guerra al imperio otomano. « ¡De cuán diferente manera se portaba el! », exclamaba. Nuevo en el arte de la artillería, peleaba sin tregua ni descanso dando ejemplo a aquellos Príncipes afeminados, que ostentaban conocer los secretos de las nuevas armas, y eran para ellos conocimientos de puro lujo. Y enseñando sus pies, decía: « Heme aquí en traje de guerrillero, curtido, con este calzado de esparto, preparado a salir una vez más al campo, como soldado de fila, resuelto a arrostrar cualquiera trabajo y peligro, expuesto a las inclemencias del tiempo, morando con mis soldados en las tiendas o pasando las noches a cielo raso, contento con un mendrugo de pan y agua escasa. No hacen eso vuestros Príncipes, no. Entregados a los placeres y a la holganza, sufren con paciencia todos los zarpazos que el Turco les da en el rostro, quitándoles un día la isla de Rodas, otro la de Chipre y otro entrando con sus ejércitos en Hungría, devastando sus ciudades y aldeas. Ya es hora, añadía, que salgan los Príncipes cristianos de su letargo y no se vengán a burlar de mí con falsas promesas ».

El P. Juan Tadeo, que ya conocía el flaco del Rey, su lenguaje y su carácter, sin intimidarse, le respondió con serena entereza diciendo, que hacía poco tiempo que reinaba Paulo V, y en ese poco tiempo, año y medio cuando más, ya le había enviado a Persia dos embajadas, cuyos miembros habían arrostrado tantos o mayores peligros que los que S. M. arrostraba en los campos de batalla; y todo por la buena voluntad del Papa en ayudarle y entenderse con él antes de hacer el llamamiento a los Príncipes cristianos. Añadió el valiente Padre que no era tan fácil como S. M. pensaba, el unir a todos estos Príncipes en tan poco tiempo, habiendo de por medio tantas dificultades y tantos intereses encontrados; pero que esperaba que había de llevarse a cabo una pronta alianza contra el Turco. Replicóle el Rey, más indignado que otras veces, si creía él engañarle con sus vanos discursos; que bien sabía que el Papa es el Jefe supremo de los cristianos, con suprema autoridad sobre todos sus príncipes, y que, por lo tanto, estaba en su poder el obligarlos a unirse contra el Turco; y que, si no lo conseguía,

una de dos, o era porque los Príncipes cristianos no eran tales, por no obecer al Papa, o que el Papa por otros fines le estaba engañado a él con dar largas al negocio, y así la palabra del Papa era falsa y engañosa, como la de los otros Príncipes cristianos.

No se acobardó con esto el P. Juan Tadeo, riojano de recio temple, y así contrareplicó al Rey concediéndole que podía Su Majestad exponer al Pontífice sus quejas por la tardanza de reunir o formar la Liga cristiana contra el Turco; pero que ni a los Príncipes de la cristiandad ni menos al Papa les podía recriminar de que faltasen a su palabra; que el no haber llegado a un acuerdo definitivo no quería decir que faltasen a sus promesas; que muy grandes habían de ser las dificultades que hallaban para no hacerlo hecho hasta el presente; pero que, a buen seguro, lo estaban estudiando y viendo de llevarlo a cabo, lo cual no era faltar a su palabra, sino empeñarse y poner los medios para cumplirla; que, en cambio, Su Majestad mismo, no solamente dió promesas y palabra a los carmelitas de darles casa en su corte, cual convenia a los representantes de Su Santidad, sino que, después de habérselo dado, les había arrojado de ella, y les había profanado su templo, y esto sin haberle dado motivo para ello. Cosa era esta tan grave y tan en contra de las leyes de la hospitalidad — dijo con voz enérgica el embajador del Papa — que ni los turcos suelen faltar a ellas en sus relaciones con los cristianos, con ser enemigos jurados de ellos.

No estaba el Rey avezado a encontrarse con hombres de este temple, de faz serena, ojos tranquilos y franco lenguaje, sin mezcla de aduladores, antes bien habituados a manejar el martillo de la verdad con hábiles manos: cosa que suena mejor de lo que parece en los oídos de los Príncipes, cuando son justos, arrojados y verdaderamente grandes, y no apocados. Contra lo que pudiera pensarse y temerse, desde aquel punto y hora, el Padre Juan Tadeo se ganó la admiración y simpatía del Rey como nadie; pues en adelante se lo manifestó en tantas ocasiones, como hemos de ver en esta historia.

Después de esta escena, algo borrascosa, y que parecía que iba a terminar Dios sabe cómo, bajando el Rey de tono, respondió al Padre con la frase que le era más familiar, y venía a ser por entonces su muletilla. Y así dijo que, cuando los cristianos le hubieren cogido al turco un cabrito, él concedería a los carmelitas, no sólo una casa para la iglesia cristiana, sino que les cedería parte de su propio palacio *y les pondría sobre su cabeza*: una frase de puro sabor oriental. Y como le habían escocido mucho las palabras del Padre relativas a aventajarle los turcos en hospitali-

dad, respondió con esta frase picante: « Vergüenza les debe dar a los Reyes cristianos el consentir que el Turco sea dueño del Sepulcro de Cristo, a no ser que sea a cuenta de la hospitalidad que el Turco les suele conceder ».

El P. Juan remachó entonces el clavo, diciendo que cuando el Papa y los Príncipes cristianos supiesen que Su Majestad, que se decía su amigo, les había quitado a los carmelitas la casa que les dió, y que había convertido su iglesia en caballeriza, ¿cómo iban a creer en su amistad? Lo que pensarían, es que les pide auxilio contra el Turco, porque teme represalias de este enemigo tan feroz, y necesita de la ayuda de los cristianos en provecho propio. Y si ahora, que los necesita, profana de esta suerte sus iglesias, habrán de pensar qué hará y a qué llegará, cuando no les necesite después de la victoria.....

Duró por espacio de una hora esta controversia entre el Rey y el P. Juan Tadeo. El Rey gustaba mucho de ello; bien lo conocía el Padre, que iba tomando el pulso, como pocos, a este soberano de los persas. Y así, cambiando repentinamente de tono, al dar por concluida la audiencia, dijo respetuosamente al Rey, quemando su último cartucho: « Señor, de las palabras de V. M. hemos visto claramente que no os es grata nuestra permanencia en vuestra corte. En servicio vuestro vinimos aquí, por el grande amor que os profesa el Papa. Para vuestro servicio hemos permanecido aquí hasta el presente. Como, al parecer, no nos necesitáis para nada, os suplicamos que nos otorguéis la licencia para marcharnos. »

No se esperaba el Rey, en verdad, esta salida, y se sorprendió sobre manera al escuchar al P. Juan Tadeo. Después, con rostro sereno y voz afectuosa, les dijo que él les había acogido en su corte como huéspedes muy gratos, y que la hospitalidad era cosa santa entre ellos; que siguiesen allí tranquilos y contentos; que comiesen y bebiesen y se alegrasen. Otra frase ésta, típica de Oriente, que el Padre Juan tomó entonces a la letra para responder, que no habían venido allí a comer, a beber y a recrearse; que esa no era la vida de los cristianos, y menos de unos pobres religiosos como ellos; que ellos vinieron allí por mandato del Pontífice en servicio de Su Majestad, para hacer el bien que pudiesen, como discípulos de Cristo, y que ya que esto no era posible, insistía en pedir la licencia para marcharse a país más hospitalario, en que pudiesen tener su casa y su iglesia, para observar con tranquilidad las leyes que habían profesado.

Bien se entiende que esto era una admirable estratagema de aquel excelente hijo y discípulo de Santa Teresa,

para conseguir lo que deseaba; pues lo que menos quería, era marcharse de allí, ni tenía licencia para ello tampoco. El Rey, en cambio, lo entendió al pie de la letra, y les prohibió en absoluto el salir de su corte. Y llamando al Maymondar, le ordenó que buscara cuanto antes una de las casas de su real patrimonio, la que mejor conviniera a los Padres, la que ellos escogiesen, y con todos los requisitos de la ley, se la diese en su nombre, y la tuviesen y habitasen como casa propia. Y familiarmente añadió que les daría parte de su palacio el día, en que los cristianos le tomasen al Turco « si quiera un cabrito ».

El P. Juan y sus compañeros, los dos que permanecieron mudos a esta escena, agradecieron tanto como era debido a Su Majestad aquella gran merced que les hacía, con muestras de profundo respeto. El P. Juan hizo entonces que se adelantasen los dos siervos que tenían los regalos para el Rey. Su Majestad los alabó mucho, y dijo que eran muy de su gusto. Tuvo entonces palabras benignas para los recién llegados, los cuales antes estaban pensando que aquella iba a ser la primera audiencia y la última que tuvieran con el Shah. Besáronle luego la mano y se retiraron, muy contentos, de su presencia, dando por muy bien empleados sus trabajos y sudores: ¡que bien sudaron aquel día por haber tenido lugar esta audiencia al aire libre, bajo un sol abrasador que les había quemado de veras!

Bien valía todo esto la casa que habían alcanzado para establecer la Misión por modo permanente.



CAPITULO VIII

SE CONSOLIDA LA MISIÓN

La nueva casa y comunidad. — El P. Vicente a Roma. — Notable Memorial sobre el Shah. — Estudio de lenguas. — Projecta el Shah una embajada del P. Juan ; su objeto — Un edicto curioso.

Al día siguiente de la pasada escena, se presentó muy de mañana el Maymondar a los Padres diciéndoles que, en cumplimiento de la real orden, venía a buscarles para que viesén la casa que les convenia entre las varias que eran propiedad privada del Rey. Fueron a verlas, y les agradó mucho una que el Rey había comprado para hacer una grande posada o albergue en que poder hospedar a los embajadores de los principes que llegasen a su reino. Optaron, pues, por aquella, y en pocos días se realizaron todas las formalidades del caso, entrando en posesión jurídica del inmueble.

Estaba esta casa situada en medio de un jardín espacioso. Tenia un manantial de agua viva, muy fresca y potable. Atesoraba, además, otra fuente copiosa para regar el jardín. La fábrica de la casa constaba de un solo piso, a usanza del país, con amplia sala en el medio y con varias habitaciones a los lados, más bien pequeñas que grandes. Contaba también con una espaciosa caballeriza, capaz de contener cómodamente hasta cincuenta caballos, y que a los Padres les había de venir bien para sus proyectos apostólicos.

Apenas tomaron posesión de la casa, se dieron prisa a convertirla en monasterio teresiano, haciendo de la sala capilla y preparándolo todo debidamente para la inauguración solemne. Esta se celebró el día 24 de junio de aquel año, 1609, con gran concurso de gente, tanto de cristianos europeos e indígenas como de amigos persas que se había ganado el P. Juan Tadeo, que eran buenos y de los principales de la corte, contándose entre ellos en primer término el gran Mayordomo del Rey.

Poco después levantaron un muro de clausura, y pensaron construir una iglesia capaz y suntuosa en lo que había sido caballeriza, si el tiempo seguía tan favorable como

ellos esperaban y el Rey se lo prometía. Años adelante hicieronla, en efecto, y llegaron a tener campana y el Santísimo reservado, bien oficiada la iglesia y coro, « lo mismo que se hace en Roma », decía después el P. Juan Tadeo a la Propaganda Fide (1).

Por de pronto, inauguraron la vida de observancia regular compatible con la vida de Misiones, celebrando los divinos oficios como en los demás conventos de la Orden. Porque, a más de los tres Padres ya dichos, había dos novicios, a uno de los cuales había vestido el hábito el P. Juan Tadeo y al otro el P. Vicente en Ormuz, y se lo había enviado en seguida a Ispahán, en donde juntos hacían su noviciado, conforme a las facultades apostólicas que habían sido concedidas a los Misioneros. Eran, pues, cinco de comunidad al inaugurarse con todo fervor la casa misional teresiana de Ispahán. Con esto se consolidó esta Misión, que fué, en aquellos principios, como cabeza de nuestras Misiones de Oriente.

A los pocos días, esto es, el 28 del mismo mes de junio, llegó de Ormuz el P. Fr. Vicente de San Francisco, con muchas cartas y con muchos proyectos en orden a la fundación de Ormuz, de todo lo cual daremos cuenta cumplida en el libro interesante que hemos de consagrar a aquella Misión. El P. Vicente, si lo daba por bueno el P. Juan, creía necesario seguir su viaje hasta Roma, a tratar cual convenía aquel negocio, por lo mucho que importaba para todas las futuras fundaciones. Todo esto había que hacerlo hablando personalmente a Su Santidad Paulo V, que se interesaba mucho por las Misiones. El P. Juan convino de todo en todo con el P. Vicente, y autorizó su viaje; y con eso, podía afirmar de palabra y explicar más cumplidamente lo que ambos habían escrito a Roma, en un largo MEMORIAL sobre el Rey Abbas y las cosas de Persia, cuando convinieron en que el P. Vicente fuese a tratar de la fundación de Ormuz.

Como los lectores no tienen noticia de ese Memorial, y como lo que en él se trataba, pertenece a este lugar de nuestra historia, lo vamos a decir en este capítulo, para que se tenga mejor y más completa noticia de la vida y costumbres del Shah, cosa que prometimos en el libro anterior. En ese Memorial, que los Misioneros titulaban *RELACIÓN breve de las cosas pertenecientes al Rey de Persia y sus costumbres* (2), se nos da un buen retrato de este

(1) En la RELACIÓN de 1630, otras veces citada.

(2) Este documento autógrafo, escrito en castellano y firmado por ambos Padres Vicente y Juan Tadeo, se conserva por duplicado en nuestro Archivo general de Roma. Enmendamos la ortografía, dada la índole de este trabajo.

Rey, a quien algunos modernos han llamado « el Glorioso ».

« Los persianos — dicen nuestros Misioneros — siguen a Alí, que casó con la hija de Mahoma, y los turcos a Omar, el cual mató a Alí; y por esto los persianos tienen grande enemistad con los turcos, y de poco tiempo a esta parte, el Rey hace matar a los que no quieren maldecir a Omar. Pero, aunque muestra este celo, no es muy observante de su secta. Come tocino y bebe vino, cosa prohibida por el Alcorán. Esto mesmo hacen, y hasta se emborrachan, las personas grandes en público y la plebe a escondidas; y a algunos plebeyos que públicamente se emborracharon, les echaron plomo derretido por la boca.

» Ha renovado este Rey y fabricado de nuevo muchas mezquitas.

» Tiene cinco mujeres que llaman *Begón*, y son como reinas; y otras doscientas mujeres esclavas..... Sale muchas veces acompañado de malas mujeres (1)..... Había uno que tenía cargo de todas las malas mujeres de Haspahán; hízole matar, y él se ha tomado este cargo.....

» Entre las mujeres de su serrallo, hay más de doscientas que son hechiceras y que tienen trato con el demonio, con las cuales este Rey se aconseja.

» No hace ninguna empresa ni acción, sin que primero le diga un astrólogo, que va con él, si es buena hora o no. Es fingidísimo; ahora habla a uno con muchas caricias, y en su ausencia dice muy mal de él. Cuando alguno es rico, le levanta alguna calumnia, le hace matar y le toma la hacienda.

» No se fia de nadie; y así va muy de ordinario al lugar donde están los armenios chulfalinos, a casa de un particular, y allí se sienta dos y tres horas, y bebe con ellos, y se informa de lo que quiere, y asimismo a los otros lugares de los demás armenios. También suele irse por pasatiempo a otros lugares no decentes, como a su cocina, que está en una casa separada de su palacio, y allí se sienta y come lo que le da gusto.

» Algunas veces, paseando a pie por la ciudad, se llega a las boticas de los bodegoneros, verduleros, fruteros y de aquellos que venden conservas y cosas dulces: aquí toma un bocado, allí otro; aquí gusta una conserva, allí una fruta. Entra en casa de un zapatero y toma el calzado que le da gusto, cázasele al umbral de la puerta y luego prosigue su camino. Andando una vez de esta manera, dixo a los Padres agustinianos: “¿Qué os parece, Padres, de esto que yo hago?

(1) Coinciden en esto nuestros Misioneros, don García de Silva en sus *COMENTARIOS* y Pietro della Valle en sus cartas desde Persia. Estos últimos se detienen en describir algunas fiestas en que tenían lugar preferente estas malas mujeres, o en referir algunos viajes del Rey en que ellas le acompañaban.

Yo soy Rey de mi voluntad, y andar de esta manera es ser Rey; no como el vuestro Rey, que siempre se sienta en casa.' Cuando vino de Mazanderán a esta ciudad, se fué a apearse a casa de un su lacayo, y no a su palacio.....

» Finalmente: es un Rey que hace lo que quiere; y como la voluntad del hombre es mudable, no hay reino donde haya tantas mutaciones como éste, y menos estabilidad en todo

» Cuanto a lo que podemos entender, creemos que este Rey no tenga ninguna religión o secta; porque ni él es moro, ni gentil, ni judío, ni cristiano; sino que cree lo que quiere, así como en lo demás del gobierno se rige por sola su voluntad..... »

Por todo lo cual, y por otras cosas que pasamos en silencio, para no alargar demasiado esta descripción, concluyen los Misioneros su MEMORIAL diciendo:

« Considerando la inestabilidad de este Rey y reino, y deseando alguna firmeza en nuestra Misión y fin de ella, que es el fruto de las almas de estas provincias y reinos de Persia, después de haberlo encomendado mucho a Nuestro Señor, nos hemos resuelto a que conviene que uno de nosotros vaya a fundar en Ormuz, que por estar tan cerca y contiguo con Persia, es el lugar más oportuno para la ayuda y acrecentamiento del bien que se pretende en la conversión de estos reinos »

Esto es lo que iba a tratar en Roma de palabra el P. Vicente. Dos años después le volveremos a ver en Ispahán. Ya daremos cuenta cabal de sus viajes y negociaciones, que de todo ello tenemos noticias muy puntuales y curiosas. Por ellas veremos lo que valían, uno por uno, todos estos grandes Misioneros primitivos; y, puestos todos juntos, eran de ver los grandes proyectos que ideaban y las grandes empresas que realizaban para extender las Misiones carmelitanas por la gloria de Dios y de la Iglesia

Asentados ya los Misioneros en su nueva casa de Ispahán, atendían con preferencia al estudio de las lenguas, que eran como los vehículos para la propagación del Evangelio. Según testimonio del P. Juan Tadeo (1), « los Padres aprendieron las lenguas armenia, persiana, arábica y turca, y enviaron a Roma muchos libros, con el fin de que allí los imprimiesen y pudiesen servir a los cristianos orientales de estas lenguas..... Todos los días daban clase de doctrina cristiana en lengua persiana y en lengua armenia. En los días festivos, en especial en los domingos, explicaban el evangelio del día en persiano. Durante la cuaresma leían

(1) En su RELACIÓN a la Propaganda, cap. 3.

y explicaban « un breve cuestionario sobre el modo de confesarse, que compuso el P. Juan en lengua persa ».

El mismo P. Juan llegó a ser tan perito en la lengua persiana, que tradujo a dicha lengua el libro de los Salmos y los santos Evangelios, y se los ofreció como el mejor presente al Rey en cierta ocasión solemne, de que hablaremos luego.

Tal era la ocupación de estos celosos Misioneros durante sus primeros años en Persia. Su ministerio lo ejercían principalmente con los armenios y jacobitas, procurando atraerlos a todos hacia la unión con Roma. Mucho lograron en este sentido, como lo iremos viendo. Con los mahometanos, si no consiguieron hacer conversiones en gran número, por las dificultades que entonces y siempre ha habido para la conversión de los musulmanes, al menos lograron dar cinco mártires a la Iglesia, tiempo adelante.

Estando así las cosas, uno de los primeros días del 1611, mandó el Rey a llamar al P. Juan Tadeo para confiarle una importante embajada. Dijole Su Majestad, que había pensado primero en confiar esta embajada a un armenio principal; pero que luego, por muchas y gravísimas razones, deseaba que él fuese su embajador. Su misión consistía en ir a tratar negocios precisos e importantes con el Czar de Moscovia, con el Rey de Polonia y con el Papa. El alma de este negocio consistía en dirigir el tráfico y comercio de tapicería y sedería persianas, tan rico y floreciente, hacia los países de Europa, torciendo el curso de las caravanas, para que, en vez de atravesar éstas con sus riquezas por el imperio turco, fuesen de Persia, a través de Moscovia, a Polonia y demás países europeos. Con esto trataba de quitar al Turco todo el dinero que pudiese, para quitarle uno de los más eficaces medios de promover la guerra. Quería, en una palabra, dar una batalla comercial al Turco para empobrecerle y arruinarle, ya que le había quitado tantos pueblos y ciudades y le había derrotado en tantas batallas campales.

Al oír esto, se excusó, como pudo, el P. Juan Tadeo, diciendo que no eran para él tales negocios, porque no sabía siquiera el *abecé* del tráfico de sedas y tapices; que esa misión parecía propia de mercaderes y traficantes, o cuando menos de hombres expertos en esas materias, de reconocido nombre y fama; que él solamente era un pobre Misionero de nombre oscuro; y, en fin, que no podía partir de Persia sin permiso del Papa o de sus superiores de Roma, y menos para tales embajadas.

A esto replicó el Rey que él se encargaba de conseguir el permiso del Papa y del General de su Orden, a quienes escribiría sin pérdida de tiempo, como lo hizo, por la vía de

Alepo; que en cuanto al negocio, era cosa sencilla en demasía; que como Misionero, podía llevarlo a buen término mejor que nadie, pues pasaría más desapercibido; y finalmente, que no se trataba de contratos comerciales, sino de informar a los Príncipes de estos deseos y planes de Su Majestad, los cuales eran en servicio del Papa y de sus Príncipes y pueblos cristianos. A esto se añadía, dijo el Rey, el conocer muy bien su Paternidad tantas lenguas, con lo que podía entenderse sin necesidad de intérpretes, que todo lo dicen y vociferan, y este negocio había de tratarse muy en secreto.

Viendo el P. Juan que el Rey lo tenía muy pensado y que lo quería con toda su voluntad real e inflexible, respondió que lo trataría antes con los otros Padres y meditarían sobre ello, para ver cómo podrían complacer a Su Majestad.

Consultado el caso con sus compañeros, todos fueron de parecer que debía aceptar dicha embajada; pues con eso se podían conseguir muchos bienes, y con rechazarla se pudieran seguir a la Misión muchos males. Y como, por otra parte, la embajada se extendía hasta Roma, siendo ellos en Persia embajadores del Papa, bien podían, en un caso como el presente, ir a llevar una embajada del Rey a Su Santidad, a quien podrían informar del estado de la Misión verbalmente mejor que por cartas (1).

Puestos de acuerdo los Misioneros, presentóse de nuevo al Rey el P. Juan Tadeo para ponerse a sus órdenes. Solamente se le ofreció una dificultad, que se la expuso al Rey sin ambages, diciéndole que iban a tomar muy a mal los grandes señores de Persia, cuando lo supiesen, el que un pobre fraile fuese de embajador de un Rey tan poderoso. Pero el Rey le contestó que « los señores más grandes de su Imperio estaban enseñados a venerar por leyes las más mínimas indicaciones de sus labios; y que recibirían por gracia, si se dignaba darles cuenta de esta medida, la cual tendrían que aprobarla en silencio, si no querían pagar con la vida la libertad de su lengua; que en Persia mandaba él sin necesitar voto de nadie, y que todo el mérito de sus vasallos estaba en obedecerle. Después de esto, levantando más

(1) Esta embajada del P. Juan Tadeo fué criticada por algunos que desconocían por completo el motivo y las circunstancias en que hubo de ser aceptada. El P. *Redento de la Cruz* se encargó de justificarla debidamente y con las razones más convincentes expuestas en su magnífica « *RELACIÓN de algunas cosas hechas en la Persia por los Padres carmelitas descalzos desde el año de 1609, y de algunos otros casos dignos de memoria que desde ese tiempo sucedieron hasta el año de 1616* ». Consta la Relación del P. Redento de 36 folios, escritos en letra muy menuda y muy nutrida. Tiene un prólogo y 48 capítulos. Es muy interesante, y a ella hemos de referirnos muchas veces, sobre todo al tratar de algunas conversiones ruidosas de nuestros Misioneros de Ispahán.

la voz y dirigiéndose a los nobles de su corte que estaban presentes, les dijo: « El P. Juan va por mi embajador al Gran Duque de Moscovia, al Rey de Polonia y al Papa ». Y poniendo la real mano en la espalda del Padre, añadió: « Su palabra es mi palabra; la palabra del Papa es mi palabra; este Padre ha venido a mí con palabra del Papa, y su palabra ha sido siempre verdad: sí, sí; no, no: justo, como el fiel de la balanza; y de cuantos francos han venido a mi corte, ninguno me ha gustado como este Padre, y un otro Padre portugués de barba blanca, llamado Fr. Jerónimo de la Cruz » (1).

Después de un nombramiento tan solemne, y en medio de la admiración de todos los señores de la corte, el Rey se despidió del Padre, a cuyo nombre había hecho extender todas las cartas y credenciales necesarias.

Por estas cartas sabemos, que, además del tráfico de la seda, que pretendía llevar por distintas vías comerciales por su enemiga al Turco, deseaba que los cosacos reconstruyesen la fortaleza de Zarzú, de donde el Shah desalojó al Turco, y era ahora necesaria para defender el paso de las caravanas contra las escaramuzas y rapiñas turquesas.

Para el Pontífice encargó el Rey al P. Juan tres cosas: la primera, que es muy sabida, el activar la alianza de los cristianos contra los turcos; la segunda, que enviase Su Santidad « un Califa » (Obispo quería decir), el cual tomase, bajo su jurisdicción a cuantos cristianos había en Persia, jacobitas, griegos, georgianos, circasianos y los cien mil armenios de Chulfa y otras ciudades, que, de hacerlo así el Papa, el tal Califa sería el segundo en su reino; tercera, que, en compensación de las iglesias que había destruido en la Armenia Mayor, por causa de guerra, quería edificar otras tres muy grandes en Nueva Chulfa: una para los francos, cuyo Prelado había de enviar el Papa; otra para los monjes armenios, y la tercera para los sacerdotes seculares del mismo rito.

Además de estas iglesias, prometía el Rey edificar a sus expensas una casa para el Califa franco, otra para los embajadores de los Príncipes cristianos, un convento para « los Padres del Papa », como llamaba Su Majestad a los carmelitas, y otro para los Padres agustinos.

Por supuesto, que todo esto había de hacerlo cuando el Papa y los Príncipes cristianos le hubiesen ayudado a terminar con la potencia turca.

¿ Había sinceridad en estas promesas ? ¿ Se habrían realizado, si una alianza como la que esperaba y pedía el Shah, hubiera exterminado para años y años el poder e influen-

(1) RELACIÓN del P. Juan Tadeo a la Propaganda, cap. 5.

cia de los otomanos en Oriente y se hubiesen repetido las victorias de Lepanto?... ¡Quién sabe! Pero el hecho es que, después de salir de Persia el P. Juan Tadeo, publicó el Shah un singular edicto, cuyo texto es el siguiente (1):²

« Dios, Rey de Reyes.

» Lugar del sello del Aguila Real Altísima.

» Damos nuestra Real Orden a los Sacerdotes, Religiosos, Gobernadores, Ancianos, Nobles, Ciudadanos y también a los Superiores y Pastores del Pueblo Armenio, que residen y moran en la Real Corte de Ispahán.

» La gracia, favor y misericordia infinita del Rey de Reyes os conceda que se cumpla nuestro deseo.

» Sepan, pues, cuantos arriba decimos cómo entre Nos, Rey Grande, y la Majestad de los Príncipes cristianos y particularmente entre el Mayor y más Alto Trono del mundo, la Santidad del Papa de Roma y la Majestad del Rey de España, tenemos perfectísimo amor y amistad, y entre nosotros y la Cristianidad hay unión sin división ni disensión alguna.

» Con todo el afecto y voluntad real deseamos y tenemos a bien publicar, que todos los cristianos, de cualquier lugar y nación que fueren, pueden libremente y por siempre venir, tomar, estar y contratar en nuestro reino.

» Y porque a la ciudad de Ispahán, nuestra real corte, acuden toda clase de gentes y naciones y religiones y habitan en ella, queremos, para comodidad del pueblo cristiano, edificar aquí una iglesia muy alta y espaciosa, la cual, una vez que esté concluida y decorada con toda perfección, se la daremos a los cristianos, para que en ella hagan sus oraciones y los ejercicios de la fe y religión cristiana. A este fin hemos enviado a Su Santidad una persona, pidiendo al Papa que nombre un Prelado de los Padres y religiosos de la fe y religión cristiana, con el objeto de que en dicha iglesia ordene la oración y el oficio divino, según el uso y rito de la misma religión cristiana, y podamos participar Nos del mérito de esa oración y de esos ejercicios religiosos.

» Después de esto, disponemos también y mandamos que sean traídas a Ispahán aquellas piedras santas que pertenecían a las tres iglesias de Eriván, cuyos edificios vinieron al suelo por haber querido sacar las reliquias de los Santos que allí había, cuando sus huesos fueron vendidos a la congregación de los herejes « Nanarsi », dejando en ruinas aquel lugar de tanta belleza y fama. Ahora queremos que, una

(1) De este curioso documento existen varias copias en nuestro Archivo general de Roma. Lo insertan, además, el P. *Eusebio* en su *HISTORIA Ms.*, Cuaderno con la letra O, y el Padre *Blas* en la suya, tom. II.

vez terminada la iglesia grande de los cristianos de Ispahán, se coloquen en ella; y cuando lleguen a nuestra ciudad, mandamos que se reúnan todos los cristianos, y todos juntos, con la mayor alegría y fiesta posible, salgan a recibirlas. Así, pues, mandamos que todos juntos con Vos, Mir Scenz, Visir de nuestra soberana corte, y Mobalí Bailz, Ayo de los jóvenes de nuestro palacio, coloquéis esas piedras santas en el lugar que os parezca mejor y más honroso (1). Además os encargamos que llaméis a uno de nuestros mejores arquitectos, para que vaya con vosotros al sitio designado para la dicha iglesia, que está detrás del jardín real llamado « Baghi Zerext », y allí hagáis en madera o papel el modelo de la planta para la iglesia grande de los sacerdotes y Padres francos; y nos haréis un gran servicio trayéndonos ese modelo, para que lo veamos, y, después de haberle visto y examinado, mandemos a todos los maestros y oficiales de obras de esta nuestra ciudad y corte, que trabajen en esta fábrica hasta que sea llevada a su término y perfección, como por este nuestro Decreto mandamos.

» Se debe saber que es justo que se conceda esta gracia completa a los cristianos, para que queden contentos.

» Dado en la Luna de Sciabón, año de Mahoma 1023. »

A pesar de las órdenes tan minuciosas y apremiantes de este edicto, la ejecución de las obras no llegó a verificarse, como no llegó a verificarse tampoco la alianza del Shah con el Papa y con los Príncipes cristianos, siquiera por lo que toca a España se intentase algo más adelante, que fué poco y tarde, según luego veremos.

Entre tanto, sigamos al P. Juan Tadeo, para ver cómo le fué en su embajada; que bien merece este ínclito hijo de Santa Teresa el que nosotros vayamos en pos de sus huellas.

(1) Indicaremos qué piedras santas podían ser aquellas de que se habla tanto aquí. Una de ellas, según leyenda armenia, era aquella sobre la cual había ofrecido Noé su sacrificio después del diluvio, al salir del Arca, que se detuvo en el monte Ararat, allí en la Armenia. Sobre esa misma piedra, según una tradición, se apareció Cristo a San Gregorio, gran Padre de los Armenios. Esa piedra estaba en aquella iglesia dedicada a este Santo; la tenían cubierta con ricos paños de brocado, y sobre ella estaba incrustada una cruz de plata. Las otras piedras, a que se hace referencia, debían de ser las del brocal del pozo en que fué arrojado el mismo San Gregorio, y que se hallaba dentro de la misma iglesia. Otras, parece que eran las que formaban el ángulo, en cuyo vértice estaba colocada la primera piedra de la iglesia, en aquel sitio en que, al abrir los cimientos, salió una llama de fuego que fué elevándose a medida que se elevaban los muros, hasta un cierto punto, en que pusieron una señal. Estas habrían de ser las piedras que pertenecían a aquel santuario de Armenia que llamaban « las tres iglesias », situado en una llanura cerca de Eriván, visitado por los armenios, como el Sepulcro de Cristo por los cristianos. P. Eusebio, HISTORIA citada, tom. II, págs. 44 - 45.

CAPITULO IX

EMBAJADA DEL P. JUAN TADEO

Emprende el embajador del Shah su viaje. — Honrado por el Rey de Georgia. — Preso y vejado en Astrakán. — Libertado por la Czarina. — Celebrado por un poeta.

El buen P. Juan, no bien salía de una, cuando entraba en otra. No iba él muy contento con tales embajadas, y solamente el amor a la Misión y el partido que se podía sacar para bien de la Iglesia y de las almas, le confortaban al emprender un viaje tan largo como el primero, puesto que iba a llevar el mismo camino a la inversa.

Para esta misión le dió el Rey el conveniente acompañamiento de guías y criados, siendo el principal Lucas Cornelio, que debía de ser alguno de los mercaderes francos de la confianza del Rey. Este corría con todos los gastos y acomodados de hospedajes y cabalgaduras, a cuenta del real erario.

Le acompañaba también un sacerdote armenio llamado Cocha Sevelín, el cual había hecho la profesión de fe católico-romana, juntamente con trescientos vecinos que estaban bajo su jurisdicción, y a ello le habían movido la predicación y el buen ejemplo de nuestros Misioneros. Iba Cocha Sevelín a Roma en compañía del P. Juan, para tratar ambos con el Papa sobre la unión de los armenios y su situación en Nueva Chulfa; y uno de los proyectos que llevaban era pedir al Papa que fundase en Roma un colegio para los jóvenes armenios, y con eso facilitar la unión de este pueblo con la Santa Sede.

Antes de salir de Ispahán, había encargado el Rey al P. Juan Tadeo que pasase por Damareschán, corte del Rey de Georgia, para quien le dió cartas de pésame por la muerte de la reina. Así lo hizo el buen Misionero. Por cierto que, según refiere el mismo Padre (1), el Rey de Georgia, después que le hubo tratado, le pidió que fundase allí una Misión o « convento », para hacer en aquel reino lo que sabía

(1) En su RELACIÓN a la Propaganda.

aquel Rey que hacían los nuestros en Persia cerca de los armenios.

También le pidió el Rey de Georgia que fuese a decir la misa en su iglesia, a lo cual se negó el buen Padre, cortésmente, excusándose con estarle rigurosamente prohibido, por no tener Su Majestad comunicación con el Romano Pontífice, cuyo súbdito y embajador era el Padre.

En cambio, aceptó con mil amores la misma invitación hecha por los armenios de Damareschán, los cuales, al saber que el P. Juan iba de embajador al Papa, le recibieron con todos los honores, le llevaron procesionalmente a su iglesia, en donde el clero y el pueblo hicieron la profesión de fe romana, según la fórmula que les presentó por escrito el mismo P. Juan, quien, después de esto, dijo la misa, conforme al rito romano, en un altar que improvisaron en la misma iglesia armenia. A esta fiesta asistió el Metropolitano con todo su clero y la inmensa mayoría de armenios allí residentes. También invitaron al Rey, que, al parecer, se portaba muy bien con ellos. « Pero el Rey, dice el P. Juan, se excusó con tener que ir de caza ».

De Damareschán salió nuestro Misionero con dirección a Puerta de Hierro, « ciudad fortificada en los confines de Persia », que ya él conocía de la vez pasada. Allí el Sultán o Gobernador de la plaza hizo todos los honores al embajador del Shah, dándole hospedaje en su propio palacio. Este Gobernador le ofreció, con escritura formal, un buen sitio en la misma ciudad para una casa-misión, destinada a los Padres que allí enviase el Papa; así como también le prometió que daría otra casa para los religiosos que enviase el Rey de Polonia. El P. Juan, en cambio, le dijo que lo trataría con aquel Rey y con el Papa; porque aquel lugar le parecía muy a propósito para establecer residencias misionales, por ser paso obligado para los Misioneros que por aquella vía iban a Oriente, y por el bien que podían hacer en aquellos pueblos circunvecinos: moscovitas, circasianos, persas, armenios, etc.

Desde Puerta de Hierro se dirigió a la ciudad de Astracán, de tan tristes recuerdos para él en su primer viaje, y de más tristes todavía en este segundo. Porque halló la ciudad tan alborotada como cuando pasó por allí la vez primera. Las guerras civiles se habían sucedido desde entonces sin interrupción, y por todas partes se veían ruínas, cárceles y mataderos de hombres. Parecía la ciudad moscovita, al decir de un historiador nuestro, « un serrallo de fieras » (1).

(1) El P. *Eusebio*, HISTORIA cit., Cuaderno de la letra O, ad annum 1611.

Y cuán cierto es que la historia se repite, como está pasando en nuestros días por Moscovia.

Cuando el Gobernador de Astrakán se enteró de la embajada del Misionero carmelita para el Gran Duque de Moscovia, pensó que todo ello era pura maquinación del Rey de Persia, el cual trataba de entenderse con el Rey de Polonia, con el objeto de invadir los territorios del Gran Duque y tomar de ellos lo que necesitaba para sus fines comerciales, políticos y guerreros. Se confirmó más en esto cuando supo que el P. Juan llevaba cartas para el Rey de Polonia y para el Romano Pontífice; con lo cual le tuvieron por verdadero espía vestido de fraile romano, o por fraile romano en verdadero papel de espía y conjurado contra Moscovia. Los rutenos, enemigos acérrimos de Roma y del Papa, atizaron las sospechas del Gobernador, dando por seguro que aquel fraile era un peligroso enemigo del Czar, y que había de causar grandes males a Moscovia, si le dejaban proseguir su camino. Así es que, viendo todo esto el Gobernador, ordenó que arrestasen al Padre con todos sus compañeros y servidores, y que le dejasen incomunicado y con guardias de vigilancia, en una casa incómoda, estrecha, fétida, que tenía todos los aditamentos de una verdadera cárcel.

Según el atestado de un testigo de vista, el P. Nicolás de Melo, religioso de San Agustín, que se hallaba en Astrakán por aquellos mismos días, levantaron también muchas calumnias al P. Juan, por los malos propósitos que llevaba, y le quisieron hacer renegar la fe. « Le pusieron, dice (2), a cuestión de tormentos, desnudo en carnes, con el mayor deshonor, crueldad y irreverencia hecha a su religiosa y sancta persona, con la mayor crueldad y deshumanidad que de humanos corazones se puede creer, al cual, por su sancta y inculpada vida, es debida toda reverencia; porque es tal, que hasta éstos y muy particular el Gobernador Juan Demetrio Forastino, author desta crueldad, y algunos de los suyos, quedaron confundidos de la paciencia y mansedumbre con que este muy religioso Padre y sancto varón sufrió y llevó esta persecución tan injusta, y testimonios de tanta falsedad que al dicho bendito y sancto Padre levantaron..... »

Estas y otras muchas vejaciones tuvo que sufrir allí aquel mártir Misionero por su firmeza en la fe de Cristo y en la confesión y unión con la Cátedra de San Pedro. Sus mayores verdugos fueron los rutenos.

(2) El P. Melo extendió este atestado con fecha del 12 de octubre de 1611, y lo inserta el P. *Redento de la Cruz* en su RELACIÓN citada arriba, folio 2.

El P. Juan, en la RELACIÓN que escribió para la Propaganda Fide (1), nos habla de su prisión en Astrakán tan a la ligera, que no quiso darnos detalles de sus padecimientos y martirios, guardándolos, sin duda, para él solo, y ofreciéndoselos al Señor por lo que hubiera podido merecer al aceptar esta embajada, en la que se mezclaban los negocios mercantiles; pero, como es dicho, por encima de todo, él había puesto los negocios de su Misión y de la Iglesia.

Solamente se contenta con decir que « fué encarcelado en Astrakán por los rutenos, con mucho peligro de su vida ». Parece que más tarde hubo de ser puesto en comunicación con los cristianos y con sus compañeros; porque luego dice que « en los tres años, en que estuvo arrestado en la dicha ciudad, siempre administró los sacramentos a un grupo no muy grande de armenios y de valacos, que allí residían ».

Entonces hubo de ser cuando el buen Padre envió a Lucas Cornelio a Ispahán, a dar parte al Rey de su prisión o arresto en Astrakán. El Rey, cuando lo supo, mandó a decir a un mercader persa, que allí moraba y que se decía Cocha Mortuka, que proveyese al Padre y a sus compañeros de todo lo necesario. Hizolo así Mortuka, pero el cruel Gobernador Forestino se sirvió de esto para encerrar al P. Juan en una mazmorra y encarcelar de nuevo a todos sus servidores, sin dejar llegar a ellos las provisiones que Mortuka les enviaba, y que el Gobernador recibía para sí y para otros. El Gobernador inhumano pagó su merecido bien pronto, porque en una revuelta, que hubo en Astrakán por entonces, fué arrastrado por las calles y llevado por el populacho a la plaza pública, en donde fué ignominiosamente degollado.

Habiendo dado cuenta al Shah el mercader Mortuka del estado del P. Juan, « mandó el Shah a decir a los rutenos que, si no le enviaban al dicho Padre sano y salvo, iría allá el Shah en persona con su ejército a libertarle » (2).

Mientras andaban con estas idas y venidas de Persia a Astrakán, « llegó a esta ciudad la Gran Duquesa Marina Georgia, católica polaca, mujer del Gran Duque Demetrio, que alcanzó al P. Juan un salvoconducto para volver a Persia ». Era esta la Czarina, hija del conde de Sandomiria, que había conocido al P. Juan Tadeo en Moscú, cuando pasó por allí con sus compañeros al ir a Persia. Esta cristiana y valiente mujer, al saber los trabajos y persecuciones que sufría el santo Misionero, consiguió ponerle en libertad, mal grado las amenazas de los implacables rutenos. Por su parte el Shah les estaba amenazando y diciendo que, si no le

(1) Capítulo 4.

(2) *Ibidem*.

soltaban cuanto antes, « iría él y pasaría a todos los habitantes de Astrakán a cuchillo ». Y era muy capaz de hacerlo. Asi como cuando supo que la Czarina habia alcanzado la libertad al Padre, mandó decir a éste que, « al partir de Astrakán, diese en su nombre a la Gran Duquesa, como presente, todo el cargamento de una nave persiana que allí habia, con lo cual habia para mantener a seiscientos soldados por seis meses » (1).

El cautiverio del P. Juan, sus martirios y su libertad, los cantó en verso un Misionero-poeta de aquellos días, a quien muy pronto saludaremos en Ispahán. Era un noble burgalés, que en el siglo se llamó Luis Melgosa y en la religión Fray Leandro de la Anunciación, de quien hemos de hablar mucho en la historia de estas Misiones teresianas.

Poeta de gusto y de clásica factura en sus versos, dijo de la prisión del P. Juan Tadeo (2):

« Presso estuuu en Astrakán,
maltratado y perseguido,
y, al sacrificio ofrecido,
se uió muy lleno de afán;
y, aunque no le faltó el pan,
le sobraron muchos duelos..... »

Y asi cantó la libertad del prisionero:

« Llegó a Astrakán de repente
la Reina de aquel estado,
que, con valor estremado,
de aquella indómita gente
se apoderó, diligente,
siendo cathólica y fiel;
y con palabras de miel
dió luego licencia al Padre,
con amor como de madre,
y aqui se acabó su hiel. »



(1) RELACIÓN, capítulo 4.

(2) « PASATIEMPO de un religioso carmelita descalzo en un largo y trabajoso viage que hizo a la India »

CAPITULO X

RUIDOSAS CONVERSIONES

La de rector jacobita Kasis Hermes, y su profesión de fe. — La del sacerdote armenio Bagdazar. — La de Miguel Angel Coray, enviado del gran Duque de Toscana y de otros.

Mientras sufría prisión el P. Juan Tadeo en Astrakán, siguieron obrando ruidosas conversiones en la capital de Persia nuestros Misioneros el P. Benigno y el P. Redento. Este último nos refiere con gran lujo de detalles algunas de ellas, las más importantes, en su copiosa RELACIÓN « de las cosas de Persia desde 1600 a 1616 », que en otro lugar citamos. Haremos aquí un breve resumen, cual conviene a nuestra historia.

Entre los cristianos de los diversos ritos, que el Shah trajo como prisioneros de guerra a su capital, había muchos y significados jacobitas, uno de los cuales era el rector o cura de ellos, « muy estimado y tenido por uno de los más doctos que había en aquellas partes ». Llamábanle el Kasis Hermes. « Kasis » quiere decir « sacerdote ». Este jacobita, desde que llegaron nuestros Misioneros, entró en relaciones con ellos. Visitábalos con frecuencia. Servíales de maestro para perfeccionarse en las lenguas orientales, principalmente en la arábica y la persiana, que aquel conocía admirablemente. Los nuestros, en cambio, empezáronle a hablar de las notas características de la Iglesia Romana, poseedora de la verdad revelada y, por lo tanto, la única verdadera, fuera de la cual no hay salvación. Mostráronle los errores contenidos en los libros de Dióscoro y los enseñados por Eutiques, a quienes los jacobitas tenían por los dos Santos Padres y fundadores de su Iglesia.

El astuto Kasis manifestaba exteriormente estar conforme con los razonamientos de los Misioneros carmelitas, y asentía con los labios a sus enseñanzas teológicas; pero en su corazón, según frase del P. Redento, « estaba muy empujado en lo suyo ». Quería ser amigo de los Padres, porque estos lo eran del Rey, por las influencias y amistades que tenían los religiosos en la corte y por el bien material y moral que el Kasis recibía con tal amistad.

Para que se vea hasta qué grado llegó su simulación de estar convencido de lo que los Misioneros le predicaban, vino el Kasis Hermes a firmar de su propio puño la profesión de fe romana, que los Padres le escribieron en lengua arábiga con el fin de enviarla a Roma; y, una vez que lo hizo, le admitieron en su compañía, a vivir con ellos en su casa y a officiar con ellos en su iglesia. Al poco tiempo de tratarle más de cerca, vieron el engaño, porque aquella conversión era fingida. El Kasis se manifestó ferviente discípulo de Dióscoro y de Eutiques; condenaba el concilio de Calcedonia (año 360) y entre los suyos hacia propaganda de los errores jacobitas. Al ver esto, los Padres le echaron de su convento; pero el Señor, que es infinitamente misericordioso, tuvo piedad de él, « y con una enfermedad de muerte, le dió la medicina de la vida ».

Cayó enfermo de gravedad el Kasis; y, cuando todos sus correligionarios le abandonaron y huyeron de su lado, los carmelitas se acordaron de él, le visitaron y le consolaron con toda caridad. Esto hizo resaltar entonces a los ojos del enfermo la verdadera religión de aquellos Misioneros, que tan santamente practicaban lo que enseñaban. Ellos solos estaban a la cabecera de su lecho en las horas del dolor y del abandono.

Era el día de la Anunciación de la Virgen, y el Kasis mandó a llamar a los más notables de su rito, a los personajes más graves de su nación, que le habían tenido siempre por un oráculo, y que, al fin, habían de venir a escuchar sus últimas palabras con religiosa obediencia. Contra lo que ellos se esperaban, cuando los tuvo reunidos en torno de su lecho, les habló de los errores en que estaban sumergidos; de la misericordia que Dios usaba con él, haciéndoselos conocer a tiempo, aunque tarde; de la gracia que pedia a Dios para todo su pueblo, que era la de que abrazasen todos la religión católica apostólica romana, la cual profesaban los Padres carmelitas y la practicaban, y estaban dispuestos a enseñársela y explicársela con tanta caridad como con él lo habían hecho. Los Padres, que se hallaban presentes, prometieron hacerlo así con toda su voluntad. Hizo luego pública retractación de sus errores, pronunció, con voz sincera, la profesión de fe romana y se confesó, arrepentido, con el Padre Redento de la Cruz, quien le administró en seguida el santo viático.

« Desde aquel día, escribe el mismo P. Redento, principió a acudir toda su gente jacobita al convento de los Padres carmelitas descalzos, así para oír misa como para bautizarse y para el ejercicio de los demás sacramentos. Los dos primeros que se bautizaron, fué día de Ramos, y les pusieron por nombres Pedro y Paulo. Confesaron todos y comul-

garon para el día de Pascua, acudiendo a esto y a los oficios con muy grande devoción y fervor. »

El Kasis Hermes vivió todavía cerca de dos meses. En este tiempo se ratificó más y más en su nueva fe romana y quiso enviársela al Papa por escrito, firmada por él y por los principales de su pueblo, teniendo como testigos a los Misioneros y cristianos de diversos ritos. Iba escrito en lengua caldea, y, fielmente interpretada, dice así (1): « Beatísimo y Altísimo y Santísimo Padre: En el nombre del Padre, Hijo y Espíritu Santo, digo y confieso yo, esclavo pecador y pobre Kasis Hermes, conocido por Comisario y Pastor de toda la nación siriana que se llama jacobita, habitante en la ciudad de Haspahán, donde está la silla de la Majestad de Abbas, Rey de Persia: que todo el tiempo pasado de mi vida no he sabido ni conocido la fe de nuestro Señor Jesucristo, conforme la regla y confirmación de la fe católica, en la obediencia que se debe a aquella santa Silla de San Pedro, y esto parte por ignorancia y parte por negligencia.

» Después de haber estado bien informado, y sabido esta verdad y camino santo por los RR. Padres de Vuestra Santidad (2) y por sus santas oraciones, mirándome el Padre de misericordia como miró a San Pedro, alumbrando nuestros corazones y esclareciendo nuestra vista, habemos sabido que esa es la firme y verdadera fe, sin otra contraria opinión o escrúpulo; y que todo aquello que primero creíamos, no era otro que herejía y perversa obstinación. Así, habiendo dejado y refutado todo aquello, aceptamos y abrazamos la pura sancta y cathólica fe y apostólica romana, escomulgando y maldiciendo todo aquello que ella escomulga y maldice, y bendiciendo todo aquello que bendice.

» Y, por tanto, alabamos y glorificamos por siempre esta sancta fe cathólica, que nosotros habemos confesado en las manos del religioso de Vuestra Santidad P. Fr. Redento de la Cruz, jurando y confirmando de ser fidelísimos y obedientísimos hijos, para obedecer y servir a Vuestra Santidad y a todos sus sucesores y amadores suyos..... »

Luego sigue humillándose más y más, con el mismo estilo oriental, el buen Kasis Hermes, que habla en nombre de todos los suyos. Entre otras cosas, dice a Su Santidad, que, con la misma carta de profesión de fe, le envían los libros de sus ritos y costumbres jacobitas, « para que Su Santidad confirme los que apruebe, y eche a un lado los que tenga como malos ».

(1) Copiamos literalmente la traducción que inserta en nuestra lengua el P. *Redento de la Cruz* en su RELACIÓN citada.

(2) Ya se sabe que alude a los carmelitas; que así los llamaban, por ser embajadores del Papa.

Firmaron este precioso documento y lo sellaron con sus respectivos sellos el Kasis Hermes, Comisario general de los jacobitas; Coxa Joseph Carabax, el Melik o jefe de la nación siriana y un caballero principal del mismo rito, llamado Mgiuel Angel Coray. Este puso su firma después de estampar las palabras siguientes (1):

« Yo, Michael Angel Coray (llamado en lengua arábica Phatallah), de la patria de Alepo, ciudad principal de la Suria, hallándome agora en la Persia inviado del Serenisimo Gran Duque de Toscana a la Majestad de Xa Abbas, fui y acompañé al P. Redento de la Cruz a los sirianos para procurar la reducción a la santa apostólica y católica fe; que, por ser yo primero de ellos mismos, sabía y sé todo su orden, ritos y costumbres. Estuve con dicho Padre algunas veces sobre esto, hasta que nuestro Señor Jesucristo, inspirándoles en sus corazones por su misericordia y sacándoles de sus errores y toda la afición y devoción que llevaban a Dióscoro, se ha cambiado agora en mil maldiciones..... Y por ser así la verdad, doy fe y afirmo todo lo sobredicho, que se contiene en esta carta auténtica; y que por milagro grande se van al presente confesando y comulgando de dicho Padre, habiendo bautizado a algunos niños... Volviendo a confirmarlo todo con mi propia mano y con mi sello a 14 de mayo de 1611 ».

Pocos días después de esto, o sea el 20 de mayo del mismo año, expiró en la paz del Señor el buen Kasis Hermes. Al día siguiente se le hicieron unos funerales solemnísimos, a los que asistieron todos los cristianos francos y todos los jacobitas de Ispahán y sus contornos. Ese mismo día habian llegado otros dos Misioneros carmelitas, que pudieron asistir también a las honras fúnebres y darlas mayor solemnidad en el altar. Eran el P. Vicente de San Francisco, a quien ya conocemos, y el P. Leandro de la Anunciación, el Misionero-poeta, de quien hicimos memoria en el capítulo precedente. Ya veremos luego los propósitos que traían y las obras que realizaron. Por ahora, se unieron a sus hermanos para seguir la obra de las conversiones de aquella ciudad.

Con los ejemplos pasados, se movieron a abrazar la fe católica romana otros cincuenta caldeos con su sacerdote al frente, a quien bautizaron solemnemente, después de hecha la abjuración de sus errores, « el día de Nuestra Señora de agosto » de aquel año. A este sacerdote caldeo « le dieron los Padres una celda en su convento, y estuvo con ellos catorce meses, celebrando los oficios en su iglesia,

(1) En la RELACIÓN del P. Redento.

según el rito caldeo para los de su nación. Usaba un misal que enviaron de Roma. »

Por este mismo tiempo, dice el P. Redento, entabló amistad con los carmelitas otro sacerdote armenio, llamado Bagdazar, « el cual tenía muchas casas bajo su gobierno. También éste, de armenio cismático que era, se volvió a la obediencia de la Iglesia de Roma, y quiso hacerlo públicamente delante del Melik o Jefe de los armenios de Nueva Chulfa y de numerosa concurrencia de gente de su rito. Este tuvo que sufrir por ello no pocas afrentas e incontables desprecios de los armenios cismáticos; pero él lo sufrió todo con cristiana fortaleza, e hizo siempre santa ostentación de su adhesión y obediencia al Pontífice Romano. »

En el mismo palacio del Rey convirtieron los Padres a un griego cismático, muy famoso en Ispahán, por ser excelente pintor, diestro maestro de esgrima y buen jinete. Por todas estas relevantes prendas, el Rey le hacía muchas mercedes, y le había nombrado maestro de estas artes en su reino. Después de convertido, fué tan excelente católico y tan amante de los Misioneros, que no acertaba a salir de su convento. Pocos años después murió muy cristianamente, asistido por los Padres.

Larga sería la lista, si fuésemos a copiar aquí la conversión de todas las personas notables que atraieron a la grey de Cristo, a su verdadera Iglesia, los hijos de Santa Teresa en Ispahán. Como en síntesis de todo esto, dejó escrito el P. Redento en su RELACIÓN lo siguiente (1): « Han dado vida a muchas almas condenadas ya para eterna muerte del infierno, por haber apostatado de la verdadera fe de Cristo y tomado la falsa y engañosa de Mahoma. De éstos, entre francos y armenios, a más de los sacerdotes que dijimos, serán más de veinte los que reconciliaron en estos años los Padres; sin otros, que el P. Juan Tadeo de San Eliseo y el P. Vicente de San Francisco redujeron. »

A los renegados que reconciliaban, « los enviaban luego — dice — fuera de la Persia, ayudándoles en lo que podían, con su pobreza, para los gastos del camino, porque no quedasen en el fuego de la ocasión. Y por acudir a estas tan precisas obligaciones, se quedaron algunas veces los Padres bien faltos de la provisión para su convento. »

De estos casos de renegados puestos a salvo por los Misioneros, se cuentan muchos en las relaciones de esta Misión. Aquí trae el P. Redento uno muy extraordinario, que vamos a referir por tratarse de quien se trata, de Miguel Angel Coray, el enviado del Gran Duque de Toscana,

que, como vimos antes, fué testigo de la conversión del Kasis Hermes y del pueblo jacobita.

Miguel Angel Coray, por su gran talento, se abrió camino muy pronto en la corte de Persia, y el Shah le colmó por ello de honores y riquezas. Lo que más llamó la atención, fué que, cuando el Shah mandó matar a Danguis Bek, al volver éste de España en donde hizo muy mal su oficio de embajador, ordenó también, enojado, que entregasen a Miguel Angel Coray todos los bienes, muebles e inmuebles, o sea « haciendas, tierras, esclavos, hijos y hasta la misma mujer del embajador ajusticiado ». Con esto Miguel Angel Coray venia a ser uno de los más ricos señores de Persia.

Los que le conocian, estaban asombrados de esta merced del Rey al representante del Gran Duque de Toscana; pero éste, que conocia bien al Shah, temió por su vida, porque el Shah, a cambio de todo esto, quiso que Coray renegase de su fe y se hicese musulmán. Intentólo el Rey déspota de muchas maneras, y Miguel Angel le fué dando largas esperanzas, mientras estudiaba el modo de huir ileso de aquel gravísimo peligro.

Estando en tan angustiosa situación, se fué a consultar el caso con el P. Redento de la Cruz, y éste, después de pedirle tiempo para pensarlo y encomendarlo al Señor, le dijo que, a todo trance, debía dejar el país en la primera ocasión; porque, de cierto, peligraba su vida del cuerpo, y, si quería salvar ésta, corría mayor peligro la de su alma. La ocasión no se tardó en presentar. Quiso el Rey que Miguel Angel Coray visitase e inspeccionase todas las minas que había en su reino, para ver cómo se explotaban, ya que el representante del Gran Duque de Toscana era muy entendido en la materia. Aceptó el cargo de buen grado, y preparó el modo de escapar de Persia. El día que salió de Ispahán, se confesó y comulgó con mucho fervor en la iglesia de los carmelitas, « y les hizo una buena limosna ».

Llegado el día de su partida para cumplir su misión, salió de la ciudad acompañado de buen número de esclavos y servidores, como si fuera a cumplir el encargo que le confiaba el Rey. Su Majestad había ordenado a su tesorero real que proveyese abundantemente de dineros a Coray, para él y para sus acompañantes. También tenía dadas órdenes a los Gobernadores, para que le diesen y facilitasen cuanto hubiese menester.

Cuando estuvo fuera de Ispahán, emprendió la ruta de Ormuz, diciendo, a los que le acompañaban, que deseaba empezar su inspección por las minas que había en aquellas partes, como era verdad que las había; pero, como los llevase por caminos que no iban en derechura hacia aquellas minas, vinieron a sospechar los siervos musulmanes que

aquel cristiano se quería escapar a tierras portuguesas, que era como decir allí « a tierra de cristianos ». Con esto empezaron a conspirar contra él para matarle, pero él, que lo conoció en seguida, se supo librar de ellos con una estratagemma especial; y, tomando consigo algunos pocos servidores cristianos, después de muchas peripecias y de salvarse milagrosamente de los tiros de arcabuz que contra él y contra los suyos dispararon los guardias de la frontera persa, pudo llegar felizmente a la fortaleza de Comorán. Allí se embarcó para Ormuz, en donde fué muy bien recibido por los jefes de aquella plaza. Sin embargo, « allí tuvo que sufrir muchos trabajos; y después fué enviado a Goa, en donde no le faltaron tampoco. »

En Persia se habló mucho de este suceso por aquellos días, y fué calificado de diversas maneras. Los émulos de Coray le trataron de ladrón, que se escapó de Persia llevándose consigo un tesoro. Sus amigos, y sobre todo los que estaban en el secreto, decían que más bien había despreciado los tesoros y mercedes del Rey por poner a salvo el tesoro de su fe y de su religión. El Rey lo sintió mucho, sabiendo que había perdido a uno de los que más experiencia tenían en cosas de gobierno, de quien se solía aconsejar a menudo, sobre todo en las cuestiones más arduas; y se echaba la culpa a sí mismo, porque le había querido obligar a que abrazase la ley de Mahoma. Los carmelitas de Ispahán escribieron en sus anales este hecho, por la parte que les cabía en haber sostenido en sus luchas a aquel valiente cristiano, y por haberle ayudado a ponerse a salvo contra las veleidades del Shah, haciéndole huir a país cristiano.

De estos casos memorables hay muchos inéditos en la historia de estas Misiones.



CAPITULO XI

MALHADADA HISTORIA DE UNAS CARGAS DE SEDA

Trapacería engañosa de un persa en Madrid. — Historia verídica dada por nuestros Misioneros. — Fin desastroso: funesta persecución del Shah contra los pobres armenios.

Por el mes de mayo de 1611 se celebró en Roma capitulo general de la Orden. En él salió electo por Prepósito de la Congregación de Italia nuestro venerable P. Fr. Juan de Jesús María, quien, siendo tan acérrimo defensor de las Misiones como hemos visto al principio de otro libro (1), ahora, al ser elevado a la suprema sede de la Congregación, procuró dar el mayor impulso que pudo a la que estaba fundada y alentó a los Misioneros a fundar otras nuevas. Para ello les envió en seguida otros dos buenos Misioneros, que fueron el P. Bartolomé de San Francisco, napolitano, y el P. Luis Francisco de la Madre de Dios, natural de Eciija, fundador muy pronto de la Misión carmelitana de Tatta, en el Gran Mogol.

Los Padres Vicente de San Francisco y Leandro de la Anunciación, que habían llegado a Ispahán para los funerales del Kasis Hermes, estuvieron un año en la capital de Persia, y pasaron luego a fundar la residencia de Ormuz. Como se ve, la vida misional de la Reforma Teresiana iba extendiendo su savia por Oriente. El venerable P. Juan, con sus cartas henchidas de espíritu teresiano y espíritu misionero, animaba a los nuestros a emprender grandes obras por la gloria de Dios y salvación de las almas (2).

Circunscribiéndonos ahora a la Misión de Ispahán, veamos la persecución que movió el Shah contra los armenios de Nueva Chulfa por causa de unos cargamentos de seda llevados a la corte de España, cosa muy curiosa e importante, por estar estrechamente relacionada con la em-

(1) Tomo II, cap. I, de esta BIBLIOTECA.

(2) Véase la carta que este Padre General escribió a los Padres Redento, Leandro y Benigno, en la VIDA del Ven. P. Juan de Jesús María, que publicamos nosotros, en Burgos, tip. de « El Monte Carmelo », 1919, páginas 180-94.

bajada que el Rey Católico don Felipe III envió luego al Rey de Persia en la persona de don García de Silva y Figueroa, el cual, en sus célebres COMENTARIOS, juzga de estos sucesos de muy diversa manera de lo que dijeron y escribieron sobre esto los Misioneros carmelitas, que fueron testigos de vista y vivieron en Persia más años que don García, conociendo la lengua del país, que él no conocía, y teniendo más motivos para juzgar mejor de los hechos que el embajador extremeño.

He aquí, pues, cómo cuentan este suceso nuestros Misioneros de Persia.

Entre los armenios deportados a Ispahán, y que formaban la ciudad de Nueva Chulfa, los había cismáticos y « francos ». Estos últimos estaban en comunión con el Romano Pontífice. El origen y razón de llamarlos así, nos lo refiere cumplidamente el P. Redento de la Cruz, diciendo (1): « El principio de llamarse así estos armenios fué desde el tiempo que Su Santidad hizo Obispo de Armenia al Beato Bartolomé, italiano, el cual traxo por compañero un Padre aragonés, los dos de la Orden de Santo Domingo. Ha esto 370 años. Este Santo reduxo estos pueblos al rito latino, y por esto se llaman « francos », por tener en todo nuestro modo.

» Introdujo también su religión de manera, que en cada pueblo hay su convento; que se dice haber habido gran copia de religiosos, tanto, que en un convento se dice que eran 400; pero en cada uno de los otros eran 30 o 40. Agora ha habido tal disminución, que en todos no son más de hasta 24. Van con hábito de secular, sólo con el escapulario blanco. Tienen los ritos nuestros. Hacen sus votos. Dicen la misa como los dominicanos, y son sus ayunos como los nuestros. Y aunque, por la ausencia de su Arzobispo, vinieron a comer algunos carne el sábado, y a no comerla el miércoles, como es costumbre comerla entre los armenios, cuando vino este Arzobispo que agora está, lo volvió a introducir; de manera que tienen las mismas festividades y ayunos que nosotros tenemos, y las observan de la misma manera.

» En las iglesias tienen agua bendita, pues los demás armenios no la usan. Es gente devota; y así se huelgan, cuando nos ven a nosotros, como si fuesen nacidos en la misma Roma. El Señor ha dotado a esta gente de tal bondad, que

(1) En su INFORMACIÓN de los armenios francos, relación escrita en lengua castellana, firmada por el P. Redento y por el P. Bartolomé de San Francisco. — También el P. Redento dedica un capítulo (el XXII, fol. 14) a los armenios « francos » en su RELACIÓN de las cosas de Persia, antes citada. Ambas RELACIONES están en nuestro Archivo de Roma.

no hay que hacer con los armenios (1). Es grandísima la compasión de ver las necesidades de estos pobres.....»

En efecto: por esta compasión particular de nuestros Misioneros hacia estos armenios « francos », procuraban, en cuantas ocasiones podían, ayudarles y favorecerles delante del Rey y de los que los vejaban. Por eso el Shah quiso levantarles aquella iglesia que dijo en Nueva Chulfa, por las que les había destruído en Armenia; y pidió al Papa un Califa u Obispo para ellos, con el fin de que « ordenase sus oraciones y ejercicios religiosos », según decía en la carta que dió al P. Juan Tadeo para el Papa, y que el P. Juan hizo llegar a manos de Su Santidad. Pero aquel documento del Shah no determinaba persona alguna para este elevado cargo; el Shah dejaba eso a voluntad de Su Santidad. Este detalle es muy importante, y es menester que se tenga presente para explicarnos mejor lo que vino a ocurrir después.

Además de esto, el Shah *prestó* cierta suma de dinero a los armenios para que pudiesen industriarse y ganarse la vida, sin exigirles la devolución a plazo fijo, sino que habrían de pagársela cuando él viera aumentados y en estado floreciente sus intereses. De este préstamo real hablan varias cartas de nuestros Misioneros escribiendo a Roma, y en especial el P. Juan Tadeo en la que citamos arriba « sobre las costumbres del Rey de Persia ». Hasta el venerable Padre Juan de Jesús María, en la carta que escribió al P. Redento y compañeros, de que acabamos de hacer mención, se refería también a este préstamo, diciendo: « Me duele aquella deuda de los pobres armenios, tan vejados por el Rey; y si el Señor no nos da dineros para socorrerles, procuraré que se escriba a ese Rey, *ne gravet christianos debitores*. »

El P. Juan Tadeo sospechaba de tiempo atrás lo que por fuerza había de suceder, conociendo tan íntimamente la particular indole de aquel Rey. El dicho préstamo era cadena de esclavitud que constantemente remachaba el Shah, y era arma poderosa en manos de este tirano para hacer de aquellos desgraciados lo que le venía en voluntad. La persecución llegó, pues, por sus pasos contados, y se fué repitiendo muchas veces.

No deja de ser interesante esta historia por lo que en ella se enseña, y es necesario contarla con todos sus antecedentes, según consta en las relaciones y cartas de nuestros Misioneros, inéditas en nuestros archivos. Con estas cartas se prueba que los nuestros no hicieron en esto obra

(1) Quiere decir que tal bondad no se encuentra en los armenios císmáticos.

política, sino obra de altísima caridad, aunque don García de Silva diga otra cosa en sus COMENTARIOS y haya hallado eco en algún sabio de merecido prestigio (1).

Ya dijimos cómo, en 1608, envió el Shah de Persia por su embajador al Rey Católico a don Roberto Sirley, o *Shirley* como lo escriben los ingleses. Don Roberto fué « verdadero y auténtico embajador ». Por tal le tienen nuestros Misioneros de Persia, que estuvieron presentes a su nombramiento y vieron y leyeron sus credenciales. Su embajada principal, como sabemos, consistía en tratar de una alianza entre el Shah y los Príncipes cristianos, en especial había de entrar en ella el Rey Católico, por su gran poderío entonces (2).

Pues, he aquí que el Shah, tan gran mercader como guerrero y político, envió en 1609 otra embajada puramente comercial al Rey de España. Mejor que embajada, se pudiera llamar una « expedición mercantil », con ciento veinte cargas de seda, para ver si la venta de esta mercancía le producía una buena ganancia, ya reembolsándose el precio de la seda en dinero, ya en especie.

Al frente de este cargamento venía Danguis Bek, cuyo fin desastroso hemos apuntado al hablar de Miguel Angel Coray. Danguis Bek se arrogó el pomposo título de embajador, siendo más bien un tratante. Y no sólo eso, sino que se incautó y vendió mucha seda, con gran rendimiento para su bolsillo, antes de llegar con su cargamento a Madrid.

Quiso el Shah que le acompañara en esta expedición el P. Antonio de Govea, o Gobeia como escriben nuestro Misioneros (3), que era un religioso agustino portugués de relevantes prendas, residente entonces en Ispahán, aunque perteneciente al convento de Goa, en donde algún tiempo fué Prior. El P. Antonio se resistió mucho al principio; pero cedió, al fin, por no indisponerse abiertamente con el Shah y perjudicar con ello a los agustinos portugueses de Ispahán, representantes allí del Rey Católico, según hemos dicho otras veces.

Llegó la expedición a Madrid con sus cargas de seda menguadas en más de la mitad, y con un tercio del cargamento en mal estado, por haber vendido lo mejor de la mercancía el muy ducho mercader Danguis Bek. Pero Danguis

(1) Si bien de una manera sabia y prudente, se hace eco de don García en esto el ilustre don Miguel Asín, en su INFORME sobre los Comentarios de don García de Silva y Figueroa, publicado en el Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XCII, Cuaderno II, abril-junio de 1928, páginas 498-500.

(2) En el tomo II de esta BIBLIOTECA, capítulo XVI, dimos cuenta de todo esto.

(3) Esto de la ortografía de los nombres es tan variado como las plumas de los diversos escritores de las diversas naciones, como dijimos en la advertencia preliminar.

Bek, al llegar a Madrid, dijo que era embajador de Persia, y en calidad de tal tenía el honor de ofrecer al Rey de España aquellas cargas de seda, como presente y regalo que le enviaba su legítimo señor y Soberano, Abbas el Grande.

Como supiese el persiano que había en Madrid un inglés llamado Sirley, que llegó también allí con nombre de embajador del Shah, Danguis Bek dijo que era un embajador fingido « que había engañado a nuestro monarca » (1). Creyeron en Madrid a Danguis Bek, y le recibieron y trataron como a verdadero embajador, y más por el regalo de la seda: regalo que hizo, el muy taimado, con la esperanza de que el poderoso y rico Rey de España enviase al Shah, en justa correspondencia, otro regalo mayor, tan rico y tan extraordinario que valiese por las « ciento veinte cargas de seda », que le dió el Shah para que las vendiese en la corte de España.

Esta es la verdad de esta historia de las cargas de seda y de los embajadores persianos.

Don Roberto tuvo que salir de España con la ignominia que en otro lugar dijimos (2); porque aquí creyeron más a un trapacero oriental que a un tieso y sesudo inglés. Y no paró en esto el engaño.

Otra de las cosas, que pidió Danguis Bek en nombre del Shah, fué que su Majestad Católica negociase con el Papa el nombramiento del P. Antonio de Govea para Obispo de los armenios de Nueva Chulfa; que así lo deseaban y pedían todos, y que así había ya pedido el Shah al Romano Pontífice. Lo cual era también engaño manifiesto; puesto que el Shah, como vimos antes, sólo pidió el nombramiento de un Obispo, pero no que fuese el P. Antonio de Govea.

Creyó también esto el Rey de España y pidió al Pontífice el dicho nombramiento en la persona del P. Govea, y éste fué creado Obispo titular de Cirene, con el cargo de Visitador Apostólico de los armenios de Ispahán.

Lo que pretendió Danguis Bek con esto, fué ganarse al P. Govea, para que éste no dijese nada de las cargas vendidas ni de las regaladas, esperando que el Rey Católico había de enviar cosa de más precio que todas sus cargas juntas.

Pero pronto la verdad se abrió camino. Todos los embajadores del Shah fueron llegando poco a poco a Persia, a dar cuenta de sus gestiones. El primero en llegar, en 1613, fué Danguis Bek, que de Ormuz quiso adelantarse al P. Govea para tratar de engañar al Rey, temiendo que el

(1) Así refiere también esta historia el prologuista de los COMENTARIOS de don Garcia, edición de Bibliófilos Españoles, Madrid 1903, tomo I, págs. IX-XII, principalmente. Ahora se descubrirá la verdad verdadera.

(2) Véase la pag. 29 de este libro.

buen religioso acabase por decir sinceramente la verdad de cuanto había visto; por lo cual quería Danguis Bek preparar el ánimo del Rey de modo, que no permitiese al Padre hablar de la embajada. Mas el Rey estaba enterado por cartas fidedignas, tanto de la merma de seda como de los ultrajes y calumnias levantadas en Madrid contra don Roberto Sirley, así como también « de que vendió a otro la embajada que le había dado para el Papa, junto con varias cartas »: noticia preciosa, que nos da el verídico P. Fr. Juan Tadeo (1). Por donde se ve lo mercader que era Danguis Bek, que lo mismo vendía cargas de seda que las cartas y embajada que el Rey le dió para el Papa.

Pues, como el Rey sabía todo esto por buen conducto, pasó lo que cuenta el P. Redento, con cruda franqueza aragonesa, diciendo (2): « Luego que llegó a sus pies para besárselos, le dió un puntapié, y mandó que le hiciesen lo que tenía ordenado, que fué darle una atrozísima muerte, quitándole la lengua y los labios y las orejas y las narizes; y después de dos días (3), le hizo abrir la barriga, sin haberle querido oír antes una palabra sola (4). Este fué el suceso de este mísero embaxador, que parece que era presagio y indicio de algunas otras desgracias que habían de suceder de esta embaxada. »

Como lo fué, en efecto.

Al poco tiempo llegó el P. Antonio de Govea, el cual venía ya con carácter episcopal y con título de Visitador Apostólico de los armenios de Nueva Chulfa. Por voluntad del Rey de España, venía, además, como embajador extraordinario, para dar las gracias al Shah por sus atenciones y ofrecerle un presente que consistía en drogas y especias, que el P. Govea se había procurado en la India por orden de Felipe III.

Antes de llegar a Ispahán, escribió el dicho Padre el carácter y misión que traía a Persia. Su carta fué objeto de muchos comentarios. El P. Redento de la Cruz, recoge esta impresión en su RELACIÓN citada: « El Obispo de Cyrene, desde Ormuz, escribió cómo venía electo Obispo de Cyrene y Visitador de la Yglesia Armena. Causó un miedo y terror grande en todos los armenos, que iban como espantados, recelándose algún grave daño, mostrando mucho disgusto,

(1) En otra de sus relaciones que titula: NOVE DI EUROPA Y NOVE DI PERSIA, o sea NOTICIAS DE EUROPA Y NOTICIAS DE PERSIA. Ms. de nuestro Archivo de Roma.

(2) En su RELACIÓN *de las cosas de Persia desde 1609 a 1616*, capítulo XVI, fol. 10.

(3) « En aquellos dos días le tuvo expuesto al público », dice el P. Juan Tadeo, confirmando lo que dice el P. Redento.

(4) Ya dijimos que el Shah dió luego a Miguel Angel Coray los bienes, esclavos, mujer e hijos, todo lo que había pertenecido a Danguis Bek.

y con el Rey muy contraria voluntad, porque no entrase en algunas sospechas, como la otra vez, y pensase que era trato o negocio suyo. El Rey también, con el nuevo título, principiaba por una parte a enfadarse y por otra a burlarse, porque nada de todo aquello aceptaba, pues tan mal despachado traía el negocio de la seda y de lo demás.»

Luego describe así la entrada del Obispo en la capital: « Al fin, llegado que fué a Aspahán, hiciéronle honrado recibimiento, disimulando el Rey, como es tan prudente, mostrándole muy alegre rostro y haciéndole mucho favor.

» Después [el Obispo] presentóle lo que traía de parte de Su Majestad [Católica]. Preguntó el Rey que cuál era el precio de la seda y cuál el « zaguato » (1) del Rey de España. Respondió el Obispo que el zaguato eran aquellas piezas de oro y cosas muy curiosas con piedras de mucho valor; y que el precio de la seda era toda aquella especiería que trajo de India, que fué gran cantidad de pimienta y canela, etc.

» Hizo después el Rey juzgar cuánto valdría toda aquella especiería, y juzgaron muy poco; pero, aunque fuera muy a la larga, no podía valer aquello en la Persia 15 mil ducados. Y cuando las piezas de oro y esta especiería se hubiera juntado todo por precio de la seda, dicen que no llegaría a la mitad de lo que valía la seda; porque lo menos cada carga de seda puesta de la Persia en Alepo, vale mil ducados; pues en España alguna cosa más había de valer. Y ninguno culpó a Su Majestad Católica de que enviase tan pequeña satisfacción para tanta seda, porque para la que llegó a su noticia (2), le enviaba doblada de lo que debía y aun más. Pero la culpa no la tuvo si no quien engañó a Su Majestad Católica, diciéndole que era presente y que tomó la otra, que faltó, para lo que le pareció. »

« Pues, como se vió tan defraudado el Rey, prosigue el P. Redento, envió a decir al Obispo que le había de pagar toda la seda, con la ganancia (esto es los intereses) de todos los años; porque aquella seda era de una mezquita suya, que, para aprovecharla en algo, quiso darle aquel arbitrio. El Señor Obispo defendía que la seda no fué si no por zaguato: lo cual, cuando lo oyó el Rey, lo tomó muy a mal, y le obligó a escribir a Su Majestad sobre esto con un Padre de la Orden propia de San Agustín. Lo cual, cuando supo el Rey de España, se enojó mucho contra dicho Señor Obispo, porque no le refirió que era la seda para vender; y envió órdenes de mucho disfavor contra él: lo cual todo le cogió fuera ya de la Persia. »

(1) Zaguato era lo mismo que presente u ofrenda.

(2) Quiere decir « la que llegó a su poder o a sus manos ».

Hasta aquí el P. Redento de la Cruz, el antiguo canónigo aragonés, testigo presencial de estos sucesos. Todo esto lo confirma el P. Juan Tadeo, y en sus NOTICIAS DE EUROPA añade que « el Rey de España dió toda aquella seda de Persia a Nuestra Reina, la cual mandó darla en favor de una iglesia ».

Esta fué, en puridad, la asendereada historia de las cargas de seda del Rey de Persia, tan traídas y llevadas por los que han escrito sobre las embajadas de Abbas el Grande al Rey de España.

Esta fué también la causa de la nueva persecución contra los armenios de Nueva Chulfa, porque el Rey, al verse burlado, como decía, sin su seda y sin el dinero que valia, exigió a los armenios « hasta el último maravedí » de cuanto les había *prestado*; y volvió a exigirles que le pagasen inmediatamente su deuda, bajo las más severas penas. « Cinco años hacía que les había dado esta suma, y nunca les fué pedida, ni se trató de ella, hasta que sucedió el caso del Señor Obispo de Cirene », dice el P. Redento (1). Ahora se la exigió de improviso, cuando ninguno tenía con qué pagarle, pues todos eran harto pobres. El Rey los amenazó con hacerlos degollar a todos, y que sólo perdonaría a los que se hiciesen musulmanes. « Así que, con estas amenazas, dexaron su verdadera fe hasta 300 casas, y se hicieron moros, quedando así libres y con vida y absueltos de la deuda. Y no sólo eso, « ¡pero les hizo algunos donativos! » exclama el P. Redento, lastimado (2). ¡Y poco que tuvieron que trabajar en esta ocasión nuestros Misioneros, para sostener a otros muchos, con el fin de que no renegaran! Y ésto tuvieron que hacerlo con mucha cautela los nuestros, porque el Rey publicó un edicto en aquellos mismos días, prohibiendo a los armenios visitar los conventos e iglesias de los religiosos europeos.

En verdad que estas medidas son incompresibles, si se consideran las causas que las produjeron. Fué un embajador persa el que defraudó al Rey, vendiendo la seda y robándole el importe de ella, y hasta vendiendo la embajada y cartas que Su Majestad le dió para el Papa, y ahora son los cristianos los que tienen que pagar tales desaguizados.

¡Como si no hubieran bastado para satisfacer al Shah las crueldades, mutilaciones, muerte ignominiosa del reo y la confiscación de bienes y demás penas que aplicó a la mujer e hijos del ajusticiado!

Pero ¡así las gastaba el Shah de Persia!

(1) En su RELACIÓN citada, cap. XVIII, fol. 11.

(2) Ibidem.

CAPITULO XII

ENTRE ARMENIOS Y PERSAS

Conato del P. Redento por la unión de los armenios clsmáticos. — El P. Benigno a Roma y a España. — Inquietud en Persia. — Los Misioneros deciden retirarse. — Unos a Europa, otros a Ormuz. — Feliz encuentro de los nuestros en Ispahán.

Muchas veces había pedido al Pontífice Paulo V el Patriarca de los armenios, residente en Eriván, que le enviase algún Legado pontificio para ver si se podía entender con Roma, en vista de las persecuciones que sufrían los de su rito por parte de los que dominaban en la Armenia. El Papa le respondía que se lo había de enviar en la primera ocasión que se le ofreciese. Ahora se ofreció esta ocasión.

En Roma se supo el mal recibimiento del Obispo de Cirene y su salida precipitada de Ispahán; y, viendo allí que el Shah les pedía Obispo para los armenios francos de Nueva Chulfa, ordenó Su Santidad que fuese a Eriván, como Legado suyo, el superior de la Misión carmelitana de Persia, para tratar todo esto con el Patriarca Melquisedec (3).

Estaba de superior a la sazón el aragonés P. Redento, por hallarse todavía, sufriendo prisión, el P. Juan Tadeo en Astrakán. Recibida la orden del Papa, que le fué comunicada por medio del General de la Orden, y en compañía del P. Bartolomé, el napolitano, salió para Eriván por el mes de mayo de 1613.

Llegado que hubo el P. Redento a Eriván, « la ciudad de las tres iglesias de la piedras santas », se avistó con el Patriarca de los armenios. Era éste de aspecto grave y austero continente. Frisaba entonces con los 55 años de edad, pero su salud estaba muy quebrantada por los sufrimientos pasados. Gozaba entre los suyos de alta estima y de fama de varón recto, muy cuidadoso de sus súbditos, muy misericordioso para con los desgraciados, sobre todo si eran pobres, a los cuales socorría con largueza, quitándose el pan de la boca por dárselo a ellos. Parece que éstas no son meras frases

retóricas en labios del carmelita aragonés, sino verdad muy palpada por él en aquellos días.

A pesar de esas óptimas cualidades del venerable Patriarca, no le faltaban émulos que trataran de desacreditarle.

Recibió a nuestros Misioneros con grande alegría, y más cuando vió, por las cartas del Papa que aquéllos le presentaron, que iban allí como Legados pontificios, según él mismo lo había pedido muchas veces.

Para no dar qué decir a sus émulos, propuso el Patriarca a los Padres que diesen cuenta de su legación al pueblo todo, que él haría convocar y reunir en la iglesia mayor; pero que no hiciesen entender lo que el breve decía, de que había sido él quien había pedido tales Legados al Papa. Esto convenía mucho, si se había de aprovechar algo. Y para mayor disimulo, añadió el avisado Melquisedec, que, una vez que ellos hablasen en nombre del Papa explicando su misión, él les saldría al paso poniéndoles objeciones y dificultades, a las cuales ellos habían de contestar de una manera clara, concisa y terminante.

Con esta extratagema, muy propia de aquellas gentes, llegado el día señalado, fueron llevados procesionalmente los Padres a la iglesia principal. Saliéronles al encuentro dos Obispos con todos los sacerdotes que allí había, vestidos todos con ricos y vistosos ornamentos multicolores y al son de instrumentos músicos. Los dos más digno del clero acompañaron a los Padres al lugar preferente para ellos preparado. Una vez allí, oraron durante unos minutos. Luego se dirigieron al trono del Patriarca, y allí el P. Redento anunció en alta voz al pueblo la misión que el Pontífice Romano les había confiado, el amor grande que el Papa tenía a los armenios, el interés que por ellos se tomaba, la compasión que le causaban sus continuas desgracias y sus incessantes martirios, juntamente con el deseo ardiente que tenía de verlos unidos en torno a la Cátedra de San Pedro.

Después de esto, alargó el P. Redento al Patriarca Melquisedec, con mucha reverencia, la Carta que el Pontífice enviaba, en donde estaban escritos los principales artículos de la fe católica. Tomó el Patriarca la Carta de Su Santidad con sumo respeto; pero dijo que necesitaba leerla despacio y discutir los puntos que estimase en unión con sus dos Obispos. Y, llamando a éstos aparte, los tres se retiraron con mucha solemnidad, mientras el público esperaba con ansiedad el fin de aquella conferencia.

Un buen espacio de tiempo estuvieron discutiendo los tres Prelados, haciéndoles caer el Patriarca a los Obispos con singular astucia en las dos objeciones que ellos tenían por insuperables, y de las cuales había ya prevenido el Patriarca a los Misioneros, para que estuviesen preparados;

porque, después de todo, esas eran las dificultades que estaban continuamente remachando, y, a fuerza de remacharlas, estaban muy gastadas.

Vueltos a la iglesia los Prelados, alzó la voz solemne el Patriarca Melquisedec, diciendo que toda aquella doctrina era llana y admisible, excepto en dos puntos. *Primero*: que no podían anatematizar a Dióscoro, a quien sus antepasados, y ellos mismos, tenían por Santo, a menos que se probase de una manera concluyente que lo que Dióscoro enseñó, no era doctrina católica ni santa. *Segundo*: que, aun dado caso que se probase tal cosa contra Dióscoro, no podían sujetarse a la Iglesia Romana, dejando sus ritos, usos y costumbres para seguir el rito de los latinos, como habían pretendido los Romanos Pontífices.

No hay para qué extendernos aquí en reproducir las razones históricas y teológicas, que adujo brillantemente y con mucha lógica el carmelita aragonés contra Dióscoro, cuyos errores fueron condenados en el concilio ecuménico calcedonense, celebrado en el año 451. Sólo diremos que les hizo saber muy terminantemente que ni el Pontífice Paulo V ni ninguno de sus sucesores les quitaría su rito ni sus costumbres, cuando no fueran contra ningún punto de la doctrina católica, como no se lo había quitado nunca la Santa Sede a las Iglesias unidas a Roma que tenían diversos ritos; que ciertamente aprobaría Roma su rito, como se lo había aprobado a su glorioso apóstol San Gregorio, de lo cual podían dar testimonio « aquellas piedras santas que se veían en lugar preferente de la iglesia, y ante las cuales él estaba hablando ».

Dijo esto el P. Redento con tal unción y fervor, que todo el auditorio se conmovió profundamente, y el Patriarca Melquisedec, puesto en pie, dijo con solemnidad: « Si es así, yo juro obediencia y sumisión a la Cátedra de San Pedro, siguiendo el ejemplo de nuestro glorioso apóstol San Gregorio ». A estas palabras hicieron coro los Obispos, los sacerdotes y el pueblo. Y salieron de la Iglesia con las mayores manifestaciones de alegría y regocijo (1).

A pesar de este acto solemne, repetido muchas veces en la historia eclesiástica y celebrado con tanta solemnidad en los mismos concilios ecuménicos, no tuvo efecto entonces, ni lo ha tenido después, la tan deseada unión de los cismáticos orientales, llámense armenios, griegos o jacobitas. Hay,

(1) También dice el P. Redento que trató con el Patriarca el enviar uno de sus Obispos a Nueva Chulfa, y que « todo quedó concertado »; pero no se llegó a realizar, porque los « chulfalinos, más mercaderes que cristianos », se habían puesto mal con el Patriarca, porque no les enviaba « las piedras santas », que ellos querían para encaminar a Ispahán las peregrinaciones de armenios.

es cierto, muchos de estos ritos que están en comunión con la Santa Sede; pero no todos, ni mucho menos, han venido a formar un solo rebaño con nosotros bajo el mismo Pastor de la Ciudad Vaticana.

Desde Eriván se dirigieron los nuestros a Tabriz. Allí hicieron mucho fruto con su predicación entre los « armenios francos ». Allí escribió el P. Redento una copiosa RELACIÓN, para informar a Su Santidad de lo que acababan de obrar en Armenia. En aquella ciudad la firmaron ambos Padres.

Habiendo vuelto a Ispahán, dieron esa relación para el Papa al P. Benigno de San Miguel, que se disponía a volver a Roma con el fin de asistir al futuro capítulo general, el cual debía celebrarse allí por el mes de mayo de 1614.

« El P. Benigno se partió de Ispahán el día de Santo Domingo (4 de agosto) de 1613, dice el P. Redento (1). Fué para negocios de nuestra Misión de Persia y Ormuz. Sabiéndolo el Rey de Persia, le dió una carta para el Rey de Polonia y otra para el Emperador Matías. Dióle también una piedra *bazax*, muy hermosa, para el Papa. »

No tenemos relación alguna del P. Benigno sobre este viaje. Sólo sabemos que siguió la vía de Alepo, y que a los primeros días de noviembre del mismo año desembarcó en Marsella. Desde allí escribió al General de la Orden con fecha 12 del dicho mes, anunciándole su llegada y diciéndole que ese mismo día seguía su viaje para Roma. Tan pronto como llegó a la Ciudad Eterna, obtuvo audiencia de Su Santidad, a quien informó de viva voz sobre la situación de los armenios y sobre el estado de nuestras Misiones. Después escribió al Emperador de Sacro Romano Imperio y al Rey de Polonia, enviándoles las cartas del Shah, que no había podido entregar personalmente, por haber seguido diferente camino del que pensaba. Ambos Principes contestaron al P. Benigno, y sus cartas se guardan en nuestro Archivo generalicio. Se trataba en ellas, como siempre, de la alianza con el Shah, y daban excusas políticas y razonables (2).

El P. Benigno de San Miguel no volvió más a las Misiones. Al poco tiempo fué enviado a España a buscar una reliquia insigne, el pie derecho de Santa Teresa, que los carmelitas descalzos de España regalaban a los de Italia para la iglesia de Santa María de La Escala, en Roma, en donde se venera hasta el presente.

En España habló el P. Benigno de las cosas de Persia y del gran bien que haría allí un embajador del Rey Católico. Para aquellas fechas, aunque tardíamente, estaba nombra-

(1) En su RELACIÓN citada, loc. cit.

(2) El P. *Eusebio* inserta estas cartas en su HISTORIA Ms., tomo II, págs. 198-203.

do ya don García de Silva y Figueroa. Su nombramiento estaba fechado « en San Lorenzo, a 9 de agosto de 1613, » y el embajador estaba pronto para partir del puerto de Lisboa. El P. Benigno supo en Madrid que don García llevaba un muy rico presente al Shah de Persia, que consistía, según le dijeron (1), « en una espada que Felipe III había llevado cuando se casó, veintidós cadenas y una copa de oro, un brasero y un bufete de plata, un baúl dorado que contenía un servicio completo de mesa en plata, una caja de cristal con columnas de oro, piezas de púrpura y terciopelo, petos de Milán, morriones y arcabuces, un perro mastín, y nada menos que 30 camellos cargados de pimienta..... »

Un escritor de aquellos tiempos decía (2): « Está despachado don García de Silva y Figueroa, que va por embajador a Persia, en los galeones que han de partir para la India este mes de marzo (1614), y se estiman en 100.000 ducados las cosas del presente que lleva en retorno del que envió a S. M. el persiano, con su último embajador, en madejas de seda y alfombras y otras cosas, que se apreciaron en 8.000 escudos. »

Ya veremos lo que desfiló por las calles de Kasvín, en donde el embajador del Rey Católico hizo el homenaje al Rey de Persia.

Entre tanto, las cosas de Persia por esta fechas (1614) se iban poniendo de mal en peor para los armenios y para los Misioneros. El Rey de Persia había firmado la paz con el Turco; y, como ya no necesitaba de los Príncipes cristianos para la guerra, ni medraba con ellos por el comercio de la seda, no se cuidaba tampoco de cumplir a los cristianos lo que les había prometido en orden a levantar iglesias y a proteger su culto, ni aun su misma vida.

Al ver esto, nuestros Misioneros y los Padres agustinos tuvieron una conferencia, para ver si habían de seguir allí en tales circunstancias, o si sería mejor que abandonasen el país. Vinieron a concluir, después de todo, que su estancia en el país era ya, no sólo infructuosa, sino hasta nociva para los intereses del cristianismo. Infructuosa, porque no se convertía ningún musulmán, ni había esperanza de ello; ni los armenios abandonaban el cisma, ni del Rey había que esperar cosa buena, ya que firmó la paz con el Turco. Por si esto fuera poco, acababa de estallar una conspiración contra el Shah en la Georgia, y en ella estaban comprometidos los más nobles del reino. A su hijo y heredero del trono, que le

(1) Cfr. COMENTARIOS de don García de Silva, edición citada, tom. I, página XIV.

(2) Don Luis Cabrera de Córdoba, *ibidem*, pág. XV.

descubrió la conspiración y le entregó la lista de los conspiradores, el Shah le mandó matar ignominiosamente (1).

Desde aquel día, el Rey no tenía un momento de sosiego. Por esto juzgaron los Misioneros que su presencia en aquella corte era también nociva para los cristianos. Sus hábitos parecían irritar al Rey contra los Principes cristianos y contra el Jefe de los cristianos, a quienes representaban los Misioneros. Principalmente le irritaban contra el Rey Católico y contra los portugueses que tenía tan cerca de su reino, y comenzó a maquinarse el volver ahora la guerra contra ellos, para quitarles las plazas fuertes fronterizas con la Persia. A estas maquinaciones ayudaban mucho los extranjeros residentes en aquella corte, en especial holandeses e ingleses, enemigos de España.

Siendo, pues, la cuestión tan delicada, y viendo el giro que iban a tomar las guerras del Shah y las agitaciones de su reino, resolvieron los Misioneros, de común acuerdo, salir de Persia: cosa esta, que habian de tener muy en secreto, con el fin de avisar de antemano a Ormuz, para que les diesen hospitalidad, y para preparar su viaje sin levantar sospechas que les pudiesen costar la vida.

El Obispo de Cirene, que se halló en esta conferencia, dijo que el caso no admitía dilaciones, y que él lo tenía ya todo preparado para marcharse cuanto antes a Ormuz, porque corría más peligro que ninguno, puesto que el Rey le exigía el pago de la seda en plazo perentorio. El señor Obispo entregó al P. Redento unas cartas que había recibido del Proveedor General de Ormuz, en que se le comunicaba que estaba para llegar de un día a otro, procedente de Mascat, don García de Silva y Figueroa, embajador especial del Rey Católico. Con estas cartas habían de presentarse los carmelitas al Shah, para comunicarle oficialmente esta noticia. El Obispo de Cirene no tenía ánimo para ello, estando en desgracia con Su Majestad. Al mismo tiempo le pidieron los pasaportes para los Padres agustinos y para el señor Obispo, según éstos se lo habían encomendado, dando por razón que, puesto que el Rey Católico enviaba allí un embajador especial, ellos cesaban de representarle en Ispahán.

Llevaron los nuestros al Shah aquellas cartas y embajada. El Shah pareció alegrarse mucho de que finalmente el Rey Católico le enviase un embajador tan noble y tan calificado; pero no dijo nada de los pasaportes para el señor Obispo y los Padres agustinos portugueses.

« El Obispo, dice el P. Redento (2), se partió de Aspahán

(1) Esta conspiración y la muerte de Sofi Mirza, el heredero del trono, las cuenta detalladamente el P. Redento en su RELACIÓN citada, cap. XXIV

(2) En la RELACIÓN citada.

para Ormuz el 21 de octubre del 1614. Los Padres de San Agustín se partieron para Europa por vía de Babilonia a 19 de diciembre del mismo año. »

El señor Obispo tuvo que sufrir mucho en el camino, porque se fué sin pasaportes. El P. Redento escribió y envió con los Padres agustinos una carta al General de la Orden, justificando la salida de estos religiosos por las circunstancias en que se encontraban y las guerras con que el Shah amenazaba a los portugueses, a cuya nación pertenecían aquellos Padres. Le manifestaba también la buena amistad y armonía que había reinado siempre entre ellos y los nuestros, y la buena disposición de todos para ayudarse mutuamente.

En aquellos mismos días se marchó el Shah a la Georgia, por causa de la conspiración que allí se tramó contra su vida; y los nuestros aprovecharon también la ocasión para marcharse a Ormuz, en donde tenían ya convento. Sólo quedó en Ispahán el P. Bartolomé María, « por no dejar la casa perdida y fuera cosa muy trabajosa volverla a recuperar » (1). El P. Bartolomé no conocía el miedo, ni lo había conocido en su vida; pues antes de ser religioso era el terror de Nápoles, su patria, y después conservó siempre su valor indomable para las grandes empresas y para los grandes trabajos y peligros de la vida misionera (2).

Cuando supo el Gran Visir que el P. Redento de la Cruz estaba para marcharse, le llamó y le dijo que no le consentiría partir de ningún modo, y menos en ausencia del Rey. Contestóle el Padre que se iba para volver; que necesitaba negociar algunas cosas en Ormuz, y que pensaba que se arreglarían bien para estar pronto de vuelta. Con esto, el Visir le extendió los pasaportes.

Y así pensaban ir desfilando los Misioneros de uno en uno, para no llamar la atención.

El 23 de enero del 1615 partió el P. Redento para Ormuz, con ánimo de conferenciar con los Padres Vicente y Leandro y acordar, en definitiva, lo que había de hacerse con la casa de Ispahán. Deseaba saber también lo que hubiese de cierto sobre la embajada de don García de Silva y Figueroa. El viaje del Padre fué de grandes fatigas por los malos caminos, estando cubiertos de nieve en muchas partes, en donde peligró más de una vez la vida del Misionero aragonés. Poco después de haber pasado la famosa ciudad de Shiraz, « en un lugar llamado Çaphra » (Zafra), se encontró con una caravana que venía de Ormuz para Ispahán. En

(1) *Ibidem*.

(2) Véase su conversión en la *VIDA de N. Ven. P. Juan de Jesús María*, cuyo novicio fué el P. Bartolomé, pág. 191, nota 2.

ella venía el P. Leandro de la Anunciación, a quien antes llamamos el Misionero poeta, porque lo era; pero bueno es decir aquí que había sido, antes de fraile, un buen capitán de los Tercios de Nápoles, y ya le iremos conociendo poco a poco.

Mucho se consolaron entonces el antiguo canónigo aragonés y el capitán poeta de Burgos, ambos insignes Misioneros teresianos, que hicieron el noviciado juntos en Roma, y ahora, en circunstancias tan críticas como las que vamos diciendo, se encontraron en aquellas regiones de la Persia, a poca distancia de la célebre Persépolis o Chilmínara.

El P. Leandro traía cartas del P. Vicente, superior de Ormuz, y del Gobernador de aquella plaza para los nuestros de Ispahán, en vista de las noticias recibidas en aquella fortaleza; y en ellas les rogaban que no abandonasen la Persia, y menos estando para llegar el embajador del Rey Católico. Así, pues, con la misma caravana, siguieron los dos Padres con rumbo a Ispahán, en donde entraron con gran regocijo de los nuestros y de los cristianos sus amigos.

Más se alegraron todavía al ver llegar allí, « el día de la Vigilia del Espíritu Santo de este año » (1615), al venerable P. Juan Tadeo, de vuelta de su prisión, pálido y macilento, con cicatrices gloriosas en su cuerpo, radiante de alegría por haber padecido algo por Cristo. Y no poco se alegró él también al ver a sus nuevos compañeros, que, aunque eran pocos, a él le parecieron muchos aquel día. Fué recibido triunfalmente, tanto por parte de los cristianos como de los persas, por el don de gentes que tenía aquel digno hijo de Santa Teresa. No se cansaban de dar gracias a Dios por la libertad de aquel Misionero, que era el mayor decoro y honor de aquella Misión carmelitana.

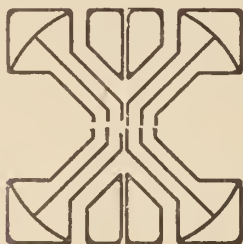
Para estas fechas habían llegado también nuevas de Roma, con disposiciones del capítulo general de la Orden y mandamientos del Pontífice para que no abandonasen los carmelitas aquella Misión, aunque a ellos les pareciese que no se hacía mucho fruto en el terreno de las conversiones. Por su parte, el nuevo Padre General, que lo era nuestro Ven. P. Domingo de Jesús María Ruzola, « el Taumaturgo de su siglo », ordenaba, en nombre del capítulo, que, en llegando a Persia el P. Juan Tadeo, « cuya libertad esperaban », fuese « Vicario General de aquellas Misiones »; que el P. Redento fuese Prior de la casa de Ispahán, el P. Vicente quedaba confirmado como Vicario de la de Ormuz, y el P. Leandro fuese Subprior y Maestro de los novicios que se recibiesen en la dicha casa de Ormuz.

Exhortábalos, además, el santo General a que siguiesen trabajando en aquella viña del Señor, aunque les pareciese ingrata, y a que estuviesen aparejados a sellar su vocación

con la sangre del martirio, si el Señor fuese servido de concederles esta gracia.

El P. Juan recibió con el mismo correo el nombramiento de Vicario General de la Suprema Inquisición en aquellas partes (1).

Y con esto, cada cual ocupó el puesto que les señaló la obediencia, y no pensaron más en abandonar aquel reino.



(1) Por el título de « Vicario » nombran al P. Juan los que en su tiempo escribieron sobre la Persia, como *don García* en sus COMENTARIOS y *Pietro della Valle* en sus cartas, a cada paso.

CAPITULO XIII

LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Semblanza de don García. — Su llegada y gran recibimiento. — Fastuosa procesión de los presentes. — Comida íntima del Rey, el Embajador y el P. Juan Tadeo. — Regala éste a Su Majestad su versión persiana de los Salmos y los Evangelios. — Fin de la embajada.

Fué un gran acontecimiento en Persia la embajada de don García. Este la ha descrito con todos sus pormenores en sus celebrados COMENTARIOS, que son un arsenal de erudición variadísima, una rica mina de sabiduría sin explotar apenas, señalada ya por el maestro *Asín y Palacios*, con su reconocida competencia, en el *BOLETÍN de la Real Academia de la Historia* (1).

Pero, como dice con mucho acierto este insigne escritor, lo que menos vale en estos COMENTARIOS, son los negocios de la embajada propiamente dicha; y eso que el señor Asín no conocía estas cartas y relaciones que venimos publicando de nuestros Misioneros, por ser todas, o las más, inéditas.

Don García llegaba a Persia muy tarde, porque ya estaban firmadas las paces entre el Shah y el Turco, según hemos visto. Era, además, demasiado erudito y muy embebido en antigüedades, amante de examinar ruinas y cosas de otras edades lejanas: cosas muy loables, por cierto, para investigador de ciencia, pero muy embarazosas para un Embajador y rebuscador de nuevas y tratados diplomáticos de su tiempo.

Tenía don García muy poca paciencia para aguantar las veleidades de los orientales. A cada paso se desesperaba con las tretas y con la informalidad de aquellas gentes. No sabía tomarles el pulso, ni esperar la oportunidad para aplicar las recetas. Muy noble, muy pundonoroso, muy hombre de palabra, en donde nadie lo era, las palabras no cumplidas le levantaban ampollas, y se dejaba llevar de su genio, un poco agrio, y quizá más de un poco en ocasiones, con lo

(2) Tomo XCII, número de abril-junio de 1928, págs. 497-510.

cual sólo consiguió que se burlaran de él no pocas veces, en especial el Rey, en ocasiones solemnes.

Era bastante medrado en años. Por eso el Shah, al saludarle, le llamaba « padre ». Más de cuatro veces, estando hablándole, de pronto le volvía la espalda y le dejaba con la palabra en la boca. Ya conocemos al Shah. Por su edad no podía, pues, nuestro Embajador aguantar ciertas fiestas y cabalgatas, a las que tan dado era aquel Rey y adonde le seguían los embajadores y personajes de su corte. Y ocasiones excelentes eran esas para tratar negocios diplomáticos con los orientales.

Esta es la impresión que sacamos de la lectura de sus COMENTARIOS y de lo que dicen algunos Misioneros. Nada digamos del retrato que nos hace de don García el famoso « peregrino romano », Pietro della Valle, porque sabido es que, « habiendo poca correspondencia entre ellos » (1), hicieron el uno del otro la caricatura, más bien que un retrato pasable.

Vengamos ya a referir la embajada de don García según la encontramos en la relación de un Misionero, que fué testigo de vista (2). Sólo daremos aquí lo que hace a nuestro propósito, por la parte que en esto les cupo a los nuestros. Don García escribió día por día los acontecimientos que le iban sucediendo en el cumplimiento de su misión, y las impresiones que recibía de los países y personas que veía. Sus COMENTARIOS forman el « Diario de su viaje ». Nuestro Misionero escribió un resumen del espectáculo que contempló en las calles de Kasvin y en el palacio del Shah. Dice así (3):

« Llegado que fué don García de Silva y Figueroa, Embajador del Rey nuestro Señor, a Ormuz, avisando al Rey

(1) *Pietro della Valle, VIAGGI: La Persia*, in Bologna, 1677, Lettera de 21 di ottobre 1619, pág. 75.

(2) Empieza así: « RELACIÓN breve de la embajada y presente que la magd. del Rey don Phe. 3º nro. Sr. Rey de las españas y emperador del nuevo mundo hizo a Xá Abbas, Rey de Persia clariss.º la qual embajada dió don García de Silva y Figueroa su embajador dignissimo ». Son cinco hojas y media en 8º. Al principio: « Llegado q. fué don García... » Y termina: « Dios nos dé victoria contra el Turco, amen ». Fué escrita en 1618; porque dice poco antes de terminar: « este año que viene de 619 ». Es decir, que el autor escribió su RELACIÓN a raíz de los sucesos. Todo esto servirá para completar los detalles de la narración de don García, para quien quisiere confrontar una y otra relación en este punto histórico. Nosotros prescindimos aquí de estos pormenores. En cuanto al autor, no sabemos quién sea. Parece de un Misionero nuestro que acompañó al P. Juan Tadeo. Este, es cierto no ser el autor; porque se dice en el texto, que acompañó al embajador a Isphán, mientras el autor de esta relación se partió, dice, para Babilonia. La citaremos, pues, como de Misionero « anónimo »; porque del contexto se saca que su autor fué ciertamente Misionero.

(3) Enmendamos la ortografía y respetamos la fonética, para facilitar la lectura.

de Persia, le envió éste un firmán, que es a nuestro modo una provisión real, sellada con su firmán o sello, para que le diesen camellos y cabalgaduras y todo lo necesario al dicho Embajador. Y así, adonde quiera que llegaba de Persia, se le acudía con todo lo necesario, muy espléndidamente, enviando con esta provisión el Rey dos caballeros persianos para este efecto.

»Invernó el dicho Embajador en una ciudad llamada Xiras, muy principal, que está de Ormuz 130 leguas, la cual ciudad es de un duque de los principales de Persia, y más ricos y privados del Rey, llamado por nombre Berdicán. Aquí en esta ciudad invernó el Embajador, y el duque le aposentó en un palacio suyo, muy suntuoso, con casa y jardín de su recreación, junto a la ciudad, adonde le dió al Embajador todo lo necesario, con grandísimo regalo y largueza, haciéndole muchos banquetes de ordinario. Aquí tuvo orden del Rey persiano de cómo había, por amor de la Embajada, dejado su ejército en un lugar que se llama Sultania, adonde de ordinario está invernando el ejército; y que se le esperaba en la ciudad de Kasvín, corte antigua de sus « agüelos », tres jornadas más acá de la dicha Soldanía.

»De esta ciudad de Xiras se partió el Embajador para Aspahán, doce días de camino, corte y cabeza del reino de Persia. Y de allí se partió para Kasvín, adonde llegó en 15 días, por ir más apresurado que solía. Paró en una aldea, dos leguas antes de la ciudad de Kasvín, adonde le esperaba el Rey. Aquí llegó el Embajador a 15 de junio del 1619; y el día siguiente, en amaneciendo, comenzó a despachar sus camellos, que eran muchísimos, acémilas y demás aparato de casa, que era mucho y muy honroso; en que con camellos, acémilas y caballos irían más de 500, que hasta la noche de aquel día fueron entrando en la ciudad, por diferente parte y puerta que el Embajador había de ir.

»Partió el señor Embajador a las dos de la tarde de este día, de esta aldea, después de haber dado a sus criados, todos, dos libreas muy ricas: la una de terciopelo morado con pasamanos de plata y oro, con que entraron este día; y otra, para cuando se diese el presente, de terciopelo verde, labrado con pasamanos muy ricos, que hacían vista muy agradable. Dió a todos cadenas de oro de mucho valor, sin quedar ninguno, y muy ricos plumeros, que llevaban los ojos.

»Llevaba ocho pajes, ocho lacayos, caballerizo, mayordomo, maestresala, capellán y un Padre de San Agustín, con todos los demás oficiales que un Grande puede tener, todos a caballo, yendo delante una litera, a modo de España, con dos camellos, muy rica, en que el Embajador caminaba de noche; y aun palanquín, en hombros de hombres, a uso de la India. Irían 500 de a caballo. El Embajador iba en un muy lucido

caballo, muy ricamente vestido de color de rosa seca, con una cadena de oro y cintillo de sombrero de diamantes, que con el plumero parecían estrellas.

»Media legua antes de llegar a la ciudad, por orden del Rey salieron a recibir al Embajador todos los Grandes de la corte y el Aposentador Mayor del Rey, todos a caballo, con cabayas y ropas de color, y los más con tocas verdes y plumas a uso persiano, acompañados de otros caballeros cortesanos, que por todos serian más de 400, sin otro grande número de gente de a caballo y a pie, que salió de la ciudad a ver al Embajador, que fué sin número, en particular mujeres tapadas a su modo, que cubrian los campos, y destruyeron muchas viñas que había en agraz; que sólo están con vallados pequeños de tierra. Fué pregón del Gobernador de la ciudad, que todos los desocupados saliesen al recibimiento, y así hubo tanta gente. Saludaron los Grandes al Embajador, y el Aposentador le dió la bienvenida de parte del Rey, y que le esperaba con grande gusto y deseo grande de que llegase.

»Aposentóse en la casa más principal que había en la ciudad, que era de un fator del Rey, muy capaz, con muchos aposentos y jardín por dentro. El día siguiente, a las ocho de la mañana, vino el Aposentador del Rey diciendo que el Rey le esperaba. Y así fué a palacio con todos sus criados y rica librea, y él muy ricamente vestido, llevando la carta de crehencia del Rey nuestro Señor en el cintillo del sombrero metida.

»Llegó el Embajador con toda su gente y criados al palacio del Rey, y entró por una puerta muy dorada y labrada de colores, digo los arcos y edificios, que es muy agradable. Y entró en un gran jardín: por un lado y el otro, una calle de álamos blancos y plátanos, y agua que corría por una parte y otra; y, después de haber llegado al principio de esta calle, se apeó el Embajador en un zaguán que a un lado estaba, y todos los demás; y, después de haber andado por la dicha calle como 40 pasos, vió que del lado derecho de la calle como 50 pasos de donde iba, salía el Rey de un hermoso « zenadero », y vino a recibir al Embajador solo, con una cabaya colorada, toca verde y plumas al uso persiano, que de ordinario son plumas de grullas, dos o tres más, encajadas en un canutillo de oro, con unas piedras adornado, que al parecer es hermoso.

»Anduvo el Rey más de 35 pasos hasta llegar al Embajador. El Embajador hincó una rodilla, y le besó las manos: y el Rey le levantó, abrazándole y llegándole el rostro al del Embajador con agradable semblante, diciéndole: « Seáis mil veces bien venido ». Y diciendo esto, le puso a su lado derecho y llevó al zenadero, el cual tenía una fuente en

medio, que echaba el agua muy alta, más de un estado. En este zenadero había unas alcatifas de seda y oro labradas a una parte de él, y allí se sentó el Rey, y mandó al Embajador se sentase al lado derecho junto a él, siempre cubierto y sentados. Le dijo el Rey: « ¿Cómo está mi hermano, el Rey de España? » El embajador, todas las veces que le hablaba o respondía, se quitaba el sombrero, y, acabando, se le ponía.

»Dióle la carta de crehencia del Rey nuestro Señor, y el Rey la tomó y se quitó la toca, recibéndola con mucho gusto, y tocó con ella su pecho en señal de amor y benevolencia, y la metió en el seno en la cabaya o ropa. Aquí hizo el Rey muchas preguntas al Embajador, a las cuales, sabía y discretamente como hombre tan discreto y avisado, respondía al Rey. Preguntábale cosas de España, en particular cosas de guerra, de que es tan aficionado, pues todo su trato no es otra cosa sino esto. Aquí le pidió el Rey le diese por memoria las victorias que, de diez años a esta parte, había tenido el Rey nuestro Señor contra el Turco; la cual le dió muy copiosa y verdadera, de que el Rey se holgó mucho. Dijo tenía por gran sentimiento de que el Emperador hubiese hecho paces con el Turco y el Rey de Francia, Venecia, etc. Y que por qué no se habían a una con el Rey, y cada uno por su parte le daban guerra, que él por la suya no faltaría, que no tenía él miedo al Turco, como tenían los cristianos; y que lo que su padre había perdido y tomádole el Turco en 20 años, había él ganado en seis meses, y tomádole más de cien ciudades (1).

»El embajador le respondía siempre sabiamente, de cuya conversación y trato se agradó siempre el Rey. Dióle a comer el Rey, haciéndole muchos favores. Brindó el Rey al Embajador, al principio de la comida, a la salud del Rey nuestro Señor, quitándose la toca de la cabeza, y el Embajador se destocó y puso en pie hasta que el Rey acabó.

»Estaba el zenadero, todo en cerco cuan grande era, cercado de garrafas de oro, llenas de vino y algunas de agua: éstas muy grandes, como las que en nuestra España enfrían el agua en la nieve, llamadas cantimploras. Estas son muy pesadas; y las copas en que se bebe, son como tazas a modo de barquetes aovadas, muy pesadas y poco hondas; que cosa de plata no usan en su servicio de mesa. Después de haber comido, se despidió el Embajador y pidió licencia. Dada, le acompañó el Rey hasta ponerle en medio de la calle ya dicha, quedando muy satisfecho de la prudencia y discrección del Embajador, mandando que al día siguiente se trajese el presente.

(1) El Shah ocultaba mafiosamente a don García el tratado secreto que tenía negociado con el gran Turco.

»Luego de mañana, mandó el Rey al Aposentador que preguntase cuánta gente era menester para traer el presente, que se diese de los criados del Rey, queriendo hacer este favor al Rey de España: que entre ellos es de mucha novedad y estima. Y es uso que cada persona lleve en cada mano una cosa; y así, en procesión, unos tras otros, llevan los presentes. El Aposentador vió que eran menester 400 personas, y así las tomó de casa del Rey, llevando meninos y pajes y toda la demás gente de palacio, hasta el número ya dicho, a casa del Embajador, donde se concertó y dió a cada persona una pieza en las manos sólo. El que iba delante de todos, que llevaba la espada con que el Rey don Felipe nuestro Señor se había casado, iba en esta orden siguiente:

»La espada dicha adelante de todo, que la llevaba un menino. Luego 22 cadenas de oro riquísimamente labradas, con ricas piedras, las más de esmeraldas en cada una; que cada persona llevaba dos en sus manos, uno tras otro. Luego otra persona con unas salvas de oro, con anillos de inestimables piedras preciosas, que no sé el número cierto.

»Luego un brasero de plata, muy grande, que le traían ocho personas a los hombros, ricamente elaborado y muy hermoso. Luego un baulito muy dorado, en que le enviaba Su Majestad todo el servicio de una mesa, de plata, para camino, hasta candeleros etc. Y cada persona llevaba dos piezas en la mano, yendo delante el baulito dorado, donde esta bajilla se guardaba.

»Luego otro baulito pequeño con cosas de hierro, de acero, cuchillos, tenazas, martillejos, limas, etc., de todo género; que, como el Rey de Persia siempre está haciendo arcos de guerra, y unos anillos de güeso que se pone en el dedo gordo de la mano izquierda para tirar el arco, como allí halla todo aderezo, lo estima en mucho.

»Luego, tras de esto, iba un cajón grande de cristal, ricamente labrado, con columnas de oro entre pieza y pieza de cristal, que el Rey de Persia envió a labrar a Italia a un privado suyo, y lo hizo tan mal que, después de acabado, lo empeñó en Milán por 5 o 6 mil ducados, y estuvo así algunos años. Sabiéndolo el Rey don Felipe III nuestro Señor, lo mandó desempeñar, y lo envió con este presente al Rey de Persia, que él se lo agradeció mucho este término honrado del Rey de España, y se holgó muchísimo con esta arca por ser cosa rara y de estima. Esta llevaban en unas andas ocho hombres, que se llevaba los ojos.

»Finalmente, después de esto, iban muchas piezas de púrpuras y terciopelos rojos, muchos petos de Milán, morriones, arcabuces riquísimos, muy ricamente labrados y dorados, y algunas lanzas. Y detrás de esto, un gran mastin, que

el embajador dió al Rey, que lo estimó mucho; más 30 camellos cargados de pimienta y drogas, que Su Majestad Católica mandó se tomase en la India, que le valdria al persiano gran suma de dinero.

»Así salió la procesión por medio de la ciudad y plaza mayor, y fué el Embajador con sus criados, ricamente aderezados, delante, hasta llegar a los palacios del Rey; y, entrándose por un patio grande de una hermosísima portada, entraron en un jardín, al lado del cual había unos portales, adonde estaba el Rey y sus grandes, y a la otra parte había una torre, toda con celosías, adonde estaban todas las mujeres del Rey. Y llegado el Embajador, le mandó asentar, y pasó el presente por delante del Rey, yendo a parar a unos claustros interiores, do esto se guardó.

»El Rey estuvo con los demás muy atento a todo, que parecia se le saltaban los ojos de la cara; y cuando llegó en frente del arca de cristal, dió un suspiro y miró al cielo, como dando gracias a Dios que veía aquella cosa que tanto deseaba. Llegando los arcabuces y escopetas, pidió una para ver, la que acertó a ser la mayor, y dió muestras de gran contento de verla.

»Acabado esto, serían las once y más del día, y mandó el Rey traer de comer y convidó al Embajador, mandando llamar a un Padre carmelita descalzo, llamado Fr. Juan Tadeo de San Eliseo, del convento que tienen en Haspahán, diciendo que trajese un libro, que era de los Salmos en lengua persiana. Y llegado el dicho Padre, le presentó el libro, delante del Embajador, y el Rey le besó y puso sobre su cabeza, diciendo le estimaba en mucho, y que quien no creía aquello que allí había escrito, no era fiel y hacía agravio a Dios. Sirvió este día el dicho Padre de intérprete, y comió con el Rey y Embajador. Y estuvo el Rey muy devoto, diciendo de la inmortalidad del alma y de la muerte tantas cosas y con tanto sentimiento, que algunas veces le vieron echar lágrimas, que espantó muchísimo al Embajador y al dicho Padre, los cuales le respondían algunas cosas a propósito y bien. Y después oyó decir al Embajador y al dicho Padre, que un cristiano muy erudito no dijera las cosas que en favor de nuestra fe allí dijo, y que, o era el hombre más fingido del mundo, o era hombre que Dios tenía predestinado para ser cristiano »

Hasta aquí lo que hace a nuestro propósito de la RELACIÓN del Misionero anónimo.

Allí se encontró, pues, nuestro gran Padre Fr. Juan Tadeo haciendo de intérprete en esta embajada, y ofrendando al Shah el libro de los Salmos y el de los Evangelios, que había traducido en lengua persiana para regalárselos al Shah, y nunca mejor que en aquella ocasión en que el Rey

Católico por medio de su Embajador don García ofrendaba al Shah un regalo digno de la corona de España. Con aquel presente se unió el del humilde hijo de Santa Teresa, el español P. Juan, que era, a la vez, exponente del trabajo intelectual y de la gratitud del Misionero carmelita.

Veamos lo que a este propósito, que es el nuestro, dice más detalladamente el propio don García (1): «Había, en el interín que se hablaba de esta materia, enviado a llamar el Rey a un fraile carmelita descalzo que se llamaba fray Juan Tadeo, Vicario del convento que de esta Orden hay en Espahán, el cual dos días o tres después de la venida del Embajador había también llegado a Casbin y le tenía en su posada. La venida de este religioso, de más de que el Rey le hacía buena acogida en lo público, había sido a traerle los Salmos de David y el Testamento Nuevo, escritos en lengua persiana y muy bien encuadernados en dos cuerpos (2), los cuales no le había dado hasta entonces, aunque había hecho diligencias sobre ello, por medio de Usembec y del Secretario de Estado, Agamir.....»

En cuanto a las demostraciones de veneración que hizo el Rey a aquellos Libros Santos, véase lo que dice don García a continuación: «..... hasta que el fraile llegó con sus libros, que luego él abrió y besó con tanta apariencia de devoción, como si fuera el más religioso y penitente capuchino de Europa, hasta verter muchas lágrimas. Pero esto, que a todos los que a este Rey interiormente no conociesen pudiera parecer un acto de mucho loor y alabanza, juzgó el embajador en él por cosa de todo punto detestable, descubriendo con ello un ánimo lleno de engaño y maligna simulación...»

Pasados los días de recepción y cambios de visitas y de presentes, «el Rey, dice el Misionero anónimo, dijo al Embajador que se partía para la guerra, que se fuese a Aspahán a esperalle, que dentro de cuatro meses a despacharle volvería, mandando al P. Fr. Juan que se fuese en su compañía. El Rey se partió a la Sultania, y otro día el Embajador y yo para Babilonia, a proseguir viaje por tierra. Lleva el Rey veinticinco mil arcabuceros y ochenta mil de a caballo, flecheros y de lanza.»

Con todo ese ejército iba a dominar la conspiración tramada contra su vida en la Georgia.

Mientras tanto, el Embajador con su séquito y nuestro P. Juan Tadeo se volvieron a Ispahán. Habiendo el Rey

(1) COMENTARIOS, edic. cit., tomo II, pág. 101.

(2) El P. Juan Tadeo dice por su parte en su RELACIÓN a la Propaganda, hablando de sí, como siempre, en tercera persona: «El P. Juan tradujo a la lengua persiana los Salmos y los Evangelios, y se los ha regalado al Rey, que los recibió con suma complacencia». — Cfr. REVISTA de la Exposición Misional, de Barcelona, núm. IV, enero 1929, pág. 186.

vuelto de tierras de Georgia, tuvo don García diversas entrevistas con Su Majestad, en la mayor parte de las cuales le sirvió de intérprete el P. Juan Tadeo, porque era de quien más se fiaba, así como don García; mas, no pudiendo éste sacar nada en limpio del Shah, que a cada paso torcía la conversación cuando el embajador le hablaba de negocios que al Shah no le convenían, cansado, se licenció del Rey y se dispuso a partir de Persia.

Pietro della Valle habla de esta partida diciendo (1): « A 25 de agosto (1619) salió de Ispahán el embajador de España don García de Silva y Figueroa, de retorno para su Rey, por la misma vía de Ormuz y de la India, que era por donde había venido. El día que digo, salió solamente de esta ciudad para ponerse en camino, y no anduvo más allá de la Villa Scheristán, una legua distante, en donde se detuvo para reunir su comitiva, para desde allí, con mayor comodidad, levantar sus reales. Salió acompañado de mucha gente, y de todos los francos que se encontraban aquí. Unicamente yo dejé de salir a despedirle, por la poca correspondencia que había habido entre nosotros en esta corte »

Y añade luego el mismo « Peregrino romano »: « Hallándome yo una tarde en la plaza (el 13 de septiembre del mismo año) para ver lo que ocurría y oír las nuevas que hubiese, me encontré con el P. Vicario de los descalzos, el cual presentó al Rey algunas cartas de España, llegadas por la vía de Ormuz con un propio. El capitán de Ormuz se las enviaba a don García, creyéndole en Ispahán; pero don García, que las recibió por el camino después de su salida de la corte, se las envió con el mismo propio al Padre Vicario de los descalzos, suplicándole que, en su ausencia, hiciese él su oficio. Confiaba don García, de ordinario, más en el Vicario de los descalzos que en los agustinos portugueses (2), no sólo por estar más informado el P. Vicario en las cosas de Persia, como quien llevaba allí muchos años, y ser más apreciado que todos del Rey y de la corte, sino también porque era español de nación y castellano, aunque fraile de la Provincia Romana; y como hombre de Roma y del Papa tenía asiento en la corte de Persia »

Las cartas de España trataban del manoseado negocio de la seda y de una armada portuguesa que el Rey Católico trataba de enviar al Mar Rojo, y de otros negocios mercantiles y políticos, que no tocan a esta nuestra historia en este punto y hora. Tal vez de eso escribamos otro día, porque no deja de ser importante para la historia de las Misiones y Misioneros.

(1) VIAGGI: *La Persia*, Parte seconda, Lettera de 21 di ottobre 1619.

(2) Para aquellas fechas (1619) ya habían vuelto a su residencia, abandonada el 19 de diciembre de 1614.

CAPITULO XIV

EL P. PRÓSPERO EN ISPAHÁN

El nuevo Prior. — Esludlando lenguas. — Afán por convertir orientales. — Piden cambio de rito a ese fin. — Un discurso contra Mahoma originla largas disputas. — Un libro de los Misioneros.

Nos encontramos ahora con una figura de Misionero de primera clase, con uno de los más esclarecidos hijos de Santa Teresa, de tan recio metal y de espíritu tan de fuego, como le vamos a ver en Persia, como le veremos, si Dios quiere, en Siria, y como le hemos visto ya en el Monte Carmelo (1).

El P. Próspero del Espíritu Santo fué Prior de esta casa de Ispahán desde el 1621 al 1624; fundó luego la Misión de Alepo, Casa-madre de nuestras Misiones de Siria, y reconquistó para la Orden nuestra Casa solariega, el santo Monte Carmelo.

El P. Próspero nos dejó abundantes cartas y relaciones escritas desde todas las Misiones en que estuvo, y de lo que día por día iba acaeciendo en ellas, digno de ser comunicado a sus superiores. La fisonomía del P. Próspero aparece en todas y cada una de sus cartas mejor que lo que cualquiera pudiese decir ni trazar de él con mano maestra. A las relaciones y cartas del P. Próspero vamos a deber estos últimos capítulos, que, por ser de su pluma en la mayor y mejor parte, van a ser también los más interesantes de este libro.

El P. Próspero, nacido en Nalda, pueblo importante de la Rioja, en 1583, tuvo desde sus primeros años vocación de solitario, y en ella quiso ensayarse de niño, como por juego, en Moncalvillo. No sabemos aún cómo y cuándo pasó a Roma, en donde tomó el hábito carmelitano de la Reforma de Santa Teresa, y profesó en el convento de La Escala, el 1.º de noviembre de 1608. Una vez profeso, le enviaron los

(3) Por no repetirnos aquí, remitimos al lector, si desea conocer la mayor y la mejor parte de la vida de este ínclito carmelita, a nuestra obra EL MONTE CARMELO: *Estudio histórico-crítico, hecho sobre los monumentos y documentos de la Santa Montaña*. Madrid, 1924. Cir. págs. 284-374.

superiores a Nápoles « con título de predicador de aquel convento », como él mismo dice en unas notas autobiográficas, muy rápidas, que nos dejó escritas de su vida, antes de ser Misionero y solitario. Por donde se ve, que había de haber estudiado ya toda la carrera eclesiástica, al ser enviado nada menos que con título de predicador, en un convento de reciente fundación y en una ciudad como Nápoles. Sabemos que fué allí amigo del Duque de Osuna, y que predicó más de una vez por deseo del Duque-Virrey, cantándole a éste las verdades, entre si digo o no digo.

De Nápoles fué enviado a Palermo, con los religiosos que allí fueron a fundar otro convento de la Orden. En aquella ciudad se conquistó el aprecio de altos personajes, que le favorecieron luego en sus empresas, y que más de una vez le llevaron en las galeras reales, cuando pasó a Oriente.

De Palermo fué enviado, a petición suya, a la Casa-Desierto de la Provincia de Génova, llamada entre los nuestros « Il Colombaio », o sea « el Palomar ». Allí solía exclamar el P. Próspero en tono profético: « ¡Quién sabe si con el tiempo no saldrá de este palomar una paloma que vaya volando a anidar entre las rocas del Carmelo! »

Las previsiones del P. Próspero se vinieron a cumplir. Pero no le llevó la Providencia directamente a anidar en el Carmelo. Los superiores, en nombre de Dios, le enviaron a la Misión de Persia. Y ahora vamos a dejarle hablar a él, y a entretener nuestra narración con sus hermosas cartas y sus pintorescas relaciones, salpicadas de frases enérgicas como su temple, y de pensamientos candorosos como su alma de paloma.

Salió el P. Próspero de Roma en compañía del P. Vicente de San Francisco, quien marchaba por tercera vez, y ésta en calidad de Visitador de las Misiones de carmelitas en Oriente. Iban, además, otros Misioneros con el Visitador. La vía era la de Roma, Nápoles, Mesina, Malta, Alejandría, Alepo, Bagdad e Ispahán. Estamos en 1620, un año después de la salida de don García de Silva de la corte del Rey de Persia.

El P. Próspero escribe sobre su viaje (1): « Partimos, pues, de Mesina para Malta con N. P. Visitador a fines de septiembre pasado, no estando yo todavía bien curado de una enfermedad no poco peligrosa, que me comenzó el día que salimos de Nápoles, y me duró todo el tiempo que estuvimos en Mesina. Después de algunas semanas, o más bien meses, nos pusimos en viaje para Siria, y llegamos, después de 15 días de navegación, al puerto de Saida (Sidón),

(1) En carta al P. Paulo Simón, Definidor General entonces, con fecha en Ispahán a 29 de septiembre de 1621. El original, en italiano, se conserva, como las demás cartas suyas, en el Archivo de la Orden, en Roma.

en donde con un Padre franciscano escribí a V. R. De allí fuimos a Tripoli, Alepo, Bagdad, y, a los once meses de nuestra salida, llegamos a Ispahán la antevigilia de Pentecostés, siendo recibidos de nuestros Padres con gran alegría y contento. »

Allí se encontró el P. Próspero con lo que no esperaba. El Visitador llevaba instrucciones para que los Padres de aquel convento nombraran por sí mismos, en elección capitular, los cargos de Prior, Subprior etc. de aquella comunidad, en vez de traer los nombramientos hechos por los superiores de Roma, como hasta entonces.

Y dice el P. Próspero (1): « Sin pensar lo que hacían, los Padres me hicieron Prior de esta santa casa, no con poca admiración de los mismos que lo hicieron; porque, considerando bien las cosas y las obligaciones que tiene el superior de esta casa, nuestro Padre Visitador deseaba y significó que gustaria se hiciese al P. Fr. Leandro, que es nuestro Vicario Provincial; pero, después que vió que en el primer escrutinio se hallaron cuatro votos con mi nombre, se holgó mucho, y no quiso aceptar mi renuncia. »

Porque el P. Próspero renunció una y otra vez, en atención a que era nuevo en Persia y no conocía aún la lengua, por más que ya la viniese estudiando por el camino con unos mercaderes, y ya podía hablar algo. Así es que, « conociendo que era voluntad de Dios, dice, que fuese Prior, comencé, poniendo todas mis esperanzas en la gloriosísima Virgen » (2).

Habla del estado en que encontró la Misión, tanto en lo material como en lo espiritual, ante todo en esto. Y, como eran algunos recién llegados o de poco antes, emprendió el celoso Prior con ahinco el estudio de las lenguas, para dar ejemplo en ello, como en todo, a los demás.

« Vivease, asegura, por la misericordia del Señor, con gran observancia, y espero que siempre irá creciendo la emulación. Tenemos un valiente maestro de árabe, inglés, pero muy católico. Ha estudiado en Roma. Procuraré tenerlo, aunque me cueste mucho. Los Padres estudian con gran diligencia. Tienen una hora por la mañana y otra por la tarde de lección y otra de conferencia, y los domingos tienen conclusiones. He ordenado que se predique todas las fiestas, cuándo en persiano cuándo en armeno. Se continuará siempre. Los sábados se dice, después de la Salve, la doctrina en persiano »

Ya se sabe que estos sermones y doctrina tenían que co-

(1) Al P. Ferdinando, ex-General, Ispahán a 8 de septiembre de 1621. El original en castellano.

(2) Ibidem.

rrer por cuenta del P. Tadeo y de los conocedores viejos de estas lenguas, que eran entonces dos o tres Padres. Esto por lo que tocaba a la vida espiritual de su casa y de su iglesia conventual.

Muy luego intensificó también la vida de apostolado entre los armenios francos, y hasta entre los cismáticos, para ver de atraerlos a la fe católica. Su actividad y su iniciativa corrían parejas.

Desde la primera carta que escribió a Roma (1), empieza a dar cuenta de esta vida de apostolado. Les refiere cómo « este Rey tirano » obligó a cinco pueblos de cristianos armenios a que se hiciesen mahometanos. El P. Próspero, tan nuevo allí, no lo pudo llevar en paciencia, sin proveerles el remedio que estaba de su parte. Y envió, sin pérdida de tiempo, a los cinco pueblos, « para que no renegasen de Cristo », a los Padres Juan Tadeo y Dimas, « que sabían lenguas y holgaron mucho de ir allá ». Los demás quedaron encomendando al Señor aquel negocio, y el Señor mudó el corazón del tirano y revocó la orden. Pero los nuestros no se fiaron mucho, y siguieron yendo a aquellos pueblos a enseñar la doctrina con peligro de sus vidas.

En cuanto a lo material, muy mal andaban por entonces aquellos Misioneros. Bien lo expresa el bendito P. Prior, diciendo a renglón seguido: « Esta casa está en grandísima pobreza; porque lo que trajimos no bastó para pagar lo que debían El gasto de la casa es mucho, y no se puede excusar; pues se gasta más en dar que en comer, y se sustentan muchos pobres En fin, estamos en tierra de un tirano con título de embajadores del Papa, y a nosotros vienen todos. » Y gracias a que, además de lo que les dieron en Roma, « le dieron a él de limosna cien escudos el Duque y cincuenta la Duquesa; treinta para hábitos el camarero de don Francisco y otros diez don Octavio de Aragón, que en todo son ciento noventa. »

Estos debían de ser amigos y bienhechores suyos de Nápoles o de Palermo, en donde los tuvo muchos y buenos.

Así que llegó a Persia, se hizo gran amigo de Pietro della Valle, y éste se aconsejaba con el P. Próspero, en quien veía la imagen de « un religioso asaz grave y de santa vida, a quien yo, dice, tenía en grande estima » (2). Este noble romano, al ver al Padre con deudas y sin dineros, le socorrió en aquella ocasión largamente; y el P. Próspero exclamó:

(1) Escrita desde Ispahán a 27 de agosto de 1621, en español. Queremos decir que ésta es la primera de las que se conservan de este Padre escritas desde Persia.

(2) VIAGGI: *La Persia*, Parte seconda, pág. 309, Lettera scritta a 21 di ottobre 1621.

ma, agradecido, en su carta: « Dios, que es padre de los pobres, y no se olvida de los que le sirven o desean servirle, hizo que el señor Pietro della Valle, sobrino del P. Provincial, nos diese una buena limosna. »

Como estaba henchido de espíritu de Dios, y, a pesar del poco tiempo que llevaba, conocía ya quiénes hacían y podían hacer allí grandes cosas, dice a este propósito: « Los que vinieren, vengan como religiosos, que muy estimados serán, si la vida se conforma con el hábito, y no les darán fastidio; porque la virtud en todo el mundo es reverenciada y estimada. Y en el camino, cuando nos arrodillábamos nosotros para rezar, los moros lo hacían con nosotros; y aun sucedió estar de rodillas en tanto que un religioso nuestro estaba rezando los maitines y las demás horas, y en acabando el religioso, besarle el moro las manos y el breviario. » Y luego añade con gracia: « Para aquí son menester los predicadores y hombres doctos, que por allá no sirven de nada. » Hablaba de este modo, con entera confianza, al P. Ferdinando de Santa Maria, a quien decía « que era muy su hijo ». Y con esta salida quería decir que como en Roma había tantos buenos predicadores y tantos hombres doctos, no hallaban éstos campo tan ancho ni mies tan abundante para todos como en las Misiones.

En cuanto a las iniciativas felices del P. Próspero, a que hemos aludido, véase ésta tan útil y tan práctica en Oriente para ganar a los orientales. Con fecha del 2 de diciembre del mismo año 1621 escribió al General de la Orden, Padre Matías de San Francisco, español, y a todo su Definitorio General, diciéndole: « Vuestra Reverencia nos alcance de Su Santidad para poder decir misa en lengua armenia y áraba y caldea, y poder rezar las horas en árabo, para facilitar la aproximación, que será grande ayuda para la conversión de estas naciones. Y si hay algunos misales de estas lenguas por allá, nos los envíen. Envíenos la SUMMA CONCILIORUM, y en particular muchos CONCILIOS FLORENTINOS (libros impresos que trataban de este concilio, quería decir); y si se hallase en armeno, sería mejor; y otros libros de estas lenguas, que podrá ser que se hallen, si se hace diligencia, y con el portador de ésta los podrá enviar El portador de ésta es armeno, agente de un mercader rico llamado Giorgio Nasar. Es católico y devoto nuestro, y de su trato y relación se podrá seguir mucho bien. Encomiéndoselo a V. R. Si quieren enviar sujetos y provisión, es persona segura y vendrán bien con él. »

En cuanto a cambio de rito, el P. Próspero no pedía imposibles. Lo han obtenido a veces de la Santa Sede los Misioneros que trabajan en el vecino Oriente. Así lo obtuvieron de León XIII los agustinos asuncionistas, por las mismas ra-

zones que las que exponía aquí el P. Próspero, o sea la facilidad con que vendrían los secuaces de aquellos ritos a la unión con Roma. Porque la eterna canción del Oriente está condensada en esta frase: que Roma los quiere latinizar. Los que entre los latinos pretendieron ésto, erraron. La Iglesia no quiere latinizar sus ritos, sino « romanizar » su fe: hacerlos miembros de la grey de Cristo bajo el supremo Pastor, que es el Papa. Y esto es lo que deseaba nuestro P. Próspero: hacerlos unos con Roma en la fe, conservando la variedad de sus ritos; y para esto decía que sería bueno que los latinos residentes en Persia observaran allí aquel rito oriental que conservaban aquellos entre quienes trabajaban: el rito armenio con los armenios, el caldeo o siriano con los sirios o caldeos, etc.

El P. Próspero no alcanzó esa gracia en su tiempo; pero, al fin, la alcanzó, en parte, un año después de haber salido de Persia, por haberlo trabajado con más ahínco en Roma. El hecho es, que, con fecha de 27 de mayo de 1625, escribieron los Misioneros de Ispahán al Procurador General de la Orden en estos términos (1). « Estas pocas líneas son para dar gracias ex corde a V. R. por la solicitud y cuidado paternal en ayudar a esta Misión, especialmente por habernos alcanzado la impresión y licencia de celebrar en lengua arábica, que es un medio eficacísimo para la reducción de la nación siriana, por tener ocasión de expurgar sus libros de muchos errores que tienen, y darles la doctrina católica en toda su pureza. »

Insisten los Misioneros en pedir la misma gracia para celebrar en lengua armenia, que, por lo visto, no se les concedió entonces, y dicen así: « Lo mismo suplicamos a V. R., que haga el favor de procurarnos la misma licencia y autoridad para la lengua armenia, máxime que esto se facilitará sabiendo que esta licencia la tienen los Padres dominicos de Alingia, para celebrar con el misal que dichos Padres poseen, y que nosotros tenemos, en lengua armenia. »

Para que se vea el afán que el P. Próspero tenía por que sus religiosos aprendieran ahora con toda perfección la lengua arábica, para celebrar los divinos misterios, dice el Padre Basilio de San Francisco (2): « Nuestro P. Prior, que al presente es el P. Fr. Próspero, habiendo visto cuán necesaria sea esta lengua (la arábica), nos mandó que ninguna otra clase de libros tuviéramos en las celdas sino en esta lengua, para que la procurásemos aprender bien. »

(1) Firman esta carta los Padres Fr. Juan Tadeo de San Eliseo, Fr. Dimas de la Cruz, Fr. Eliseo de San Andrés y Fr. Baltasar de Santa María.

(2) En carta a su hermano el P. Lucas de San José, C. D., escrita desde Ispahán a 22 de septiembre de 1622.

Y este P. Basilio, a quien luego envió el mismo P. Próspero a que fundase nuestra Misión de Bassorah, como en otro lugar veremos, aprendió con tal perfección dicha lengua, que llega a escribir de él nuestro P. Próspero (1): « El P. Basilio fué a Bassorah y Dios ha concurrido con él admirablemente, y tiene don de lenguas, particularmente de la áraba. Dios le dió gracia en los ojos del Bajá y de todos los grandes »

La necesidad de perfeccionarse bien en las lenguas y de pedir sujetos doctos, la vió el P. Próspero con ocasión de una gran disputa que se levantó por entonces en Ispahán a causa de un discurso de Pietro della Valle.

El P. Próspero escribe a este propósito al General de la Orden, diciéndole (2): « Hase abierto la puerta para disputar y tratar de la Ley con ocasión de un discurso que el señor Pietro della Valle hizo, en que decía cómo Mahoma no era profeta, y cómo el Evangelio no estaba corrompido, y de las adoraciones de las imágenes. Y para responder, se juntaron los más doctos mullahs, hicieron un libro, y nos enviaron a nosotros, para que respondamos.

» Pero, habiéndose abierto esta puerta, me he determinado de hacerlo escribir y enviarlo a Su Santidad, para que, con ocasión de esta respuesta, haga lo que Dios les inspirará, encomendándolo a quien le parecerá, y que nos envíe 4.000 cuerpos (ejemplares) de libros estampados, y los demos de gracia; que con esta semilla se cogerá buena cosecha, pues la mies está ya dispuesta. Mas esto ha de ser en árabo y persiano. »

Esto lo decía el P. Próspero para ganar tiempo y para batir mejor al enemigo, inundando su campo de metralla, abriéndole un fuego graneado con esas respuestas multiplicadas en los 4.000 ejemplares impresos en árabe y persa, para regalarlos gratis entre el pueblo: « ya que la puerta, como él dice, quedó abierta a la discusión ».

Entre tanto, ellos iban respondiendo y sacando copias manuscritas para los mullahs o sacerdotes persianos, o como él dice: « Nosotros aquí andamos respondiendo a dudas particulares y ejercitándonos en las lenguas ». De ahí nació entre ellos el deseo de implantar allí una imprenta poliglota para estos casos, y en eso trabajó mucho el P. Juan Tadeo de San Eliseo, cuando más tarde fué a Roma y le nombraron primer Arzobispo latino de Ispahán.

Las cartas del P. Próspero a Roma no volaban tan rápidas como su deseo, y con menos velocidad volvían sus respuestas; y menos todavía habían de volver, volando, tan-

(1) En carta del 9 de julio de 1624.

(2) De Ispahán y junio 14 de 1622. El original de ésta, como el de la mayor parte de sus cartas, está en castellano.

tos miles de libros apologéticos escritos en árabe y persa. Había escrito a Roma el 14 de junio de este año de 1622, y con fecha del 23 de noviembre del mismo año tornaba a escribir diciendo, con cierto aire impaciente, por el celo que le consumía: « Los mullahs siguen escribiendo libros en confirmación de su maldita secta, y están esperando la respuesta de aquel libro que envié a VV. RR. para Su Santidad Advierto que quien hubiere de responder, no se guíe por Ricardo de San Víctor ni Torquemada; porque suponen muchas cosas, las cuales no las tienen por acá. De Dios sienten como filósofos: no que es corpóreo, como dicen los sobredichos libros, mas muy espiritualmente. »

¡Cuánta verdad es que, en la exposición de los errores de las diferentes sectas o religiones, no han sido del todo exactos los expositores que no han convivido con los que tales errores emiten, en especial en las doctrinas del Oriente!

Siguieron las disputas adelante, y varias veces en presencia del Rey, habiendo hecho callar el P. Juan Tadeo a los mullahs más de una vez en tales discusiones. Pero el Padre Próspero insistía siempre en la necesidad de estampar en un libro todas sus objeciones con las correspondientes respuestas; y eso tan sólo habían de hacerlo en Roma, tanto por la censura pontificia en tales materias como por la impresión tipográfica, de cuyos tipos carecían los nuestros en Persia. Así es que a las respuestas dadas por los nuestros en Ispahán habían respondido los sacerdotes persas con otro libro, que el P. Próspero se dió prisa para hacerlo traducir y enviárselo al Papa. Porque con fecha del 19 de junio del 1624, unos meses antes de abandonar la Persia, vuelve a decir el celoso Misionero al General de la Orden: « Se está interpretando (traduciendo) otro libro que hicieron contra la santa fe los mullahs, y en acabándolo, con la primera ocasión lo enviaré a Su Santidad, como hice con el otro, para a quien le pareciere, lo dé para responder, y nos envíen cuatro o cinco mil cuerpos impresos, los cuales espero serán causa de la total conversión de este reino; porque Dios lo va disponiendo suave y fuertemente..... »

El venerable P. Próspero era un gran optimista; pero, en este caso, sus esperanzas eran harto fundadas, porque cinco héroes habían derramado allí su sangre por Cristo; y, acordándose de la célebre frase: « la sangre de los mártires es semilla de cristianos », esperaba que lo mismo había de suceder ahora en Persia.

Y henos aquí delante del cuadro más bello y más grandioso, que hemos podido contemplar en la historia de esta nuestra Misión de Persia, en los días de su establecimiento.

CAPITULO XV

MARTIRIO DE CINCO NEÓFITOS. — I.

Rey perseguidor. — Los cinco neófitos. — Dos confiesan con firmeza a Cristo y mueren mártires. — Arrestados nuestros Misioneros y preparados al martirio. — Valerosa respuesta del P. Juan Tadeo al Rey.

Como corona y broche con que cerraremos la historia de esta Misión en su primera época, transcribiremos una de sus páginas más gloriosas: el martirio de cinco jóvenes neófitos, llamados Elías, Chaffadir, Alejandro, José e Ibrahim.

Seguiremos de cerca una larga relación debida a la pluma del P. Próspero, tomando sus mismas palabras cuando fuese necesario; y cuando no, abreviaremos en preciso y fiel resumen lo que dice, para evitar al lector enojosas repeticiones (1).

A principios de agosto de 1621 movió el Rey de Persia aquella persecución, que ya insinuó el P. Próspero en su carta, « contra los armenios cristianos de 42 villas y lugares, en la provincia de su reino que se dice la Media, lejana de la ciudad de Ispahán cerca de sesenta leguas ». Según las noticias más exactas que llegaron a nuestro convento, el Rey « había hecho circuncidar por fuerza a cinco o seis de aquellos pueblos principales y a otros tantos sacerdotes suyos, con el fin de que se hiciesen mahometanos ». A los de otros pueblos « habíales hecho levantar el segundo dedo de la mano derecha (índice), para confesar que eran moros ».

(1) El P. Próspero escribió dos relaciones sobre esta Misión, una extensa y otra breve. La extensa la titula así: *RELACIÓN de las cosas más notables acaecidas en nuestra Misión de Persia desde el año 1621 hasta este presente de 1624, contada a nuestro Padre Paulo Simón de Jesús María, Prepósito General de los carmelitas descalzos, por el P. Fr. Próspero del Espíritu Santo, Prior de Ispahán, venido a Roma de común consentimiento de los otros Padres con el fin de obtener mayores auxilios para la salvación de aquellas almas.* La breve es un compendio de esta misma. Además, con las cartas del mismo Padre hicieron los superiores una « BREVE RELAZIONE del Martirio dei Cinque Persiani nuovamente battezzati dalli Padri Carmelitani Scalzi di Haspahán », y la publicaron en Roma, « nella stamperia de Zannetti, 1622 ». Fué traducida al francés, y se publicó « a Arras, chez Robert Maudmuy, au nom de Jesús, 1623, jouxte la Copie imprimée a Liege ». Esta edición de Lieja no la hemos visto. También la publicó la REFORMA DEL CARMEN, tomo II, págs. 925-30.

Mandó que les quitasen todos los libros sagrados, las cruces, las imágenes y todos los símbolos de la religión, de suerte que sus iglesias pareciesen más bien mezquitas. Y, para que lo pareciesen y lo fuesen de verdad, les puso santones o mullahs con el fin de que enseñasen la religión de Mahoma.

En esta ocasión fueron allí los Padres Juan Tadeo y Dimas de la Cruz, ambos muy versados en la lengua y rito de los armenios, como dijimos. Estos Padres sostuvieron a muchos, para que no renegaran, y reconciliaron a muchos más, de los que habían renegado por miedo a la muerte afrentosa con que les amenazaba el Shah constantemente. Otros, de las cercanías de Ispahán, armenios y caldeos, volvían también los ojos a Roma como única salvación. Y por estos días « muchos renegados se reconciliaron, y entre ellos un sacerdote llamado Elías, que en esta fecha (25 de noviembre de este año 1621) hizo profesión solemne de nuestra fe en mis manos, dice el P. Próspero, después de haber celebrado yo la santa Misa en su presencia y en la de todo el pueblo caldeo. »

El 28 de noviembre se bautizaron cuatro musulmanes, « que luego se llamaron Ibrahím, José, Alejandro y Alabandi ». De este último no se vuelve a hablar más en estas relaciones. Quizá hubo de volverse al mahometismo.

« Poco después, dice el P. Próspero, yo los mandé a Ormuz, y el P. Juan Tadeo les dió cartas recomendatorias para nuestros Padres de allí, con el fin de que los instruyesen en la religión católica con más seguridad, por ser Ormuz ciudad de cristianos. » Sabido es que lo dice, porque estaba aquella plaza en poder de los portugueses. Fueron, efectivamente, cuatro; pero en lugar de Alabandi, que no se cita más, fué « otro musulmán bautizado años atrás, llamado Elías, que había sido jardinero de los Padres. Este llevaba las cartas del P. Juan en donde se atestiguaba cómo eran bautizados, y se expresaban sus nombres propios, tanto de musulmanes como de cristianos. »

A las diez jornadas de camino, como supiesen que no podían pasar de Shiraz a causa de las guerras que sostenía el Gobernador persa de esta ciudad contra los portugueses, volviéronse a Ispahán Alejandro, José e Ibrahím. Solamente Elías entró en Shiraz, porque tenía allí su familia. Su mujer era también cristiana fervorosa; la habían convertido nuestros Misioneros, y en el bautismo la impusieron el nombre de Teresa. Teresa logró catequizar a un hermano suyo, que se llamaba Chassadir, y que fué asimismo bautizado por los nuestros. Ambos vivían desde entonces en Shiraz, y allí los encontró nuestro jardinero Elías. A pesar de ser difícil, como les decían, atravesar la frontera persa para ir a Ormuz, Elías y Chassadir, ambos valientes, se determinaron a ir juntos a

llevar las cartas del P. Juan Tadeo para los carmelitas de aquella plaza fuerte.

Cuando iban a poner por obra esta determinación, quiso la mala suerte, o por mejor decir, su fortuna venturosa, que tropezasen en el camino con un inglés protestante que había conocido a Elías en la capital de Persia, y el cual delató a éste al Virrey de Shiraz como cristiano y siervo de los carmelitas de Ispahán. Elías fué encarcelado y puesto en el tormento. El inglés había dicho que antes era musulmán, y se había hecho papista, renegando de Mahoma. Estando en la cárcel, fué registrado por el guardia y le encontraron las cartas del P. Juan Tadeo, en que constaban su nombre y el de sus compañeros como musulmanes convertidos. Los guardias llevaron esas cartas al Virrey persa, y éste se las dió al inglés, para que se las tradujera al persa. Estaban escritas en castellano. El inglés las interpretó a su manera, diciendo cosas que no había en ellas, con el mal fin de envolver en la causa a nuestros Misioneros de Ispahán, despreciadores de la religión del país, que les era tan hospitalario. El Virrey mandó las cartas y la interpretación del inglés al mismo Shah con un propio.

Entre tanto, llamó a su presencia a Elías, y le preguntó quién era. Respondió Elías que era franco. Díjole el Virrey: « Habla, pues, la lengua de los francos ». Elías dijo entonces que era cristiano franco, que era lo mismo que católico o del Papa. Chassadir estaba presente a esta escena, llevado allí como compañero de Elías; y, volviéndose a él de improviso el mismo Virrey, le preguntó de corrida, quién era, a dónde iba y a qué negocios. Chassadir cantó claro. Confesó que era también cristiano franco, bautizado desde hacía poco tiempo, que era cuñado de Elías, y que ambos iban a Ormuz a llevar las cartas que le habían cogido a su cuñado.

Al oír esta confesión tan rotunda y tan valiente, el Virrey montó en cólera, como queriendo despedazar a aquellos « dos perros ». Después, reportándose un poco, empleó con ellos toda suerte de astucias, para que volviesen a la religión de Mahoma: caricias, promesas de felicidades, amenazas, todo lo que pudo imaginar; pero todo fué inútil. Mandó entonces que los encarcelasen de nuevo por espacio de ocho días, al cabo de los cuales, si no dejaban la religión de los francos, los empalaría.

En aquellos ocho días sufrieron toda suerte de tormentos ideados por sus carceleros; sufrieron el hambre y la sed hasta desfallecer casi, y hubieran muerto allí, sin el auxilio de la gracia que los fortalecía. Estaban prontos a morir por Cristo, y a Cristo decían todas sus plegarias, como si le vieran ya sus ojos. Terminado el plazo, y persistiendo ellos en confesar con más ardor su fe, el Virrey mandó que fuesen

llevados a Comorán, frente por frente de la plaza de Ormuz, y allí los matasen a la vista de los cristianos.

Llegados al lugar del suplicio, dice el P. Próspero, « habiendo desollado un asno, metieron a Elías dentro de la piel, le cosieron y le empalaron; y así murió confesando a Cristo nuestro Señor ». Estando en el tormento, en las dos o tres horas que estuvo vivo, no cesó de alabar a Dios y de rogar por sus verdugos.

Chassadir se halló presente al martirio de Elías. Lejos de acobardarse y de renegar la fe de Cristo, que por eso le hicieron presenciar el suplicio de su cuñado, Chassadir no cesaba un punto de repetir que era cristiano y que envidiaba la muerte de Elías; por lo cual, cansados de exhortarle aquellos carniceros, le ligaron fuertemente a un palo y le abrieron en canal de arriba abajo, muriendo el valiente cristiano con el nombre de Cristo en los labios.

El Gobernador o Virrey de Shiraz se apresuró a comunicar la noticia de este castigo al Shah, para escarmiento de los tres que en su corte quedaban. Y, en efecto; en Ispahán contaron bien pronto con todos sus detalles la muerte horrible de estos dos cristianos francos, para hacer renegar a los otros. Pero no lo consiguieron. También llegaron las cartas con la interpretación del inglés, que estaba hecha para poner en trance de muerte a nuestros Misioneros. Y aquí vamos a ceder el puesto a la narración nerviosa y pintoresca del P. Próspero. Dice así:

« El 14 de febrero del año 1622 se presentó en nuestra casa de Ispahán, por orden del Rey, el Gobernador de la ciudad con el Alguacil Mayor de la justicia. Cuando me lo anunció el portero, hice llamar inmediatamente al P. Juan Tadeo, que sabía la lengua mejor que yo y era más conocido de ellos, y yo fui, mientras tanto, a arreglar la estancia para que se acomodaran los visitantes. Cuando fui a ellos, me dijo el Padre estas palabras: ' Padre, no se turbe V. R. Sepa que han cogido a dos neófitos con las cartas que escribí a los de Ormuz. ' Yo respondí: ' ¡Sit nomen Domini benedictum! Ea, ánimo y alegría, que trabajos no nos han de faltar '.

» Entonces el P. Juan les invitó a tomar asiento y a comer un bocado de pan y a beber un traguillo. Pero ellos respondieron que aquella no era ocasión, pues venían a cumplir el mandamiento del Rey. El Padre replicó: ' Eso no impide el aceptar nuestra invitación '. Y con muchas cortesías nos levantamos y nos dirigimos al refectorio. Allí tomaron un bocado de pan y bebieron dos veces; y en el entretanto, me preguntaron cuántos éramos, y escribieron los nombres de todos los religiosos y seglares que estaban en casa, y con esto se levantaron, salieron del refectorio y nos

encerraron a todos dentro, excepto al P. Juan que les acompañaba. Y después ligaron a Bastián, seglar cristiano, natural de Ormuz, que a la sazón estaba en nuestra casa, y lo mismo hicieron con Abdallah y un hijo de Elías, que estaban a la puerta del convento. Y sellaron los ministros del Rey todas las puertas de las celdas e iglesia.

» En esto llegaron los PP. Dimas y Basilio, a los cuales había yo mandado a Chulfa. Y sabiendo ellos lo que nos pasaba, aunque todos los cristianos les persuadían de que no vinieran a casa, sino que fuesen a los Padres agustinos o a otra parte, no quisieron, sino antes bien respondieron diciendo: ' Si ellos, nuestros hermanos, han de morir, moriremos nosotros con ellos'. Y así, entre los guardias y ministros de justicia que sellaban las puertas, vinieron al refectorio, donde estábamos nosotros en oración. Yo pregunté al P. Basilio si estaba todavía en ayunas, y me respondió que sí. Entonces díjele yo: 'Vaya V. R. por amor de Dios, y vea si puede entrar en la iglesia por la celda del Hermano Diego, y consuma el Santísimo Sacramento, para que no sea profanado'. Y fué y lo consumió, y después volvió a donde estábamos los demás, y se puso en oración con nosotros, hasta que volvió el P. Fr. Juan, que andaba acompañando al Gobernador. Venido que fué, díjele yo: 'Vea V. R. si puede hacer con el oficial de guardia que nos den los breviarios para rezar y nos abran las oficinas'. Y con esto, lo llamamos, y él mandó uno al Gobernador, y volvió con orden de que nos abriesen y que con su licencia fuésemos al Diván Chaine, esto es, a la casa de la Audiencia. Y nos comenzamos a preparar para el martirio. »

No dice el P. Próspero lo que les sucedió en la Audiencia, ni el interrogatorio a que fueron sometidos, ni si fué estando todos juntos o separados. Pero de una carta suya se desprende lo que pudo ser, puesto que les mandaron volver a casa, y « aquella noche, dice el Padre en esa carta (1), nos prohibieron que rezásemos, creyendo que haríamos algunos encantos o hechizos; pero hicimos lo que Daniel..... Vuestras Reverencias consideren cuáles podíamos estar: la casa llena de guardias y las puertas cerradas; nosotros todos juntos, preparándonos para morir..... »

Y sigue diciendo en la RELACIÓN extensa:

« El martes por la mañana, a 15 de febrero, hecha la oración, en la cual se leyó la vida de San Lorenzo mártir, tal como está en el Breviario, yo hice confesión general, y todos los demás religiosos la hicieron luego conmigo. Y así estuvimos todo aquel día, esperando que viniesen por nos-

(1) Dirigida « A N. Padre General y Definidores: De Ispahán y marzo a los 10 de 1622 », El original en español.

otros, para matarnos por la fe de Cristo Señor nuestro. Esperábamos ser mártires, e hicimos muchos actos de martirio, pidiendo a Dios que nos diese fortaleza.

» A las 20 horas, poco más o menos (1), llegó el Secretario del Gobernador con la carta que habíamos dado a Elías para los Padres de Ormuz; pues este Elías pasó adelante en su camino, mientras los otros volvieron atrás por causas de las guerras que había en aquellas partes. Elías fué hecho prisionero por el Kan de Shiraz, y los ingleses descubrieron que era cristiano, y ellos fueron los que trasladaron la carta de la lengua española a la persiana. Dieron tormento a Elías, y éste confesó de qué lugar eran los otros recién convertidos a nuestra fe, cuyos nombres aparecían en la carta

» La carta que llevaba, juntamente con la interpretación que de ella hicieron los ingleses, se la envió el Kan de Shiraz al Rey, el cual, por medio de este Secretario, nos la mandó a nosotros con orden de que dijese al Padre Juan: 'Dice el Rey que veáis si esta escritura es vuestra, y si la interpretación de ella es buena, y que por qué hacéis a sus súbditos cristianos; si esta es la gratitud que se debe a los honores que siempre os ha dispensado, y al pan y sal que juntos habéis comido a su mesa.'

» El Padre contestó: 'Decid al Rey que la carta es nuestra, pero que la interpretación está mal hecha. Escribid, que yo os la interpretaré como se debe y con verdad'. Y así el Padre la interpretó, y el Secretario la escribió. Y luego añadió el P. Juan: 'Escribid también al Rey que los honores que me ha otorgado y el pan y la sal que he comido con él a su mesa, los estimo en cuanto estimarse deben; pero que jamás han de ser causa para que yo deje de hacer lo que debo hacer, y de cumplir con mi profesión de ministro de Cristo que soy. Que diga el Rey: Si fuesen a él algunos cristianos para que los hiciese mahometanos, ¿no los haría? ¿Y no ha hecho mahometanos por fuerza y con dineros a muchos armenios y georgianos? Pues lo mismo haré yo cristianos, sin forzarlos ni darles por ello dinero, sino diciéndoles solamente la verdad, a cuantos quisieren oírla y hacerse cristianos. Y si el Rey en persona me viene a pedir el bautismo, yo, después de prepararle como se debe, le bautizaré; pues a esto, y no a otra cosa, he venido a sus reinos.'

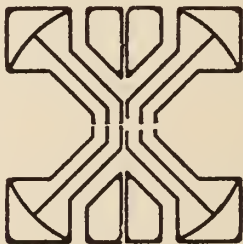
» Con esto, se marchó el Secretario; y, cuando nosotros nos preparábamos para la muerte, teniendo por cosa cierta que en seguida nos mandarían a llamar, o mandaría el Rey

(1) Según la hora musulmana, cuatro antes de ponerse el sol; puesto que a la puesta del sol cuentan 24 horas, y a esa hora la llaman « las veinticuatro ».

a que nos mataran en nuestra casa, sucedió todo lo contrario; porque volvió el mismo Secretario a la hora de la oración, y nos dijo cómo el Rey se había alegrado mucho, así de la verdadera interpretación de la carta, como de la respuesta del P. Juan; y cómo se había revuelto contra todos aquellos mullahs que pedían nuestra muerte, diciendo que, si no nos hacía morir, su secta sería destruida. Pero el Rey respondiéndoles que nosotros no teníamos culpa alguna, y que hacíamos lo que debíamos. como ministros de Cristo que éramos; y que de la misma manera que él hacía moros a los cristianos que lo deseaban, así también nosotros hacíamos cristianos a los que querían hacerse; y, en fin, que no nos diesen fastidio, sino que siempre nos honrasen. »

Con la defensa que tomó el Rey en persona, se conjuró el peligro de muerte que amenazaba a los Misioneros, con harta sentimiento de éstos, que tan bien preparados estaban ya para padecer martirio. Pero no cesaron por eso sus oraciones, y todavía les quedaron las esperanzas de dar su sangre por Cristo.

¡Se cambiaban allí tan fácilmente los vientos!



CAPITULO XVI

MARTIRIO DE CINCO NEÓFITOS. — II.

Los presos ante los Misioneros. — El P. Juan abraza a los dos cristianos. — Al suplicio. — Te Deum laudamus. — El quinto mártir. — La noticia en Roma. — Efecto en Persia. — Declaración jurada.

Aquel mismo día, 15 de febrero, por la noche, « estando rezando maytines, prosigue el P. Próspero, llegaron los ministros de justicia con gran rumor, trayendo consigo ocho personas ligadas a una cadena, entre las cuales venían Ibraim y José. Yo salí a su encuentro acompañado de los Padres Juan y Baltasar. Los demás se quedaron en el coro; y, notando el versículo que estábamos diciendo cuando salimos nosotros, se detuvieron y nos esperaron, sin pasar adelante. El versículo era aquel del Salmo 65, que dice: *Induxisti nos in laqueum, posuisti tribulationes in dorso nostro, imposuisti homines super capita nostra* (1).

» Salimos fuera, y nos encontramos con los ministros de la justicia que llevaban las personas aquellas encadenadas, y nos dijeron que jamás el Rey nos había favorecido tanto como en aquella ocasión; porque, pidiendo todos nuestra muerte, diciendo que habíamos hecho quién cuatro mil, quién cinco mil y hasta siete mil cristianos, él replicó que decían mentira, y que eran todos unos escarabajos; que no habíamos hecho más cristianos que aquellos; que hacía 20 años (2) que trataba al P. Juan, y jamás le había cogido en una mentira; que condujesen a aquellos ocho delante del Padre, y que los que dijese él que no eran cristianos, los dejasen libres.

» Presentándole, pues, de parte del Rey los encadenados, le dijeron que dijese si aquellos ocho eran cristianos. El Padre entonces mandó a todos que guardaran silencio, y comenzó a hacerles una exhortación de la diferencia entre

(1) Que quiere decir: « Nos guiaste a donde estaba el lazo; echaste tribulaciones sobre nuestras espaldas; impusiste los hombres sobre nuestras cabezas. »

(2) Era un decir exagerado: no hacía más que 14 años que el P. Juan estaba en Persia.

la religión cristiana y las otras sectas, diciendo: 'Nosotros, que somos cristianos, debemos confesarlo delante del Rey y de sus ministros todas las veces que nos fuere preguntado, sin temor a la muerte'. Y con otras razones semejantes, los animó a confesar a Cristo, y lo mismo hacían aquellos ministros

» A todo esto, José dijo: 'Yo no he venido sino una sola vez a esta casa'. Entonces el P. Fray Juan le dijo: 'Hijo mío, bien sabes tú las veces que has venido. Lo que yo te digo, es que quien es cristiano, debe confesarlo sin miedo a la muerte'. Y después de otras muchas razones, sabiendo el P. Juan que en aquella carta famosa estaban escritos los nombres, tanto moros como cristianos, de dos de aquellos encadenados, abrazó a Ibrahim y a José, diciendo: 'Estos son mis cristianos'. José echóse a llorar, por verse descubierto; pues tanto él como Ibrahim habían negado ante el Rey que fuesen cristianos.

» El P. Juan llamó aparte a los ministros, y les rogó que procurasen librarlos sin reparar en dineros, que él se los daría a satisfacción. Así lo prometieron ellos. Y con esto se fueron los cristianos más consolados. Nosotros volvimos a nuestros maytines; pues, como dije, nos esperaban los otros Padres sin haber pasado adelante, por considerar cuán a propósito habían venido aquellos versículos que rezábamos cuando salimos nosotros; y ahora proseguimos diciendo: *Transivimus per ignem et aquam, et eduxisti nos in refrigerium. Introibo in domum tuam in holocaustis; reddam tibi vota mea, quae distinxerunt labia mea* (1), más llorando que rezando, con la alegría de tal consolación.

» El miércoles, 16 de febrero, estando en la oración de la mañana, en la cual se leyó la vida de santa Catalina, virgen y mártir, volvieron los mismos ministros con los ocho encadenados, y nos llamaron a la puerta, y salimos el P. Juan y yo. Y mientras el P. Juan hablaba de nuevo con los ministros sobre la libertad de los dos cristianos mediante una buena suma de dinero, yo fui a ver si encontraba algo que dar de comer a aquellos pobres prisioneros; y, no hallando otra cosa que pan, se lo llevé en el escapulario; y con alegría lo tomaron José e Ibrahim solamente, no queriéndolo coger los otros por ser señal manifiesta, entre ellos, de ser cristianos. Y con esto los llevaron donde estaba el Rey, que era en un lugar ocho o nueve millas distante de Ispahán. Nosotros nos quedamos haciendo nuestros ejercicios ordinarios, y perdiendo

(1) Significa: « Pasamos por el fuego y por el agua, y nos llevaste a refrigerarnos: entraré en tu casa con holocaustos: te devolveré mis votos, los votos que pronunciaron mis labios. »

casi por entonces la esperanza de sufrir el martirio por Cristo.

» El jueves por la mañana, 17 de febrero, concluida la oración, en la cual se leyó la vida de San Ignacio mártir, llegó Abdallah, cristiano que servía en nuestra casa, y nos dijo cómo ya los habían sacado (a los cristianos) de la prisión para ajusticiarlos, yo le dije que tornase a ver cómo morían, y que nos lo avisase; y todos nos pusimos en oración. Yo dije a los Padres: « No pidamos a Dios otra cosa por ahora, si no que sea santificado su santo Nombre. Y así empezaron todos a decir y a repetir el *Pater noster qui es in coelis, sanctificetur Nomen tuum*; hasta que volvió Abdallah, y nos contó cómo habían apedreado y luego dado fuego a los dos cristianos, y cómo éstos habían confesado a Jesucristo, Señor nuestro, negándose a profesar la religión de Mahoma, aunque los ministros de justicia trataron de persuadirles a que lo hicieran. Y esto mismo nos dijo el Gobernador de la ciudad, que vino a vernos, y los guardias que teníamos a la puerta y muchos otros cristianos que se hallaron presentes. Nosotros dijimos el *Te Deum laudamus*, a pesar de habernos prohibido aquel día que rezásemos ni hiciésemos oración, creyendo que podíamos hacer alguna hechicería o encantamiento para que no pudieran matar a nuestros cristianos.

» Este mismo día nos abrieron la iglesia y las celdas; y, habiendo dado la satisfacción que pudimos, se fueron todos los guardias, y nosotros comenzamos a hacer nuestros ejercicios de costumbre. Por la noche, mandé al Hermano Diego, vestido de seglar, para ver cómo habían quedado los cuerpos de los cristianos, y, si podía, trajese lo que pudiese de ellos; pero volvióse sin haber podido conseguir nada. Entonces envié al Alguacil de justicia un recado con un su pariente, para que nos diese los cuerpos de los cristianos, prometiéndole remunerarle debidamente. Quedó maravillado al oír mi petición, y dijo: 'Grande es la fuerza de la fe de los cristianos, porque, habiendo sufrido este trabajo y contradicción tan grande, ahora me piden los cuerpos de los cristianos'. Sin embargo, nos respondió con mucha cortésia que no podía acceder a nuestra demanda. Pero después nos concertamos con un su pariente que, dándole un tumán, que son 17 escudos, nos los traería. Y así fué, en efecto; porque una noche nos trajo el cuerpo de Ibrahim medio carbonizado y sin la cabeza. El cuerpo de José lo habían tomado ya otros cristianos, y tengo entendido que a los guardias se lo habían pagado bien.»

Hasta aquí lo que dice la RELACIÓN del P. Próspero referente al martirio de Elías y Chassadir que murieron en Comorán frente a la plaza de Ormuz, y de Ibrahim y José, que murieron apedreados a siete millas de Ispahán.

Y aquí se preguntará el lector: ¿Pues no eran cinco los mártires? ¿Qué se hizo del otro, llamado Alejandro?

Murió apedreado a la primera. Es decir, que, cuando se presentaron la primera vez delante del Rey, Alejandro, sin titubeos, confesó valientemente que era cristiano, y el Rey mandó que muriera apedreado, como San Esteban.

Así lo dice el mismo P. Próspero en la carta que escribió al General de la Orden y a los Definidores de Roma, dándoles cuenta detallada del martirio.

Por cierto, que allí se dan los siguientes detalles de la muerte de José e Ibrahim, que no se dicen en la RELACIÓN, y concluye con una lacónica frase sobre la muerte de Alejandro. Véanse (1): « Al fin mandó el Rey que fuesen apedreados. Y se dió un pregón por toda la ciudad que los que amaban a Mahoma, viniesen con piedras para matar a aquellos que habían renegado de su ley. Fueron al lugar adonde habían de ser apedreados los cristianos. Y se apeó la justicia, que era el mismo Gobernador, que es renegado, y con los mullahs les pidió que hiciesen la profesión de fe de Mahoma. Y respondió José (aquel que primero había dicho al Rey que no era cristiano): 'Que no quería de ninguna manera hacer la profesión de Mahoma: ¡que le matasen!' Y estándolo apedreando, y teniendo la cabeza hecha pedazos, decía no sentía dolor ninguno. El otro, Ibrahim, no habiendo querido hacer la profesión de fe de Mahoma, al tiempo que le ataron, le dijo al verdugo que él le perdonaba, y deseaba que el Señor no le pidiese cuenta de su sangre.

» En fin, concluye el P. Próspero, murieron apedreados, y después fueron quemados, y con tener guardias sus cuerpos, no faltaron cristianos, que, sin que se quedase cosa de ellos, los desaparecieron. Sintió muchísimo la justicia el haberlos ajusticiado, porque no creyó que hubieran estado tan fuertes. Y así decían todos: '¡Más fuerte es su fe que la nuestra!' El Rey había hecho apedrear al otro que se llamaba Alejandro, porque luego que los llevaron a su presencia, confesó ser cristiano. » Murió el primero, a las puertas de Ispahán.

La impresión, que causó el martirio de estos cinco atletas persianos, fué enorme en Persia por aquellos días, por los caracteres que revistió su muerte, de alegría en el suplicio: cosa no vista en los que a diario mandaba sacrificar el Shah a bastonazos o comidos por los perros, como dijimos en otra parte. Ahora se sentía hervir allí la sangre de los mártires.

Y si grande fué la impresión que causó en Persia, no fué menor la que causó en Roma, sobre todo entre los nuestros,

(1) Carta del 10 de marzo de 1622, antes citada.

a pesar de que allí oían hablar a cada paso de cristianos martirizados en China, en el Japón, en todas partes. De ahí las relaciones que se publicaron en seguida de estos martirios en diversas lenguas, como indicamos arriba.

Y ¡coincidencia digna de notarse! aquel mismo año de 1622 acababa de fundarse la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, y el Ven. P. Domingo de Jesús María, que fué su *más insigne Promotor*, en una junta de la misma Congregación « distribuyó, entre los miembros que la componían, un folleto impreso, en el que se narraba el conmovedor martirio de cinco neófitos persianos de la Misión de los carmelitas de Ispahán, en donde habían sido martirizados aquel mismo año en odio a la religión de Cristo, que habían abrazado »: Así se lee en las Actas oficiales de la Propaganda (1).

Parece extraño que esta causa no haya sido presentada en Roma para elevar a estos mártires al honor de los altares. Nos lo explicamos nosotros, que hemos tenido que intervenir alguna vez en estas cosas revolviendo archivos, por la desorganización que causó, en todos los archivos romanos, el latrocinio en ellos cometido por las tropas de Napoleón, según lo hemos indicado en otro libro (2).

Por otra parte, las vicisitudes corridas por las revoluciones y exclaustraciones del siglo XIX, fueron causa también harto desfavorable para hacer investigaciones en los archivos. Y allí duermen el sueño del olvido tantas y tan memorables actas que contienen la gesta maravillosa de estos héroes que se llaman Misioneros, y de éstos que dieron su vida por la fe que se llaman mártires.

Por fortuna, creemos nosotros, salvo el juicio de la Santa Sede, al que nos rendimos con absoluta sumisión, se conservan documentos fidedignos y fehacientes de este glorioso hecho en nuestros Archivos de Roma, que es de donde nos hemos documentado nosotros, como lo viene viendo el discreto lector.

Por si no bastase lo dicho, todavía hay más cartas y más documentos de los que arriba hemos recogido.

El P. Próspero hizo todo lo posible en lo humano, dadas las circunstancias por las cuales atravesaba entonces la Persia, para enviar copiosas informaciones a Roma sobre el martirio de estos cinco neófitos.

En la misma carta citada, que debió de emplear varios días en escribir, e iba recogiendo las noticias según llega-

(1) Acta Congreg. de Propaganda Fide, vol. III, fol. 19 vº., en el Archivo de la dicha S. Congregación. Cfr. Nuestra obrita LA ORDEN DE SANTA TERESA Y LA PROPAGANDA FIDE, pág. 76. Madrid, 1923.

(2) VIDA del Ven. P. Fr. Juan de Jesús María, pág. 230, nota 1.

ban a su conocimiento o según se lo oía relatar a testigos presenciales, nos sigue dando notas curiosas a este propósito, incluso dice que mandó abrir una información formal sobre este martirio. Porque escribe: « Es cosa de gran gloria de Dios ver el sentimiento que la ciudad generalmente hizo, porque todos creían que nos habían muerto con varios géneros de tormentos. Y luego que se acabaron las muertes, salimos un día el P. Fr. Juan Tadeo y yo a dar una vuelta por la ciudad; y el aplauso y contento con que todos nos miraban, era muy grande, y todos bendecían a Dios »

» Estamos muy contentos, como es justo que lo estemos, pues ya se han comenzado a recoger algunos granos en las trojes, y 43 tierras que se habían hecho moras, con este ejemplo están todos sus habitantes aparejados a morir por Cristo. Y ha mandado el Rey que cada uno viva en su ley, y que se les vuelvan sus libros a los armenios francos. ¡Obra digna de la muerte de cinco mártires! »

« La información hecha de los mismos ministros de justicia, la enviaré cuando tendré comodidad »: con las cuales palabras parece indicar que ya la tenía en su poder. « Esperamos en el Señor, añade, que, con este riego de sangre que se ha hecho, hemos de tener muy buena recolección. El trueno se ha sentido por todas estas partes. Los que vendrán, vengan preparados, que ya está abierto el camino Ahora ya no nos vienen a visitar para otro fin, sino para noticia del Evangelio. »

El 11 de abril escribió el infatigable P. Próspero, dando ya más cumplidas noticias sobre las informaciones, y aun envió algunas de estas informaciones a Roma; pues dice al General de la Orden: « Ahí envió una breve información de testigos de vista. Vuestra Reverencia la vea y haga ver a los demás, que será de gran consolación. Los otros testimonios, que van en caldeo, se han examinado según su modo y costumbre, estando yo delante y tomándoles juramento. Podía enviar, tanto de moros como de cristianos, infinitos; pues toda la ciudad en esto conviene, y todos dicen como si uno parlara. Y, pues va la RELACIÓN tan cumplida, no quiero ser más largo en esto »

Siguiendo su correspondencia, tuvo otro detalle interesante de la muerte de Elías en Comorán, y se apresura el Padre a comunicársela « a Nuestros Superiores Mayores », para que la incorporasen a las informaciones de su martirio, y fué éste el detalle (1): Elías « estuvo cerca de tres horas vivo, invocando a Jesús y María, y haciendo la Cruz; y cuando le faltó el, habla no hacía sino hacer la Cruz; y,

(1) Carta del 22 de noviembre de 1622.

estando de esta suerte, tirándole un mosquetazo, diéronle en el corazón: y así murió »

Una de las informaciones a que alude el P. Próspero en la carta del 11 de abril, la hemos visto en nuestro Archivo general de Roma, y, como corona de este capítulo, la insertaremos aquí, aunque sólo trata de la muerte de José y de Ibrahim. Es del tenor siguiente (1):

« A cinco de abril de 1622, por mandado de nuestro Muy Rev. Padre Próspero del Espíritu Santo, Prior de este convento de Jesús María, fué llamado Francisco Souza, natural de Ormuz, para que depusiese y declarase debajo de juramento, según forma de derecho, lo que vió y oyó acerca de las muertes de Ibrahim y Joseph, cristianos persianos; y habiendo el dicho Padre tomado el juramento, y jurado este testigo en forma sobre la Cruz y santos Evangelios, de decir verdad a lo que fuere preguntado y ha visto y oído acerca de las dichas muertes, como testigo de vista, dijo:

» Que conoció a Ibrahim y Joseph el día que los trajeron presos, y se halló presente cuando les pusieron argollas y cadenas al cuello, por estar dicho testigo en el servicio del Corregidor, y estar la cárcel en la misma casa. Y asimismo dice haberlos visto cuando los sacaron de la prisión, y que, como cristiano, los acompañó hasta el lugar del suplicio; y, por ser criado del Corregidor, se halló presente hasta que fueron apedreados y quemados.

» Item: Fué preguntado si oyó el pregón y bando que se dió por la ciudad. Respondió que el Pregonero Mayor de la ciudad, a caballo, paseó por la ciudad y por todas las calles públicas, pregonando a alta voz que era mandamiento del Rey, que todo el pueblo y fieles de Mahoma y que amaban su fe, tomasen piedras y fuesen con ellas al lugar de la horca, y que, a lluvia de pedradas, matasen y quemasen a dos infieles que habían dejado la fe de Mahoma y tomado la fe de Cristo.

» Item: Fué preguntado que diga lo que oyó y vió desde que salieron de la cárcel, y lo que decían por el camino. Dice que los iban exhortando los moros a que tomasen la ley de Mahoma, por ser mejor que la de Cristo; que la ley de Mahoma era buena y la de Cristo era mala. El Ibrahim no respondió a nada; mas Joseph decía que ya había de morir por Cristo.

» Item: Fué preguntado qué cosa oyó y vió al tiempo que llegaron al lugar del suplicio. Declaró que habiéndolos traído por el camino a pie, las manos atadas atrás, las cabezas descubiertas, y cada uno con dos hombres que les

(1) Título: *DEPOSICIÓN JURADA sobre la muerte de Ibrahim y Joseph, cristianos persianos*. No lleva fecha y está escrita en castellano.

tenían sujetos por los hombros, llegados al lugar del suplicio de la misma manera que vinieron, los ataron espaldas con espaldas, metiendo una soga por los pechos que aligaba los dos cuerpos echados de cuestras. Después, a cada uno tornaron a ligar con una cuerda, desde el pescuezo hasta los pies, lo más estrecho que pudieron.

» Estando de esta suerte, el Corregidor los mandó decir y persuadirles que hiciesen profesión de la secta de Mahoma: *Xahadet*; pues es testimonio de la fe de Mahoma. Respondió Joseph: 'Ahora es tiempo de morir y de hablar verdad. Nosotros estamos fuera de la secta de Mahoma y tenemos la fe de Cristo. Ahora, haced lo que quisiéredes.' Dando esta respuesta, el Corregidor y el Alguacil mandaron al pueblo que los apedreasen; y tocando siete u ocho piedras en la cabeza de Joseph, dijo: 'Dad lo que quisiéredes, que no me duele nada.' Y esto decía teniendo ya la cabeza rompida. Y, oyendo estas palabras, un ganapán tomó una piedra grande, y, llegando cerca, le dió con ella en la cabeza, y no habló más, y murió.

» Se fueron el Corregidor y el Alguacil Mayor, dejando orden para que los quemasen; y, habiendo encendido el fuego, se quemaron.

» Y esto es lo que sabe como testigo de vista, siendo común aclamación de todo el pueblo, que, por no haber hecho el *Xahadet*, que es la profesión de Mahoma, habían muerto infieles. Y por esta causa los ministros Corregidor y Alguacil Mayor prohibieron que se les diese sepultura; y que, pues habían muerto cristianos, no se les diese sepultura: que los comiesen los perros.

» Y por verdad, hizo esta señal (una †), rogando al Reverendo Padre Fray Juan Tadeo de Sancto Eliseo, que firmase por él. »

Luego sigue este atestado:

» Digo yo, Fray Próspero del Espíritu Santo, Prior de este convento de Jesús María, que hago fe de que esta copia concuerda con el original, y por ser verdad, lo firmo de mi nombre: Fr. Próspero del Espíritu Santo, Prior. »

¡Ojalá que a esta verídica narración histórica, que éste es el valor que la damos, ponga la Iglesia su divino sello, y pase a insertarla en las *Actas de los Mártires* !



EPILOGANDO

BRILLANTE NOMENCLÁTOR.

Hemos terminado este breve compendio de la historia de nuestra Misión de Ispahán en su época primitiva, o sea desde la fundación hasta el glorioso martirio de estos cinco valientes neófitos.

Queda desbrozado el camino para una extensa historia, tan buena como se la merece esta Misión y sus Misioneros, grandes figuras del apostolado católico.

No vamos a despedirnos de ellos. Hemos de encontrarlos todavía en nuestro camino muchas veces y en otras varias Misiones.

Al P. Juan Tadeo le veremos muy pronto en Shiraz, ciudad de Persia que recuerda a Ciro el Grande, en donde prendieron y encarcelaron a los dos neófitos Elías y Chassadir.

Al P. Redento de la Cruz, que desapareció de la Misión sin que hayamos visto ni oído citar su nombre en estos últimos años, le hemos de ver como embajador del Rey de Persia al Rey de España, en compañía de don Roberto Shirley.

Al P. Vicente de San Francisco, el andariego valenciano, Visitador de estas Misiones, según se dijo rápidamente al pasar por Ispahán, hemos de tratarle más despacio en la Misión de Ormuz, cuyo fundador primero ha sido él, sin disputa ninguna.

Al P. Basilio de San Francisco, el portugués, le hallaremos de fundador en la Misión de Bassorah, en el Golfo Pérsico, a donde le envió el P. Próspero del Espíritu Santo, siendo Prior de Ispahán, y a quien sucedió años más tarde en el oficio de Vicario del Monte Carmelo.

Al P. Dimas de la Cruz, toscano, gran arabista, gran Misionero y tan humilde, que llegó a renunciar un obispado después de haberle enviado el Papa, no sólo las Bulas, sino también los ornamentos pontificales como regalo, le veremos todavía en Persia, como compañero y continuador de la obra del P. Juan Tadeo en la Misión de Shiraz.

El P. Leandro de la Anunciación, el Misionero-poeta, burgalés, ha de ser uno con quien más nos encontremos,

por lo mucho que hizo, trabajó y escribió en las Misiones de Ormuz y de Goa.

Con el P. Próspero del Espíritu Santo nos tropezaremos a cada paso, y le veremos siempre el mismo, en Persia, en Siria y en el Monte Carmelo.

Nada decimos del P. Paulo-Simón de Rivarola, el primer « condottiere » de nuestros Misioneros; porque bien sabido tenemos que desde Roma, como Procurador General unas veces, como General de la Orden otras, y siempre como entusiasta por sus Misiones, fué uno de los que favorecieron, encauzaron y guiaron el espíritu misional carmelitano por el mundo, animando y ayudando, como pocos, a todos sus Misioneros.

Estas son las primeras figuras que han aparecido hasta el presente en nuestra historia en la época primitiva. Hay otra que pudo ser tan relevante y más, quizá, que éstas, pero desapareció muy pronto del teatro de nuestras Misiones. Fué el ecijano P. Luis Francisco, fundador de Tatta en el Gran Mogol, quien, al acabar de bautizar unos neófitos, murió en la misma iglesia, a donde quiso ser llevado, estando enfermo de toda gravedad, sólo por cumplir la palabra que había dado de bautizarlos en tal día y a tal hora, como veremos en el tomo siguiente.

¡De este metal eran aquellos Misioneros teresianos!



APÉNDICE

LA CLAVE Y LA CONTRACIFRA

de nuestros Misioneros de Persia y Goa.

A título de curiosidad, vamos a publicar este apéndice con la Clave y Contracifra que usaban nuestros Misioneros, principalmente los de Persia y Goa, escribiendo a Roma, por las dificultades y peligros que habia en la correspondencia lisa y llana, siendo esta la causa de que se perdieran muchas cartas de los Misioneros a los superiores y de éstos para los Misioneros.

Se halla todo esto en una hoja volante, escrita en 1630, que se guarda en nuestro Archivo general de Roma. El original está en lengua italiana. La escritura secreta de la Clave tiene puestos números en lugar de las equivalentes letras. Ciertas palabras, corrientes entre Misioneros, están reemplazadas por las que son más corrientes y molientes entre mercaderes. Precisamente la palabra « predicadores », que es como decir « Misioneros », está reemplazada por la de « mercaderes ». Y así se entendían los nuestros tan lindamente, y despistaban a los que pudieran interceptar su correspondencia con Roma.

La Clave.

A	B	C	D	E	F	G	H	J	L	M	N
320	58	402	212	47	89	286	50	71	500	332	154

O	P	Q	R	S	T	V
26	103	39	134	65	4	15

X	Y	Z	etc.
78	506	306	12

La Contracifra

en donde se reemplazan unas palabras por otras.

Palabra abierta.

Papa.
Cardenal.
Emperador.
Rey de España.
Rey de Francia.
Gran Turco.
Rey de Persia.
Propaganda Fide.
Patriarca.
Arzobispo.
Obispo.
Sacerdote.
Fraile.
Iglesia.
Predicador.
Prelado.
Pueblo.
Doctrina Católica.
Libro.
Obrero.
Fiel.
Latino.
Griego.
Armenio.
Maronita.
Nestoriano.
Jacobita.
Cofto.
Abisinio.
Georgiano.
Turco.
Arabe.
Moro.
Persa.
Judío.
Jeque de Babilonia.
Número.

Palabra velada.

Tela de oro.
Púrpura.
Velludo recamado.
Damasco rojo.
Damasco blanco.
Damasco verde.
Damasco morado.
Escarlata.
Velludo violáceo.
Raso violáceo.
Raso verde.
Saya negra.
Estameña.
Nave.
Mercader.
Marinero.
Mercancía.
Dinero.
Aviso.
Remo.
Pan.
Seda.
Bombasí.
Índico.
Paño.
Sayal.
Agalla.
Pimienta.
Canela.
Clavillo.
Ruibarbo.
Escamonea.
Agárico.
Belzuar.
Dátil.
Damasco amarillo.
Caña, onza o dracma.

No hay duda de que tuvo muy buena inventiva el que ideó tal contracifra, y que no deja de tener su grano de sal y su poco de pimienta al caracterizar algunos pueblos, cosas y personas, sobre todo a los turcos, árabes y judíos.

Si los nuestros esperaban la nave de tela de oro con muchos avisos y dineros para comprar panes, clavillos, sayal etc., porque les iba mal con el comercio de dátiles, ruibarbo y escamonea, querían decir según su contracifra: « Que esperaban de la Iglesia del Papa muchos libros de doctrina católica para alimento de los fieles, para convertir a los georgianos, nestorianos etc., por la guerra que les hacían los judíos, turcos y árabes ». No es más que un ejemplo, como otro cualquiera, que se nos ocurre a nosotros.



BIBLIOGRAFÍA

OBRAS PUBLICADAS

Además de las de carácter general de nuestras Misiones, que citamos en la BIBLIOGRAFÍA del libro anterior, hemos consultado las siguientes, como principales:

VIAGGI ORIENTALI *del P. Filippo della SS. Trinità*, Generale dei Carmelitani Scalzi: Nei quali si descriuono varii successi, molti Regni dell'Oriente, Monti, Mari e Fiumi; la successione dei Principi dominanti, i Popoli Christiani et infedeli, che stanno in quelle parti. — Si discorre ancora de gli Animali, Alberi, Piante e frutti; delle Missioni, dei Religiosi, e di molti casi degni della curiosità di chi legge. — In Venetia, M.DC.LXXVI. Presso Gio: Pietro Brignonci.

VIAGGI *di Pietro della Valle*, « il Pellegrino », descritti da lui medesimo in Lettere familiari all'erudito suo Amico Mario Schipano. — *La Persia*. — In Bologna M.DC.LXXVII, presso Gioseffo Longhi.

COMENTARIOS *de don Garcla de Silva y Figueroa*, de la embajada que, de parte del Rey de España don Felipe III, hizo al Rey Xa Abas de Persia. Los publica la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*. Madrid, M.CM.III - M.CM.V, en dos tomos.

DOCUMENTOS INÉDITOS

RELACIONES Y CARTAS de los principales Misioneros de Ispahán, como fueron: los PP. Juan Tadeo de San Eliseo, Vicente de San Francisco, Redento de la Cruz, Leandro de la Anunciación y Próspero del Espíritu Santo, los cuales escribieron la mayor parte de sus CARTAS Y RELACIONES en castellano.

Estos documentos se conservan en nuestro Archivo generalicio de Roma, en su mayoría, si bien una buena parte de ellos, en especial RELACIONES de la Misión, se guardan en el Archivo de Propaganda Fide.

Las fechas de estos documentos corren desde el 1608 al 1625, por lo regular, cuyo período llamamos nosotros de fundación o establecimiento de esta Misión de Ispahán.

En sus respectivos lugares van las citas de las CARTAS Y RELACIONES de los Misioneros mencionados, como principales, y de algunos otros que no lo fueron tanto.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
AL LECTOR	5
CAPÍTULO I. — <i>Descripción territorial.</i> — El territorio del Irán ó Persia antigua. — Límites, superficie, orografía, fauna, flora, etc. — El P. Felipe de la Santísima Trinidad, que recorrió la Persia en 1629, describe hermosamente los reinos de los persas, de los partos y de los medos	7
CAPÍTULO II. — <i>Descripción de Ispahán y su Rey.</i> — Ispahán descrita por don García de Silva, embajador del Rey Católico. — Barrios, mezquitas, conventos. — Lo que dice de ella el P. Juan Tadeo. — Retrato del Shah Abbas por el mismo	17
CAPÍTULO III. — <i>La Misión de Ispahán.</i> — Inaugúrase la residencia misional. — El P. Juan Tadeo. — Primer fruto de conversiones: dos distinguidos personajes. — Su embajada a Europa y España. — Persecuciones que parecen novela y son historia. — Su regreso a Persia	24
CAPÍTULO IV. — <i>Una mujer fuerte.</i> — Fiesta literaria. — Persecución contra Teresa Sampsonia. — Condenada a ser quemada. — Valiente confesión de la fe. — Muere su esposo. — Defiéndenla los Misioneros. — Sangre en una reliquia. — Vuelve la heroína a Roma. — Su vida, muerte y epitafio.	34
CAPÍTULO V. — <i>Nuevos Misioneros en marcha.</i> — Amor a las Misioneras entre carmelitas. — Marchan dos más a Persia. — Entre fiestas y zozobras arriban a Alejandreta. — Entre asaltos y heridas llegan a Alepo. — Caso maravilloso	43
CAPÍTULO VI. — <i>De Alepo a Ispahán.</i> — Agasajados por el Reverendísimo Custodio. — En marcha. — Río abajo 22 días. — Semana Santa en Bagdad. — Sinlestras noticias. — Beso apostólico a Persia. — A toda prisa a Ispahán.	51
CAPÍTULO VII. — <i>Pintoresca audiencia del Rey.</i> — Alegría del Padre Juan Tadeo. — Animada entrevista con el Shah. — Breve de Paulo V. — Despectiva acogida del altivo Soberano. — Defensa general del valiente riojano. — Consigue el P. Tadeo casa para su Misión	59
CAPÍTULO VIII. — <i>Se consolida la Misión.</i> — La nueva casa y comunidad. — El P. Vicente a Roma. — Notable Memoria sobre el Shah. — Estudio de lenguas. — Proyecta el Shah una embajada del P. Juan: su objeto. — Un edicto curioso	67

CAPÍTULO IX. — <i>Embajada del P. Juan Tadeo.</i> — Emprende el embajador del Shah su viaje. — Honrado por el Rey de Georgia. — Preso y vejado en Astrakán. — Libertado por la Czarina. — Celebrado por un poeta.	76
CAPÍTULO X. — <i>Ruidosas conversiones.</i> — La del rector jacobita Kassis Hermes, y su profesión de fe. — La del sacerdote armenio Bagdazar. — La de Miguel Angel Coray, enviado del Gran Duque de Toscana, y de otros.	81
CAPÍTULO XI. — <i>Malhadada historia de unas cargas de seda.</i> — Trapacería engañosa de un persa en Madrid. — Historia verídica dada por nuestros Misioneros. — Fin desastroso: funesta persecución del Shah contra los pobres armenios	88
CAPÍTULO XII. — <i>Entre armenios y persas.</i> — Conato del P. Redento por la unión de los armenios cismáticos. — El P. Benigno a Roma y a España. — Inquietud en Persia. — Los Misioneros deciden retirarse. — Unos a Europa, otros a Ormuz. — Feliz encuentro de los nuestros en Ispahán.	96
CAPÍTULO XIII. — <i>La embajada española.</i> — Semblanza de don García. — Su llegada y recibimiento. — Fastuosa procesión de los presentes. — Comida íntima del Rey, el Embajador y el P. Juan Tadeo. — Regala éste a Su Majestad su versión persiana de los Salmos y Evangelios. — Fin de la embajada.	105
CAPÍTULO XIV. — <i>El P. Próspero en Ispahán.</i> — El nuevo Prior. — Estudiando lenguas. — Afán por convertir orientales. — Piden cambio de rito a ese fin. — Un discurso contra Mahoma origina largas disputas. — Un libro de los Misioneros	114
CAPÍTULO XV. — <i>Martirio de cinco neófitos. I.</i> — Rey perseguidor. — Los cinco neófitos. — Dos confiesan con firmeza a Cristo y mueren mártires. — Arrestados nuestros Misioneros y preparados al martirio. — Valerosa respuesta del P. Juan Tadeo al Rey	122
CAPÍTULO XVI. — <i>Martirio de cinco neófitos. II.</i> — Los presos ante los Misioneros. — El P. Juan abraza a los dos cristianos. — Al suplicio. — Te Deum laudamus. — El quinto mártir. — La noticia en Roma. — Efecto en Persia. — Declaración jurada	129
EPILOGANDO. — Brillante nomenclátor	137
APÉNDICE. — La Clave y la Contracifra de nuestros Misioneros de Persia y Goa	139
BIBLIOGRAFÍA	142



BIBLIOTECA

CARMELITANO - TERESIANA DE MISIONES

-
- TOMO I. *La Misión del Congo* (1.^a parte). — Los Carme-
litas y la Propaganda Fide (2.^a parte).
TOMO II. *A Persia : Peripetias de una embajada ponti-
ficia.*
TOMO III. *En Persia : Fundación, embajadas, apostolado.*
TOMO IV. *En Ormuz y en el Mogol* (en prensa).
TOMO V. *En Goa* (bajo censura).
- Seguirán otros sin interrupción, Dios mediante.

Precio. — Con el fin de vulgarizar más y más historias tan preciosas,
LA OBRA MÁXIMA las presenta al precio inverosímil de una peseta cada
tomo. — Dirigirse para todo a LA OBRA MÁXIMA, PAMPLONA.



165570B 370

12-03-98 32180

FS



